

CI

GAUTIER

LA
SÈNCRITA
DE MAUPIN

PQ2258

S4

S6



1020016659

823



TEÓFILO GAUTIER

La Señorita de Maupin

TRADUCCIÓN

de

ALVARO CARRILLO



ACERVO DE LITERATURA

115552



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALVARO REYES" ®

1925 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA

Casa Editorial Maucci. -- Mallorca, 226 y 228

Buenos Ayres

MAUCCI HERMANOS

Cuyo, 1070

México

MAUCCI HERMANOS

1.ª del Relox, 1

1901

29362

PQ 2258

S 4

S 6



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL

Tipografía de la Casa Editorial Maucci, Barcelona.



Clas. _____
 Núm. Autor 62772
 Núm. Adg. 29662
 Procedencia _____
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasificó 89
 Catálogo _____

La Señorita de Maupin

I

Te quejas, amigo mío, por la escasez de mis cartas y ya debes comprender que teniendo tan pocas novedades que comunicarte, no existe razón para escribirte.

Esto, con tu buen criterio debes comprenderlo y no vale la pena de hacer que recorra cien leguas una sencilla hoja de papel, para no decir otra cosa que vulgaridades.

Por más que busco en mi memoria algo nuevo que decirte, nada encuentro. Mi existencia es tan completamente metódica que degenera en monotonía. Hoy es lo mismo que ayer y sin que tenga pretensiones de profeta, puedo asegurarte por la mañana lo que podrá acontecerme por la noche.

La distribución de mi tiempo es la siguiente: Me levanto, me desayuno, me voy á la sala de esgrima, salgo, entro, como, hago algunas visitas, ó me ocupo en leer cualquier cosa y, finalmente, me acuesto precisamente como había hecho la víspera.

Me duermo y como mi imaginación no está excitada por nuevos objetos, no me ofrece sino sueños sin importancia y tan monotonos como todos los actos de mi vida real.

Ya comprenderás que todo esto no es muy recreativo que digamos, pero, sin embargo, me avengo mucho mejor con esta existencia que hubiera podido hacerlo hace seis meses.

Me fastidio, es verdad, pero de una manera tranquila y resignada, que no deja de tener cierta dulzura que comparo con esos días de otoño pálidos y templados que no carecen de cierto encanto tras el calor excesivo del estío.

Esta existencia aun cuando aparentemente la he aceptado, no es la que yo necesito, ó al menos se parece muy poco á la que yo sueño y para la que me creo apto.

Quizás me engañe y no esté hecho efectivamente sino para este género de vida pero no me atrevo

á creerlo porque si este fuera mi verdadero destino no me habría visto arrastrado á tantos y tan dolorosos extremos.

Demasiado sabes el atractivo tan poderoso que tienen para mí las aventuras extraordinarias y cuanto me agrada todo lo que es singular, excesivo ó peligroso; con qué interés leo las novelas y las historias de viajes, finalmente creo que no existe en el mundo una fantasía más loca que la mía.

Pues bien, á pesar de todo eso no he tenido jamás una aventura ni he podido hacer un viaje.

La vuelta al mundo para mí es la vuelta de la población en que resido, toco el horizonte por todos lados y estoy codeándome constantemente con la realidad.

Mi vida es la del molusco adherido á la roca, y créete que me asombro de que mis pies no hayan echado raíces todavía.

Se pinta el Amor con los ojos cubiertos con una venda y yo creo que es el Destino quien habla de pintarse así.

Tengo por criado una especie de acémila sobradamente pesado y sumamente estúpido que ha corrido de una parte á otra, que ha estado no sé donde y ha visto con sus ojos todo eso de que yo me formo ideas tan extrañas.

Se ha encontrado en situaciones verdaderamente difíciles y le han ocurrido las aventuras más extraordinarias que tú puedes imaginarte.

Le hago hablar algunas veces y no puedo menos de irritarme al considerar que todos esos sucesos

le hayan ocurrido á un individuo incapaz de sentimiento ni de reflexión y que no es bueno sino para hacer lo que hace, es decir, cepillar la ropa y embetunar las botas.

Yo creo que la vida de ese imbécil debiera ser la mía.

Pero él me cree muy dichoso y no puede menos de sorprenderse al verme tan triste como estoy.

Todo esto no es muy interesante, amigo mío, y no merece la pena siquiera de que se escriba. ¿No es verdad?

Pero tú quieres absolutamente que yo te escriba y es menester que te cuente lo que pienso y lo que siento y que te dé parte de mis ideas á falta de sucesos importantes.

Quizás no encuentres en todo ello ni orden ni novedad pero no eches la culpa á nadie más que á tí, tú lo habrás querido.

Eres mi amigo de la infancia, me he criado contigo, nuestra vida ha sido la misma durante mucho tiempo y nos hemos acostumbrado á participarnos nuestros más íntimos pensamientos.

Por esta misma razón puedo referirte sin ruborizarme todas esas tonterías que cruzan mi cerebro desocupado.

Ni añadiré ni quitaré palabra, puesto que ante tí no debo tener amor propio y seré completamente sincero hasta en lo más insignificante.

Bajo este sudario de esa especie de fastidio de que te he hablado hace poco, se agita con frecuencia un pensamiento más bien adormecido que muer-

to, y no tengo siempre la calma dulce y triste que produce la melancolía.

Tengo recaídas y hay momentos en que soy víctima de mis antiguas agitaciones. Nada es más fatigoso en el mundo que esos torbellinos sin motivo y anhelos sin objeto.

En esos días, aun cuando no tengo nada que hacer lo mismo que en los demás, me levanto al amanecer porque me parece que estoy haciendo falta y que no tendré el tiempo que necesito; me visto precipitadamente como si hubiera fuego en la casa, lamentándome si pierdo algún minuto.

Cualquiera que me viese creería que voy á alguna cita de amor ó á cobrar alguna cantidad importante.

Pues nada de eso.

No sé donde he de ir pero es necesario que vaya y creería mi reputación comprometida si permaneciese inmóvil.

Me parece que se me llama desde el exterior, que en aquel instante está mi destino en la calle y que allí se va á decidir la cuestión de mi vida.

Desciendo la escalera con el rostro descompuesto, el traje en desorden, el cabello erizado; los transeuntes vuelven al verme pasar y se ríen de mi aspecto pensando quizás que soy algún libertino que ha pasado la noche en medio de alguna orgía.

Y efectivamente, embriagado estoy aunque nada he bebido y tengo del borracho hasta los traspiés y la incertidumbre en los movimientos.

Corro de una calle á otra como perro que ha per-

dido su dueño, buscando al azar, inquieto, volviéndome al menor ruido, deslizándome entre cada grupo sin hacer caso de los improperios de las gentes á quienes tropieza y mirando por doquiera con una claridad de visión como no la tengo en otros momentos.

Sin saber cómo parece que se me demuestra de repente el error que padezco, que lo que yo busco no está allí, que es necesario el ir más lejos, al otro extremo de la ciudad, ¡qué sé yo! y emprendo mi carrera como si me llevara el diablo.

Apenas tocan mis pies en el suelo, y debo ofrecer un aspecto muy extraño con mi aire furioso, mis brazos agitándose en medio del espacio y los gritos inarticulados que voy dando.

Cuando á sangre fría reflexiono esto, me río de mí mismo, lo que no impide que vuelva á hacer lo mismo á la primera ocasión.

Si se me preguntara por qué corro así, no sabría qué contestar.

No tengo deseos de llegar porque no voy á ninguna parte y no temo llegar tarde puesto que no tengo una hora fija. Nadie me espera y por lo tanto no exige razón alguna para que así me apresure.

¿Es acaso que busco una ocasión de amar, una aventura, una mujer, una idea, una fortuna, alguna cosa que falta á mi vida y que busco sin darme cuenta de ello impulsado por un instinto confuso? ¿es mi existencia que se quiere completar, es el deseo de salir de mi casa, de mí mismo, del fastidio de mi situación y del deseo de obtener otra?

Alguna cosa de estas será y quizás todas juntas.

Cualquier cosa que sea me produce un estado desagradable una irritación febril á la que ordinariamente sucede una atonía completa.

Algunas veces se me ocurre que si hubiese partido una hora antes ó si hubiese acelerado mi marcha, tal vez habría llegado á tiempo; que mientras yo pasaba por esta calle lo que buscaba había pasado por la otra, y que ha bastado un momento de detención, producido por el paso de algunos carruajes, para hacer que se me escapase lo que persigo hace tanto tiempo.

No puedes imaginarte las grandes tristezas y las profundas desesperaciones que me acometen cuando veo que nada consigo, que se pasó mi juventud y que ningún horizonte se abre ante mí. Entonces todas mis pasiones se agitan sordamente en mi corazón y luchan y se devoran entre sí á falta de otro alimento como fieras encerradas en una jaula y á las cuales su guardián se ha olvidado de darles el alimento necesario.

Pero á pesar de estas decepciones de todos los días, hay algo en mí que resiste y no quiere morir.

No tengo esperanza porque para esperar es preciso tener un deseo, una cierta propensión á creer que las cosas cambien de un modo mejor que de otro.

No deseo nada porque quizás lo deseo todo. Espero. ¿Qué espero?

No lo sé, pero el caso es que estoy esperando.

Es una situación la mía terrible, llena de impacencias, mezcladas de sobresaltos y de movimientos nerviosos como debe ser la de un amante que espera á su querida.

Y sin embargo, nada se me presenta, nada llega, me encolerizo ó me pongo á llorar.

Espero que el cielo se abra y que descienda de él un ángel que me haga una revelación, que una revolución estalle y que se me dé un trono, que una virgen de Rafael se destaque del lienzo y venga á abrazarme; que parientes que no tengo mueran y me dejen conque hacer navegar á mi fantasía sobre un río de oro ó que un hipógrifo me coja y me lleve á regiones desconocidas. Lo que yo espero, positivamente no es nada de lo ordinario ni de lo vulgar.

Y esto que te digo me domina de tal modo que cuando entro en mi casa no dejo de preguntar: «¿No ha venido nadie? ¿No hay carta alguna para mí? ¿No hay nada de nuevo?»

Y eso que sé perfectamente que no hay nada, que no puede haber. Pero es igual; quedo siempre muy sorprendido cuando mi criado me contesta invariablemente:

—No, señor, absolutamente nada.

Algunas veces, y esto es lo más raro, la idea toma una forma precisa y me digo:

«Será una mujer á quien no conozco ni me conoce, y á quien me habré encontrado en el teatro ó en el paseo.»

Recorro toda la casa y hasta que no he abierto

la puerta de la última habitación no me atrevo á decir, para que tú veas si estaré loco: «Indudablemente estará aquí.»

Cuando no me domina el aburrimiento ó el cansancio mi alma se despierta y recobra todo su antiguo vigor.

Yo espero, amo, deseo y mis deseos son tan violentos que me imagino que, como un imán dotado de una gran potencia, han de atraer hacia sí todo aquello que constituye mi anhelo.

He aquí por qué espero las cosas que deseo en vez de ir á buscarlas, y desdeño con frecuencia las facilidades que quizás pudieran satisfacer mis esperanzas.

Cualquiera escribiría una carta llena de ternezas á la divinidad de su corazón ó buscaría la manera de aproximarse á ella.

Yo en cambio pido al mensajero la respuesta á una carta que no he escrito, y paso el tiempo creando en mi cabeza las situaciones más extraordinarias á fin de dejarme ver de la que amo bajo el punto de vista más inesperado y más favorable.

Podría hacerse un grueso volumen con todas las estratagemas que imagino para llegar hasta ella y descubrirle mi pasión.

Todo esto pasa en las sombrías profundidades de mi alma, y todas estas ideas quedan envueltas cuidadosamente en lo más recóndito de mi pensamiento, y como esteriormente no se ve nada, tengo la reputación de un joven muy tranquilo y muy frío, poco sensible respecto á las mujeres é indiferente

á todo aquello propio de su edad, lo cual está tan lejos de la verdad como lo están generalmente todos los juicios del mundo.

Sin embargo, aun cuando se me han rehusado muchas cosas, varios de mis deseos se han realizado, y por la poca alegría que su realización me ha causado he llegado á esperar el cumplimiento de los otros.

Recordaba sin duda aquel ardor infantil, aquella violencia conque yo deseaba tener un caballo.

Pues bien, mi madre me regaló uno negro como el ébano con una estrellita blanca en la frente, largas crines, pelo reluciente y fina la pierna, precisamente como yo le deseaba.

Cuando le trajeron me causó tal impresión, que por espacio de un cuarto de hora estuve inmóvil y silencioso, pálido y afectado sin saber qué decir.

Después me puse de un brinco sobre la silla y sin pronunciar una palabra, le hice arrancar á galope corriendo de este modo por el medio del campo más de una hora.

Durante más de una semana estuve haciendo lo mismo y no sé cómo pude resistirlo.

Pero poco á poco todo este ardor se ha apaciguado, he puesto al caballo al trote, después al paso y finalmente voy en él con tanta indiferencia que muchas veces se detiene sin que yo mismo lo advierta.

El entusiasmo se ha convertido en costumbre más pronto de lo que yo creía.

También tenía otro deseo más vivo, más ardien-

te, más cariñosamente acariciado y para el cual había construído en mi alma un preciosísimo palacio de quimeras, que destruía y formaba de nuevo con una constancia desesperante, como hacen los niños con los castillos de naipes.

Este deseo era tener una querida, pero una querida formada para mí exclusivamente como el caballo.

No se si la realización de este sueño me produciría lo mismo que la del otro, es decir, la frialdad y la indiferencia pasados los primeros días. Creo que no.

Tengo veintidos años y debo confesar que no desconozco cierta clase de placeres entre los cuales queda muchas veces enredada la paz y la tranquilidad del corazón que es lo peor. Pues bien, á pesar de esto no he tenido una querida y todo mi deseo es tener una.

Y como la quiero la tendré quizás dentro de poco y si así no fuera te aseguro que me desesperaría en tales términos y que tendría respecto á mi mismo una timidez interior y un decaimiento tal que habría de influir gravemente para el resto de mi vida.

Bajo ciertos puntos de vista me creería incompleto, inharmónico, contrahecho de espíritu ó de corazón por que lo que yo pido es justo y la naturaleza se lo debe á cualquier hombre.

Mientras que yo no haya conseguido mi objeto me consideraré como un niño y no tendré en mis fuerzas la confianza que debo tener.

Una querida para mí es lo que la toga viril para un joven romano.

Veo tantos hombres completamente indignos por todos estilos, que poseen hermosas mujeres de las cuales apenas si podrían servirles de lacayo, que la vergüenza enrojece mi frente por ellas y por mí.

Esto me hace formar una tristísima opinión de las mujeres á quienes veo ligadas con estos hombres á quienes desprecian y á quienes engañan, más bien que entregarse á cualquier joven honrado y sincero que se consideraría muy dichoso y que las adoraría de rodillas como haría yo.

Es verdad que aquella clase de hombres abundan por todas partes, llenan los salones mientras que yo permanezco en mi casa, apoyada la frente contra el cristal de mis balcones evocando silenciosamente en mi corazón el perfumado santuario, el templo maravilloso donde debo adorar el ídolo futuro de mi alma. Casta y poética esta ocupación que á las mujeres no suele agradarles mucho.

Las mujeres tienen pocas simpatías por esta clase de platonismo y en cambio atienden singularmente á los que ponen sus ideas en acción.

Y después de todo no van desacertadas.

Obligadas por su educación y por su posición social á callar y esperar prefieren naturalmente los que van á buscarlas y les hablan sacándolas de una situación falsa y enojosa.

Yo comprendo todo esto, pero nunca podría, como veo que otros lo hacen, abandonar mi asiento y cruzar el salón para ir á decir sin más ni menos á

una mujer «me parece usted un ángel» ó bien «esta noche tienen sus ojos de usted una expresión irresistible.»

Todo esto sin embargo no impide el que yo comprenda que tengo necesidad de una querida. No se quien será, pero lo cierto es que entre todas las mujeres que conozco no encuentro ninguna capaz de ejercer cumplidamente esta importante dignidad.

Unas son demasiado jóvenes, otras carecen de belleza ó de talento; las que son bellas y jóvenes tienen el don de la virtud y carecen de la libertad necesaria y siempre se encuentra por medio un marido, un hermano, una madre ó cualquier tía cuya vista es muy perspicaz y cuyo oído es muy fino y á quienes hay de domesticar ó arrojar por el balcón.

No soy muy afecto á las mamás y mucho menos á las criaturas pero debo confesar también, que las mujeres casadas tienen muy poco atractivo para mí.

Existe en ellas una confusión y una mezcla que me sublevan.

No puedo sufrir la idea de esa comandita.

La mujer que tiene un marido y un amante es una prostituta para uno de ellos y generalmente para los dos, y por otra parte yo no podría consentir el ceder mi puesto á otro.

Mi orgullo no sabría doblegarse á semejante bajeza. No me separaría de ella por la llegada de otro hombre, resultando de aquí que ella quedaría comprometida y perdida; y que tendríamos que batirnos

á cuchilladas teniendo cada uno puesto un pie sobre su cuerpo.

Las escaleras secretas, los armarios, los gabinetes y todas esas máquinas del adulterio, serían un recurso muy pobre para mí.

Tampoco me agrada eso que se llama candor virginal, la inocencia de la primera edad, la pureza del corazón y todas esas cosas encantadoras que son muy bonitas en los versos. No me gusta enseñar el alfabeto del amor á esas encantadoras inocentes.

Apenas saben deletrearlo, y prefiero las mujeres que saben leer correctamente y con las cuales no tiene una necesidad de entretenerse hasta el fin del capítulo.

Descartadas las jóvenes y las casadas parece que ha de ser entre las viudas donde debo elegir mi debilidad.

Y sin embargo, tampoco en este terreno puedo tener el resultado apetecido.

Constituir el segundo tomo de la novela de una mujer no me hace gracia. Y cuidado que no se puede negar que las viudas reunen encantos muy especiales.

Las lágrimas recordando al difunto, la mirada que se dirige al cielo como pidiéndole fuerzas para resistir el dolor y sobre todo el luto, ese marco de ébano que encierra el cutis blanco y trasparente haciendo que se destaque más la belleza de aquel rostro, es de un efecto extraordinario.

Un luto es la fortuna para una mujer bonita y

esta es una de las razones porque no me casaré nunca por el miedo de que mi mujer se deshaga de mí para vestirse otra vez de luto.

Ya te oigo decir: «¿pues qué elegirás entonces, á quién quieres?»

Este es el enigma, esta es la frase de la charada y si yo la supiera no me atormentaría tanto.

Hasta ahora no he querido á ninguna mujer, pero amo y lo que yo amo es el amor.

Aunque no haya tenido queridas y las mujeres que me han pertenecido no me hayan inspirado más que el deseo, conozco perfectamente el verdadero amor; no quiero á esta más que á la otra, pero se que existe una á quien amo á quien no he visto nunca, esa es la verdad y á esa yo la encontraré.

Me parece ver el sitio en que habita, el traje que lleva, el color de sus ojos y de sus cabellos, escucho su voz, reconozco sus pisadas entre otras mil y si por casualidad alguno pronunciara su nombre, yo me volvería en seguida porque indudablemente ella á de tener uno de los cinco ó seis que ya la he asignado en mi pensamiento.

Tiene veinte y seis años, ni es ignorante ni excesivamente sabia, es un ser encantador para amar como es necesario, sin puerilidad ni libertinaje. Es de mediana estatura porque no quiero ni una gigante ni una enana, sus formas han de ser redondas y perfectamente desarrolladas, en resumen la mujer que yo he constituido en mi sueño, es un conjunto de belleza delicado y firme á la vez, elegante y gracioso, poético y real, una creación de Giorgione ejecutada por Rubens.

Cuando nos encontremos por la primera vez ha de ser á la caída de la tarde, en una de esas poéticas y encantadoras puestas de sol; el cielo tendrá esos matices anaranjados, de amarillo claro y de verde pálido que se ven todavía en algunos cuadros de los grandes maestros de otro tiempo. El encuentro se verificará en una gran alameda de castaños en flor y de olmos seculares cubiertos de ramas, árboles de un verde fresco y sombrío que prestan sombra llenos de misterio y de encanto.

Entre aquella arboleda, destacándose sobre el fondo de verdura con su blancura de nieve, estatuas, jarrones de mármol y un pequeño estanque donde se bañan los cisnes de nítida blancura.

En el fondo el castillo feudal de la época de Enrique IV con ventanas estrechas y largas.

En una de estas ventanas melancólicamente apoya sobre el alfeizar la reina de mi alma, fija la melancólica mirada en el espacio.

Ya ves que aquí no falta nada y que todo esto es perfectamente absurdo.

Mi bella señora deja caer su guante, lo recojo, lo beso y se lo ofrezco, empieza la conversación, hago gala de un talento que no tengo y digo cosas encantadoras. Se me contesta, replico, aquello es un fuego graneado, una lluvia luminosa de embriagadoras palabras. En resumen estoy adorable y soy adorado.

Llega la hora de cenar, se me convida, acepto. Que cena, amigo mío, y que cocinera me forjo en mi imaginación.

El vino empaña ligeramente el cristal, el faisán dorado es servido en la rica fuente blasonada, el festín se prolonga hasta bien avanzada la noche y ya debes comprender muy bien que yo no voy á terminarla á mi casa.

¿No te parece que todo esto está muy bien imaginado? Nada en el mundo es más sencillo, y realmente sorprende que esto no haya ocurrido cien veces más bien que una.

En otras ocasiones es en un bosque, en medio de una cacería, á la orilla de un precipicio donde encuentro á mi hermosa desconocida en el momento preciso de salvarla.

Desmayada la llevo en mis brazos á su castillo y qué mujer bien nacida es la que rehusaría su corazón al hombre que á expuesto su vida por ella.

Ninguna; y el reconocimiento es un camino de travesía que conduce muy pronto al amor.

Tú convendrás al menos que cuando yo caigo en el romanticismo, no es á medias y que estoy loco cuanto es posible estarlo; y convendrás también que cuando escribo cartas estas se convierten en volúmenes, con lo cual te demuestro que yo amo todo aquello que se sale de los límites ordinarios.

He aquí la razón porque te quiero. No te burles de todas las tonterías que acabo de referirte. Abandono la pluma para ponerlas en acción, porque vuelvo siempre á mi tema de que quiero tener una querida.

Ignoro si será la dama de la cacería ó la belleza del balcón, pero desde luego me despido de tí para ponerme en su busca.

¡Mi resolución está tomada! Aún cuando la que yo busco se oculte en el fondo del reino de Cathay ó de Samarcanda la sabré descubrir y te haré saber el éxito de mi empresa.

Espero que triunfaré. Ruega por mí, amigo mío. Voy á vestirme muy elegante y saldré de mi casa decidido á no entrar sino con una querida según mis ideas.

He soñado demasiado, voy á realizar el sueño.

P. D. Dime alguna cosa del pequeño D***. ¿Qué ha sido de él? Aquí nadie sabe nada. Saluda á tu digno hermano y á toda la familia.



II

Amigo mío, por fin he entrado en la casa sin que haya tenido necesidad de ir á Cathay á Cachemira ó á Samarcanda, pero debo añadirte también que continúo lo mismo que antes.

Había hecho el juramento de que iría hasta al fin del mundo y he llegado únicamente al extremo de la ciudad.

Yo no sé como me las compongo pero el caso es que no puedo cumplir jamás ninguna palabra, ni á

¡Mi resolución está tomada! Aún cuando la que yo busco se oculte en el fondo del reino de Cathay ó de Samarcanda la sabré descubrir y te haré saber el éxito de mi empresa.

Espero que triunfaré. Ruega por mí, amigo mío. Voy á vestirme muy elegante y saldré de mi casa decidido á no entrar sino con una querida según mis ideas.

He soñado demasiado, voy á realizar el sueño.

P. D. Dime alguna cosa del pequeño D***. ¿Qué ha sido de él? Aquí nadie sabe nada. Saluda á tu digno hermano y á toda la familia.



II

Amigo mío, por fin he entrado en la casa sin que haya tenido necesidad de ir á Cathay á Cachemira ó á Samarcanda, pero debo añadirte también que continúo lo mismo que antes.

Había hecho el juramento de que iría hasta al fin del mundo y he llegado únicamente al extremo de la ciudad.

Yo no sé como me las compongo pero el caso es que no puedo cumplir jamás ninguna palabra, ni á

mi mismo. Si yo digo iré mañana á tal parte es seguro que no me muevo de casa; si me propongo el ir al café, me voy á la iglesia, si quiero ir á la iglesia, yo no sé como me las compongo que me encuentro en un sitio totalmente distinto; ayuno cuando me propongo comer bien y creo que por lo mismo que me he empeñado en que he de tener una querida, es por lo que no la encuentro.

Figúrate que yo salí de casa muy elegante, rizado el cabello, encerado el bigote y con un aire de conquistador que no había más que ver.

Crucé multitud de calles mirando á todas las mujeres cuando me parecía que valían la pena de ser examinadas.

Unas afectaban un aire virtuoso y pasaban por mi lado sin alzar la vista del suelo. Otras se sorprendían al principio y se sonreían si tenían buena dentadura.

Algunas volvían la cabeza al cabo de un rato creyendo que no las miraba y al observar que yo las miraba también enrojecían como las cerezas.

Debo confesar que á pesar de todo el respeto que yo profeso á esa interesante mitad del género humano, lo que se ha convenido llamar bello sexo es verdaderamente poco bello.

Por cada cien mujeres apenas hay una pasable.

Una tiene bigote, otra la nariz remangada, otras manchas rojas en lugar de cejas, esta si tenía buena figura tenía el rostro picado de viruelas, la ca-

beza de una segunda era encantadora pero podía sostener animada conversación la cabeza con el hombro, la tercera encantaba por la redondez y el desarrollo de ciertas formas, pero patinaba sobre sus pies semejantes á unos estribos turcos.

No he visto nada bueno exceptuando algunas grisetas pero con estas hay más percal que aplastar que seda, y ese no es mi negocio.

Tengo miedo amigo mío de no poder abrazar nunca mi ideal, y sin embargo no tiene nada de extraño ni lo que yo deseo está fuera de razón.

Cuando pienso en la felicidad de que tu disfrutas amando y siendo amado sin que hayas tenido que ir á buscar tu felicidad, puesta que esta ha sido la que salió á tu encuentro, no es que te tenga envidia, pero no me produce tanta alegría como yo quisiera y me digo muchas veces que yo también debía disfrutar de una felicidad semejante.

Tal vez mi dicha habrá pasado cerca de mí, sin que en medio de mi ceguedad la haya visto. Tal vez la voz que pretendo escuchar habrá hablado, pero el confuso rumor de las tempestades de mi alma habrá evitado que yo la escuche.

¡Quién sabe si yo habré sido amado locamente por un corazón humilde que habré desconocido ó que habré destrozado!

Yo he cometido una gran falta. He pedido al amor otra cosa que el amor mismo, y que él no podía darme.

He olvidado que el amor lo pintan desnudo y no he comprendido el verdadero sentido de ese magnífico símbolo.

Le he pedido trajes de terciopelo, plumas, diamantes, talento poderoso, ciencia, poesía, belleza, juventud, el poder supremo, todo eso que no es el amor. Este no puede ofrecer más que él mismo, y el que quiera pedirle otra cosa no es digno de ser amado.

El mundo es para mí un desierto de Sahara sin oasis y sin palmeras; no he encontrado en mi vida un solo espacio de sombra para resguardarme del sol; sufro todos los ardores de la pasión sin disfrutar de su extasis inefable; conozco los tormentos, pero no los placeres.

Estoy celoso de lo que no existe, me inquieto por la sombra de una sombra, exhalo suspiros que no tienen objeto, sufro insomnios que no sirven para embellecer un fantasma adorado, vierto lágrimas que caen al suelo sin ser emjugadas, doy al viento besos que no me son devueltos, mis ojos pretenden descubrir en lontananza una forma incierta y engañadora, espero lo que no debe venir, y cuento las horas con ansiedad, como si yo tuviera una cita.

Amigo mío y compañero de infancia, tú eres el único á quien yo puedo contar semejantes cosas. Escríbeme qué me compadeces, que no me consideras hipocondriaco, jamás he tenido tanta necesidadde que me consuelen, como ahora.

Después de haber cruzado una y otra calle, me decidí por ir á buscar á uno de mis amigos que debía presentarme en una casa, donde según me dijo se reunía un mundo de mujeres bonitas, una colec-

ción de idealidades reales para poder satisfacer á una docena de poetas.

Allí había para todos los gustos, bellezas aristocráticas con miradas de águila, hojas de color verde mar, narices rectas, altivas frentes, manos reales, y aspecto de diosas, lechos de plata apoyados sobre pedestales de oro.

También había sencillas violetas de pálidos colores y dulce perfume, húmeda la pupila é inclinada la vista hácia el suelo, cuello delgado y cutis diáfano.

Igualmente también se encontraban allí esas hermosuras vivas y picantes, bellezas preciosas, mujeres de todas clases, porque la casa de aquella dama era un verdadero serrallo pero sin los eunucos.

Mi amigo me dijo que él había sentido allí cinco ó seis pasiones, lo cual me pareció sumamente prodigioso, no creyendo yo que mi visita á aquella casa pudiera proporcionarme un éxito tan lisonjero.

Mi amigo decía que según él no tengo más que un defecto del me corregirá la edad y el trato de mundo, y este defecto es el hacer mucho caso de la mujer y ninguno de las mujeres.

Puede muy bien que tenga razón.

Al subir la escalera de la casa donde me conducía mi amigo, el corazón me latía con violencia y muy emocionado todavía, sentí que aquel me empujaba por el brazo, me encontré frente á frente con una mujer de unos treinta años sumamente be-

lla, vestida con un lujo exajerado y con la pretensión de una sencillez puramente infantil.

Era la dueña de la casa.

Mi amigo C** adoptando un timbre de voz burión y con grandes demostraciones de irónico respeto, pero en las cuales se advertía el mayor desprecio, la dijo al presentarme.

—Este es el joven de quien os hablé el otro día, persona de gran mérito y como me parece que ha de ser muy agradable recibirle, me he tomado la libertad de presentarle.

—Seguramente caballero habéis hecho muy bien,—repuso la dama.

Después se volvió hácia mí, me detalló perfectamente con una mirada de mujer inteligente de un modo que me hizo enrojecer hasta las orejas, á la par que decía:

—Podéis consideraros como invitado de una vez para todas, pudiendo venir á esta casa siempre que tengais una noche que perder.

Me incliné con alguna torpeza, balbucée algunas frases que no debieron darle una alta idea de mi talento, y otras personas que entraron en el salón la distrajeron, librándome así de las molestias consiguientes á una presentación.

Mi amigo me cogió del brazo y me llevó al hueco de un balcón donde nos pusimos á hablar.

—Pero chico;—me dijo,—vas á comprometerme. Te he anunciado como un fénix de ingenio, un hombre de imaginación, un poeta lírico, todo lo que hay de más grande y de más apasionado, y sin em-

bargo permaneces callado y como aturdido. Vaya una pobreza de imaginación. Creía tu vena algo más fecunda. Vamos suelta la brida á tu lengua, habla á tuerto y á derecho, no hay necesidad de que digas frases sensatas y juiciosas, por el contrario esto podría resultar enojoso. Lo esencial es que hables, pero mucho y por mucho tiempo, atrae la atención hácia tí, deja á un lado el temor y la modestia, y piensa bien que todos cuantos aquí se encuentran son necios ó poco menos, y no olvides que un orador que quiere obtener verdadero éxito ha de empezar por despreciar bastante á su auditorio. ¿Qué te parece la dueña de la casa?

—Que me gusta muy poco, y aún cuando no he hablado con ella ni tres minutos me aburría tanto como si hubiese sido su marido.

—¡Es esa tu apreciación!

—Sí.

—¿Y tu repugnancia hácia ella es tan insuperable? Lo siento. Hubiera sido lo mejor para tí que te hubiera pertenecido siquiera un mes, esto es de muy buen efecto y cualquier joven que se estime en algo debe ser lanzado al mundo por ella.

—Pues bien;—repuse yo con aspecto resignado,—lo haré ya que es preciso. Pero lo juzgas realmente tan indispensable.

—Ya lo creo. Como que es lo que te conviene y voy á darte la razón. La señora de Themines, es la mujer ó la madre, en el día. Es rica y posee al dedillo todas esas ridiculeces que tanto dominan en nuestra sociedad. Sus trajes y sus trenes son de lo

mejor. Carece de talento pero lo disimula; tiene deseos vivísimos, pero carece de pasión.

Es un corazón frío y una cabeza libertina. En cuanto á su alma si es que la tiene, lo que dudo mucho, es de las más negras y no hay bajeza ni picardía de que no sea capaz, pero es sumamente astuta y sabe cubrir las apariencias de una manera que nada se la pueda probar. Es capaz de recibir en sus habitaciones á cualquier hombre, pero en cambio no le escribirá la carfa más insignificante. De aquí que aún sus peores enemigas, no pueden decir de ella sino si se pinta mejor ó peor, si muchas de las redondeces que ella ostenta son falsas en lo cual se equivocan de una manera lamentable.

—¿Y tu como lo sabes?

—Toma como se saben esas cosas. Asegurándome por mi mismo.

—De modo que tu estuviste enredado con la señora de Themines.

—Desde luego. No hacerlo hubiese sido una inconveniencia que ni podía ni quería cometer. Me ha prestado grandes servicios y yo soy muy agradecido.

—No puedo comprender que clase de servicios puedan ser esos,—repuse yo.

—Que tonto eres,—me contestó mi amigo.—Mujeres como la de que hablamos reunen muchas ventajas. En primer lugar están muy bien relacionadas y saben utilizar estas relaciones en pro del hombre á quien protejen. Además hay otra cir-

cunstancia, el estar en relaciones aunque sea en apariencia con esa señora es un poderosísimo acicate para las demás mujeres. Todas procuraron arrebatarme á ella porque consideran como un gran triunfo robar un amante á una mujer tan á la moda como ella. Sin embargo no te obligaré á que le hagas el amor si espermentas alguna repugnancia. No estás obligado precisamente, aún cuando esto es lo que exijan la política y las conveniencias sociales, pero dedícate á observar las mujeres que hay aquí, elije y ataca de firme la plaza que más te agrade ó que más facilidades te ofrezca, porque de dilatarlo perderías el beneficio de la novedad y la ventaja que esta te proporciona sobre los demás caballeros reunidos aquí. Todas estas señoras no conciben esas pasiones que nacen en la intimidad y se desarrollan lentamente entre el respeto y el silencio. Prefieren el efecto del rayo y las simpatías ocultas. Esto como tu comprenderás está maravillosamente imaginado para evitar los enojos de la resistencia y todas esas languideces y esos réditos que el sentimiento mezcla con la novela del amor, y que no hacen más que defrir inutilmente la conclusión. Esas señoras son muy avaras de su tiempo, y de tal modo les parece precioso, que se desesperarian dejando un solo minuto sin emplear. Tengo la seguridad de que en estos momentos, hay lo menos tres ó cuatro que están ya predispuestas en tu favor, y por lo mucho que te aprecio te aconsejaría que te dirigieses á ellas en lugar de entretenerte hablando conmigo en el hueco de este balcón.

—Pero querido C***,—respondí,—demasiado sabes que yo soy novicio en empresas de esta especie. Carezco del mundo suficiente para distinguir una de esas mujeres que dices, de otras que no se encuentran en su mismo caso, por lo tanto necesito que me ayude tu experiencia para no cometer algún disparate.

Mi amigo me mostró algunas de aquellas mujeres de las cuales me hizo la apología y finalmente en virtud de sus indicaciones hablé con dos de ellas, que si te he de decir la verdad, las dos me agradaron, pues aún siendo una misma la corrupción de las dos, diferían totalmente en sus formas exteriores.

La una era de esas mujeres con las cuales no podían usarse ni movimientos libres ni conversaciones ruidosas ni palabras intencionadas que pudieran escucharlas las personas que estuvieran á su alrededor.

Su aspecto era verdaderamente angelical, y sin embargo según mi amigo había tenido más amantes que ninguna otra mujer.

Era necesario hablarla en voz baja, sin mirarla, y de este modo se le podía decir cuanto se quisiera sin que se ofendiese.

Es una mujer preciosa, eso sí, no se le puede negar, pero es al mismo tiempo sensual y muy susceptible.

En cambio otra mujer llamó mi atención, que era el tipo contrario de la que te acabo de describir.

También es guapa, muy guapa. Posee esa belleza

naciente y provocativa y no alardea ni de fingida modestia ni tampoco de un libertinaje desenfadado.

Burlona, atrevida, profundamente conocedora del mundo en que vive, su conversación es realmente agradable.

Hemos estado riéndonos mientras hemos estado hablando, nos hemos burlado de todas las mujeres que allí había. Es decir, ella es la que se ha burlado, porque como tú comprenderás, un hombre no se burla nunca con tanta gracia como lo hace una mujer.

Es encantadora y con muy buen talento, pero á su lado, por más que esto te parezca extraño, no se piensa sino en lo vulgar; hablándola te aseguro que experimentaba una multitud de deseos y de impresiones irrealizables en el sitio donde me encontraba.

Toda la parte animal, todo lo asqueroso era lo que se despertaba en mí hablando con aquella mujer.

Según todas las apariencias una de las dos había de ser para mí ó quizás ambas, pero la verdad es que su posesión no me satisfacía sino á medias. Y no es porque no sean lindas, pero hablándote con franqueza, á su lado no he sentido nada que me revelase que había encontrado la mujer que buscaba.

Una ú otra será mi querida, pero en el fondo de mi corazón hay una voz secreta que parece repro-

charme que haga traición al tipo ideal con que durante tanto tiempo he soñado.

No puedes imaginarte todas las reflexiones que he hecho desde que salí de la reunión de la señora de Themines, tratando de no dejarme arrastrar por lo monstruoso y lo absurdo.

Sin embargo, no sé lo que hacer.

Adiós, amigo mío, voy á casa de la señora atrevida y alegre de quien te he hablado. Creo que no nos ocuparemos mucho de reflexiones respecto á los demás, y que haremos algo que positivamente no se relacione con el espiritualismo, por más que la criatura sea fuertemente espiritual.

Encierro cuidadosamente en el fondo de mi pecho el patrón de mi querida ideal para no confundirle con el de la real que pretendo tener.

Estas son resoluciones muy sabias como comprenderás, pero que no sé si podré sostenerlas.

Adiós todavía una vez. Hasta otra.



III

Ya soy el amante de Rosita, nombre puramente convencional que quiero darle para no pronunciar el verdadero, que como debes comprender no te he de decir.

Después de todo, este nombre tiene su razón de ser, porque con un traje de color de rosa, la ví la primera vez.

Además, tuve también una perrita que se llamaba así.

He dicho que ya soy el amante de Rosita y esto

charme que haga traición al tipo ideal con que durante tanto tiempo he soñado.

No puedes imaginarte todas las reflexiones que he hecho desde que salí de la reunión de la señora de Themines, tratando de no dejarme arrastrar por lo monstruoso y lo absurdo.

Sin embargo, no sé lo que hacer.

Adiós, amigo mío, voy á casa de la señora atrevida y alegre de quien te he hablado. Creo que no nos ocuparemos mucho de reflexiones respecto á los demás, y que haremos algo que positivamente no se relacione con el espiritualismo, por más que la criatura sea fuertemente espiritual.

Encierro cuidadosamente en el fondo de mi pecho el patrón de mi querida ideal para no confundirle con el de la real que pretendo tener.

Estas son resoluciones muy sabias como comprenderás, pero que no sé si podré sostenerlas.

Adiós todavía una vez. Hasta otra.



III

Ya soy el amante de Rosita, nombre puramente convencional que quiero darle para no pronunciar el verdadero, que como debes comprender no te he de decir.

Después de todo, este nombre tiene su razón de ser, porque con un traje de color de rosa, la ví la primera vez.

Además, tuve también una perrita que se llamaba así.

He dicho que ya soy el amante de Rosita y esto

parece que ya me da un estado, una posición en el mundo.

Ya no tengo el aire de un colegial que anda buscando una fortuna entre sus abuelos y que no se atreve á dedicar un madrigal á una mujer, á menos que no sea centenaria.

Comprendo que desde mi instalación, por decirlo así, se me considera mucho más y que todas las mujeres me hablan con cierta celosa coquetería, haciendo grandes esfuerzos para llamar mi atención.

Los hombres, por el contrario, me tratan con cierta frialdad, en las pocas palabras que cruzamos hay algo de hostil como si viesen en mí un rival temible que para el porvenir les pudiera perjudicar.

He sabido que muchos de ellos me hablan criticado así por el cuidado que guardaba respecto á mi persona, como por mi gusto y mi riqueza en el vestir, diciendo si era afeminado, si era tonto, ó si estaba demasiado pagado de mi persona.

Pero todas esas banalidades no me han perjudicado en lo más mínimo, pues las mujeres encuentran que mis cabellos son muy hermosos, que mis trajes son del mejor gusto y todas se parecen dispuestas á indemnizarme con creces del gasto que hago por ellas, pues no son tan tontas que no supongan que es por agradecerlas por lo que hago todo eso.

La señora en cuya casa conocí á Rosita, se mostró algo contrariada por mi elección, pues esperaba

que ésta hubiese recaído en ella, pero finalmente distraída con otro objeto nuevo, ya se ha acostumbrado á no pensar en mí.

Te he dicho que era el amante de Rosita y tú, que en tanto tienes la precisión en estos asuntos querrás saber punto por punto la historia de mis amores con esta bella Bradamanta y por qué gradaciones sucesivas he pasado de lo general á lo particular y del estado de simple espectador al de actor ó lo que es lo mismo como he llegado á ser amante.

Satisfaré tu deseo con el mayor placer.

No hay nada de siniestro en nuestra novela; es de color de rosa y no se han derramado otras lágrimas que las del placer.

No vayas á imaginarte por esto, que he ganado la plaza al primer asalto.

La princesa, aún cuando muy complaciente, no es tan pródiga de sus favores como pudiera creerse.

Conoce demasiado el precio para no hacer que lo paguen; pero sabe igualmente que un prudente retardo presta mayor vivacidad al deseo, y él encontró que una semiresistencia aumenta el placer, para entregarse de repente, por grande que sea el afecto que se le haya inspirado.

Para que puedas apreciar mejor el suceso tomaré mi relación un poco lejos.

Ya te indiqué dónde y cómo tuvo lugar nuestra primera entrevista. Otras dos ó tres se verificaron en el mismo sitio y después ella misma me invitó para que fuese á su casa lo que, como debes comprender, no rehusé.

Al principio fui con bastante discreción; después con más frecuencia, más adelante con mayor toda-
vía y finalmente cuantas veces tenía deseo de visi-
tarla debo confesarte que llegó á recibirme tres ó
cuatro veces al día.

Después de algunas horas de ausencia me acogía
siempre como si hubiese llegado de las Indias, y
esto me obligaba á demostrar mi reconocimiento
del modo que se demuestran en estos asuntos y ella
correspondía á su vez.

Rosita, puesto que hemos convenido en llamarla
así, es mujer de gran inteligencia y que comprende
al hombre de una manera admirable.

Aún cuando haya retardado algún tiempo la ter-
minación del capítulo puedo asegurarte que ni una
sola vez me he incomodado con ella. Y esto es ver-
daderamente maravilloso porque tú sabes como me
incomodo, cuando no tengo inmediatamente lo que
deseo ó que una mujer pase más tiempo del que yo
la he fijado en mi pensamiento para rendirse.

Yo no sé como lo ha hecho pero desde la primera
entrevista me dejó comprender que sería mía, y yo
estaba más seguro que si hubiese tenido la promesa
escrita y firmada de su mano. Tal vez se diga que
el atrevimiento y la ligereza de sus modales podían
dejar el campo libre á la temeridad de las esperan-
zas; pero yo creo que no es esa la verdadera causa.
He visto algunas mujeres cuya prodigiosa libertad
excluía hasta la sombra de una duda y sin embar-
go no me han producido ese efecto. Yo que en ge-
neral refiriéndome á otras mujeres me he puesto de

un humor de todos los diablos cuando he visto que
me dilataban lo que yo creía tener algún derecho
para esperar, con Rosita no he sentido nada de eso.
Aún en los momentos que ella se me resistía más
no se me ocurrió la idea de que quisiera escapar á
mi amor.

La he dejado desplegar tranquilamente todas sus
pequeñas coqueterías y he sobrellevado con pa-
ciencia las dilaciones bastante largas que ha ido
dando á mi impaciencia.

Hace dos meses que la conozco y puedo asegu-
rarte que en todo ese tiempo no he tenido otro dis-
gusto que el de los momentos que no he pasado
junto á ella; y debes comprender por esto, que úni-
camente una mujer que reúna ciertas condiciones
puede producir un efecto semejante Rosita tiene
el mejor caracter del mundo, se entiende con los
hombres porque con las mujeres es satírica y mor-
daz como un diablo. Es alegre, viva, dispuesta para
todo, sumamente original en su manera de hablar y
siempre tiene que decir alguna de esas encantado-
ras ocurrencias que sorprenden por lo mismo que
no se esperan.

Es un delicioso compañero, un buen amigo con el
cual parece que hasta llega uno á olvidarse de que
es una querida y si tuviera algunos años más y
algún romanticismo ruinoso esto me sería indiferen-
te y hasta me consideraría mucho más afortunado
que hoy.

A los ojos de todo el mundo tengo una querida
que muchos desean y me envidian y que nadie des-
deñaría.

Y sin embargo, á mí no me parece que tengo una querida, y si alguno me preguntase de repente si la tenía, me parece que le respondería que no.

No te vayas á imaginar por esto que no la amo ó que no este satisfecho de ella. Por el contrario, la quiero mucho y la encuentro como todo el mundo una mujer verdaderamente deliciosa.

Y sin embargo yo no creo que la tengo y debo advertirte que ninguna mujer me ha dado tanto placer como ella y si yo he comprendido la voluptuosidad ha sido en sus brazos.

Uno solo de sus besos, la más casta de sus caricias me produce extraordinarios estremecimientos y hace refluir toda mi sangre al corazón.

Vé tú á compaginar todo esto.

Pero el corazón del hombre está lleno de semejantes absurdos y si hubieran de conciliarse todas las contradicciones que en él se encierran, sería interminable tarea.

¿De que procede esto? No lo sé, la veo todo el día y toda la noche si quiero, la prodigo toda clase de caricias, la llevo al campo ó la paseo por la ciudad según me conviene, realizo con ella cuantos caprichos por absurdos y por extraños que sean y se me ocurren, y sin embargo aún cuando me entrego á todos los ardores de la pasión, cuando entre los brazos de esa mujer me entrego por decirlo así entre mares de voluptuosidad y de placer, cuando nuestros labios parecen estar unidos por un beso sin fin y rendido y palpitante dejo caer mi abrazada frente sobre el seno tibio y perfumado de aquella mujer hu-

medecido todavía por mis besos, puedo decirte que siento en mí mismo un vacío, un algo inexplicable que me abruma y me desespera.

Por más que la cosa sea muy singular, es así.

Parece que depende de mí hasta cierto punto tener una querida, pero yo teniéndola no acierto á obligarme á creer que la tengo.

No tengo en mí la fe necesaria ni aún para una cosa tan evidente; me es imposible creer en un acto tan sencillo como á cualquier otro creer en el misterio de la Santísima Trinidad.

La fe no se adquiere, es un don purísimo, una gracia especial del cielo.

Nadie como yo ha deseado vivir la vida de los otros y asimilarse otra naturaleza, pero tampoco nadie como yo ha obtenido menos éxito.

Sobre todo, y por más raro que esto sea, cuando he vivido con una mujer es precisamente cuando mejor he sentido como mi naturaleza rechazaba invenciblemente toda alianza y toda unión.

Soy como una gota de aceite en un vaso de agua. Puede agitarse todo cuanto se quiera pero jamás el aceite podrá confundirse con ella, se dividirá en mil pequeños globulos que volverán á reunirse y subirán á la superficie tan luego deje de agitarse el vaso.

Esta gota de aceite y este vaso de agua constituyen mi historia.

La misma voluptuosidad, esa cadena de diamantes que une á todos los seres, ese fuego devorador que funde las rocas y los metales del alma convir-

29662

tiéndolos en lágrimas, como el fuego material funde el hierro y el granito, jamás ha podido dominarme ni enternecerme.

Y sin embargo yo tengo las sensaciones vehementes, para mi alma es para mi cuerpo una hermana enemiga, y la desdichada pareja vive en mi en un estado de guerra p rpetuo.

Los brazos de una mujer, que según dicen son el mejor lazo que hay en la tierra, son para m i lazos tan débiles que nunca he estado más lejos de mi querida que cuando ella me estrecha contra su corazón. Yo me ahogo y nada más.

 Cuantas veces me he incomodado conmigo mismo y cuantos esfuerzos he hecho para no ser así!

Con Rosita he resuelto una vez por todas probar si me puedo curar de esta insaciabilidad tan mortificante y si puedo conseguir interesarme en la existencia de otro, para creer.

He llevado las experiencias hasta el agotamiento y no he conseguido disipar mis dudas.

Con ella es tan vivo el placer, que el alma se encuentra con frecuencia sino bondadosamente impresionada por lo menos distraida, lo que favorece un poco la exactitud de las observaciones.

Poco después de todo he tenido que reconocer que esto no pasaba de la piel y que yo no tenía más que un goce de epidermis; del cual el alma no participaba sino por curiosidad.

He tenido placer porque soy joven y ardiente, pero este placer procede de m i y no de otro. La causa est  en m i más que en Rosita.

Rosita, que felizmente ignora todo esto, me cree el hombre más enamorado del mundo, toma este impotente furor por un furor de pasión y se presta bondadosamente   todos los capricos experimentales que me pasan por la cabeza.

He hecho cuanto he podido para convencerme de su posesión y he tratado de descender hasta su corazón, pero me he detenido siempre en el primer peldaño de la escalera; en su piel   en su boca. Apesar de la intimidad de nuestras relaciones corporales, se muy bien que no hay nada de común entre nosotros.

Jamás una idea semejante á las mías ha cruzado por esa cabeza joven y sonriente; jamás ese corazón lleno de vida y de fuego, que al palpar agita un pecho tan fino y tan puro ha latido al unísono con el mío.

Yo no he pedido nunca á las mujeres si no una cosa sola. La belleza. En cuanto al talento y al alma, prescindo.

Para m i, una mujer que es hermosa tiene siempre talento. El talento de ser bella, y no se que haya nada que valga más.

Prefiero una boca preciosa   la frase más discreta y unos hombros bien modelados   una virtud siquiera sea teologal. Daría cincuenta almas por un pie diminuto y toda la poesía y todos los poetas por la mano de Juana de Tsagon   la frente de la Virgen de Joligero.

Es verdad que yo no pido más que la belleza, pero la quiero tan perfecta que probablemente no la encontrar  jamás.

He visto muchas mujeres de admirables proporciones medianamente acompañadas por cierto y las he amado por lo que tenían, haciendo, abstracción de lo que carecían. Pero es un trabajo muy penoso y una dolorosa operación la de suprimir así la mitad de una mujer y de hacer la amputación mental de lo que tenga de defectuoso y vulgar circunscribiendo la mirada á lo bueno nada más.

La belleza es la armonía y una mujer delgada por igual es con frecuencia menos desagradable de mirar que otra desigualmente bella.

Nada me causa más disgusto que una obra preciosa sin concluir ó una belleza á la cual le falta algo para ser completa. La mancha de aceite se advierte menos en un objeto grosero que sobre un rico brocado.

Rosita no es fea, pasa y con justicia por hermosa, pero está muy lejos de realizar lo que yo sueño.

Es una estatua que tiene detalles encantadores, pero en cambio, hay otros que no están tan perfectamente cinceladas.

Para los ojos vulgares, la estatua está divinamente modelada; pero un observador delicado descubre pronto los sitios en que el trabajo no ha tenido la misma paciencia que en los demás.

El amor es quien únicamente puede pulir ese mármol y terminarlo, y tengo la seguridad de que no seré yo quien emprenda esa tarea.

Porque yo no circunscribo la belleza á ésta ó la otra pureza de líneas.

El aire, el gesto, el movimiento, el color, el tim-

bre de voz, todo lo que constituye la vida, entra para mí en la composición de la belleza.

Mas, á pesar de todo esto que digo, de todas estas reflexiones que hago, reflexiones que lo mismo me asaltan estando lejos que cerca de Rosita, todavía disfrutamos de algunos momentos agradables; pero es preciso que hayan sido preparados, por decirlo así, por alguna circunstancia exterior, que contribuya á prestar algo de idealismo á la prosa que cada instante se ofrece á mis observaciones.

Rosita, que todavía está enamorada, hace todo cuanto puede por mantener el fuego sagrado, que amenaza extinguirse; así como yo, á mi vez, hago también sobrehumanos esfuerzos para vencer esta especie de somnolencia que se va apoderando de mí.

Mi hermosa compañera, que conserva ciertos recuerdos gratos de una excursión que hicimos una tarde por el campo, se ha empeñado en llevarme á una deliciosa posesión, retiro campestre lleno de encanto y de poesía.

Permítame que te describa lo más brevemente posible este lugar, que, como te he indicado, es realmente delicioso.

Los alrededores no pueden ser más pintorescos, y contribuyen poderosamente para dar mayor atractivo al conjunto.

Por una carretera á cuyos lados se elevan árboles centenarios, se llega á una plazoleta en forma de estrella, en cuyo centro se alza un obelisco

de piedra, y cuyo remate lo forma una bola de cobre.

Cinco caminos, que arrancan del obelisco, constituyen lo que podríamos llamar las puntas de la estrella.

El terreno va accidentándose un poco, y la carretera llega hasta un pequeño valle, por cuyo fondo se desliza un riachuelo que se cruza por un puente de un solo arco.

Salvado éste, elevase el terreno y allí se encuentra la aldea, destacándose, á regular altura, el campanario entre los tejados de las casas y las redondas copas de los manzanos.

El horizonte, limitado por los dos lados, no es muy extenso, pero sí alegre y tranquilo.

Un molino y una fábrica hay al lado del puente, y un poco más lejos, los ladridos de los perros te harán comprender que allí está la casa del guardabosque.

Desde aquí, da comienzo una alameda, cuyos árboles frutales atraen nubes de pájaros, y como el tránsito es escaso por esta parte, apenas queda espacio de arena, pues la mayoría está cubierta por un césped fino y corto.

A la terminación de esta alameda, se encuentra una gran verja de hierro, recién pintada y dorada. Desde esta verja arranca el camino que conduce al castillo, y que no se puede ver porque está escondido entre grupos de árboles, como un nido de pájaros, y además porque á cada momento se distrae uno, para visitar un manantial, una fuente, un kios-

co elegante, ó para disfrutar de algún delicioso punto de vista.

El riachuelo, que desde lo alto se va deslizando por entre las desigualdades del terreno, forma, por efecto de éstas, multitud de pequeñas cascadas que tan bien suelen ocultarse á la vista, entre los grupos de árboles ó arbustos que las rodean.

Pero toda esta parte del parque, no es, por decirlo así, más que la antecámara de la otra parte.

Una carretera que pasa por en medio de esta propiedad, la divide en dos; inconveniente que se ha subsanado de un modo muy ingenioso: en uno y otro lado, se levantan dos grandes muros con troneras, imitando una fortaleza arruinada, y en la parte del castillo álzase una torre, de la cual todas las mañanas se deja caer un puente levadizo, que se apoya sobre el muro opuesto.

Por una bella arcada ojival se entra ya al interior de la posesión; en este segundo recinto, los árboles, de una ancianidad extraordinaria, entrelazados por espesos grupos de enredaderas con los distintos matices de sus hojas, hacen de este lugar lo más pitoresco que te puedes imaginar.

El riachuelo se ensancha por esta parte, formando un pequeño lago, y como es poco profundo, permite distinguir, bajo la transparencia del agua, las plantas acuáticas que tapizan en el fondo.

El castillo esté al otro lado, y una pequeña canoa pintada de verde y rojo, evita el hacer un largo rodeo para ir á buscar el puente.

El castillo es un conjunto de edificios construidos en diferentes épocas.

Un pabellón, está construido con ladrillos rojos y los ángulos de piedra; otro, es todo moderno y de estilo italiano. Un cuerpo de edificio es de un orden rústico, mientras que otro ofrece caracteres más delicados.

Las ventanas, todas son diferentes, y no se corresponden una con otra.

La capilla es gótica, y algunas partes del edificio general tienen, como las casas chinas, los techos perfectamente pintados de diferentes colores, repando hasta ellos los jazmineros, las espochinas y otras plantas trepadoras, que penetran dentro de las habitaciones, y parece como que nos tiende la mano para darnos los buenos días.

A pesar de esta falta de regularidad, ó quizás por efecto de esto mismo, el aspecto del edificio es encantador.

Esta residencia, que yo no conocía porque está á más de un centenar de kilómetros de París, me ha gustado tanto, que no he podido menos de agradecer á Rosita la bella idea que ha tenido de escoger para nuestros amores un nido tan delicioso.

No te describiré la vida que llevamos aquí, porque ya te la puedes imaginar. Grandes paseos por los bosques, entre el aroma de las violetas y de las fresas; besos de amor entre el murmullo de las cascadas, el canto de los pájaros y la fragancia de las flores; lecturas á la sombra de los árboles; excursiones acuáticas por el lago, en fin, la vida más caíca que se pueda imaginar.

Rosita me colma de caricias y es un modelo de previsión. Más graciosa que una paloma, no se separa de mí; procurando que no tenga otra atmósfera que su aliento, ni otro horizonte que sus ojos.

Parece que me tiene bloqueado, sin dejar que salga ni entre nadie sin su permiso; ha construido un pequeño cuerpo de guardia junto á mi corazón, y allí permanece de centinela noche y día.

Me dice cosas muy encantadoras; me dedica los madrigales más galantes, se sienta á mis pies y se donduce en todo como una humilde esclava delante de su señor y dueño.

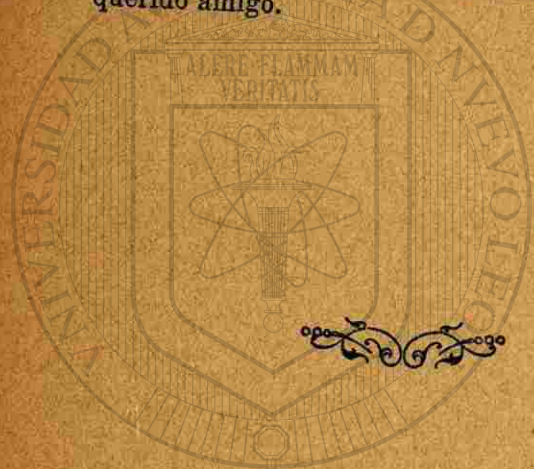
No hace nada sin consultarme, y parece haber hecho abstención completa de su fantasía y de su voluntad, procurando siempre adivinar mi deseo y anticiparse á él.

¿Cómo diablo puedo yo abandonar una mujer tan adorable, sin ser el más miserable de los hombres?

¡Cuánto daría yo por cogerla en alguna falta! ¡Con cuánta impaciencia espero una ocasión para disputar! Pero, no tengas cuidado, que la muy pícara no me la proporcionará jamás.

Cuando, para provocar un altercado, le hablo bruscamente y con un acento duro, ella me contesta de un modo tan dulce, con una voz tan argentina, humedecidos los ojos y con un aire tan triste y tan amoroso, que no puedo menos de decirme que soy un tigre, y tengo que pedirle perdón.

Rosita ha comprendido perfectamente, sin duda, que por muy bella que sea esta soledad en que nos encontramos, podría llegar un momento en que nos aburriera, y ha dirigido algunas invitaciones á sus conocimientos de la sociedad, y nos estamos ocupando en hacer los preparativos para recibir á estos dignos provincianos y provincianas.—Adios, querido amigo.



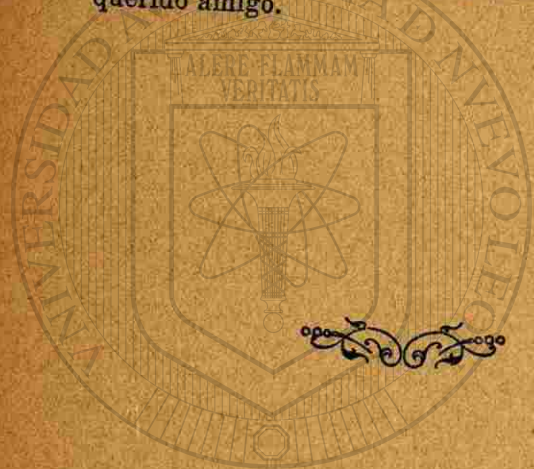
IV

Me he engañado otra vez.

Había creído que Rosa representaba conmigo un papel interesado, y mi mal corazón, incapaz de amar, se daba semejante razón para librarse del peso de un reconocimiento que no quería sopor-
tar.

Con gran alegría acogí esta idea, para escusarme á mí mismo, y, con gran pesar mío, no tengo más remedio que confesar que había pensado mal, y que no existe nada más falso que lo que yo había pensado.

Rosita ha comprendido perfectamente, sin duda, que por muy bella que sea esta soledad en que nos encontramos, podría llegar un momento en que nos aburriera, y ha dirigido algunas invitaciones á sus conocimientos de la sociedad, y nos estamos ocupando en hacer los preparativos para recibir á estos dignos provincianos y provincianas.—Adios, querido amigo.



IV

Me he engañado otra vez.

Había creído que Rosa representaba conmigo un papel interesado, y mi mal corazón, incapaz de amar, se daba semejante razón para librarse del peso de un reconocimiento que no quería soportar.

Con gran alegría acogí esta idea, para escusarme á mí mismo, y, con gran pesar mío, no tengo más remedio que confesar que había pensado mal, y que no existe nada más falso que lo que yo había pensado.

Rosita no representaba ningún papel; si alguna mujer hay sincera, es ésta.

Y esta sinceridad, que no tengo más remedio que reconocer, es un nuevo vínculo que la une á mí, y que hace la ruptura más difícil, menos excusable.

La hubiera preferido falsa y voluble.

¡Qué singular situación es ésta!

Quiero marcharme, y me quedo; quisiera decir te odio, y tengo que decir te amo.

Puedo asegurarte en que hay momentos en que me irrito conmigo mismo y he de sostener luchas terribles entre las evidencias de un amor que no puedo menos de reconocer, y estas negruras de mi espíritu que me lanzan por unos derroteros que no se donde me conducirán.

La soledad me es más perjudicial que la sociedad, aún cuando deseo más la primera que la segunda. Pero comprendo que todo aquello que me da algún prestigio, me es saludable.

La sociedad me fastidia, me cansa más, me arranca forzosamente de ese peligroso ensimismamiento, durante el cual no hago otra cosa que subir y bajar por una espiral con la cabeza baja y los brazos cruzados.

Por esta razón, desde que tenemos en el castillo los invitados por Rosa, me veo obligado á contenerme un poco, mi mal humor ha cedido algo y no estoy tan sugeto á esos deseos insaciables que asaltan mi corazón como bandada de cuervos, en el momento que me encuentro desocupado.

Entre las personas que habitan el castillo, hay algunas señoras bastante lindas y dos ó tres jóvenes muy alegres y muy amables, si bien todos participan de ese aire provinciano que tanto se advierte por los que estamos acostumbrados á vivir en las grandes capitales.

Entre todos estos huéspedes, hay un caballero que llegó hace dos ó tres días, que desde su llegada me ha sido simpático.

Me llamó la atención desde que le ví apearse del caballo. Es imposible imaginarse nada más elegante y apuesto.

No es muy alto, pero tan bien proporcionado, que atrae desde el primer momento todas las miradas.

Hay algo de encantadora dejadez en su modo de andar y en sus movimientos, lo que en vez de perjudicarle, parece que le da mayor atractivo.

Tiene un pié y una mano que muchas mujeres le envidiarían. El único defecto que le encuentro, es su belleza y aquella delicadeza de facciones que parecen impropias de un hombre.

Sus ojos son negros, rasgados, ojos de una superioridad extraordinaria, de indefinible expresión, y cuya mirada es difícil sostener.

Sus cabellos negros y brillantes, flotan sobre su cuello en gruesos bucles, prestando á su cabeza un carácter verdaderamente extraño.

He aquí uno de esos tipos de belleza que yo había soñado y que cuando menos lo podía esperar, lo veo realizado delante de mí.

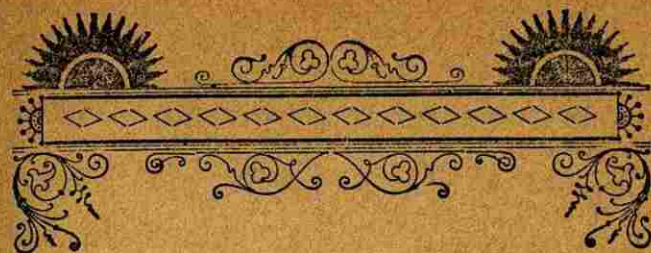
Que lástima que sea un hombre, y que lástima que yo no sea una mujer.

Este Adonis, que á su preciosa figura une una inteligencia clara y superior, disfruta además del privilegio de tener al servicio de sus frases discretas y de sus bromas de un gusto delicado, una voz tan argentina, tan armoniosa, que es difícil escucharla sin sentirse emocionado.

Es verdaderamente perfecto y parece que participa de mis gustos respecto á la posesión de lo mejor, porque sus trages son tan elegantes como ricos, su caballo arrogante y de pura raza, y para que en él todo sea completo, hasta el *groom* que le acompaña y que monta una jaquita admirablemente cortada, representa de catorce á quince años, es rubio, sonrosado, lindo como un serafín, y que estaba tan fatigado del viaje que acababa de hacer, que su dueño se vió obligado á bajarle de la silla y llevarle en sus brazos hasta la habitación que le estaba designada.

Rosita le ha hecho una cariñosa acogida, y me parece que ha pensado servirse de él para despertar mis celos, haciendo renacer así un poco del fuego que duerme bajo las cenizas de mi pasión agotada.

Por peligroso que sea un rival semejante, no me encuentro dispuesto á ser celoso, y de tal modo me siento atraído hácia él, que de buena gana renunciaría á mi amor con tal de conservar su amistad.



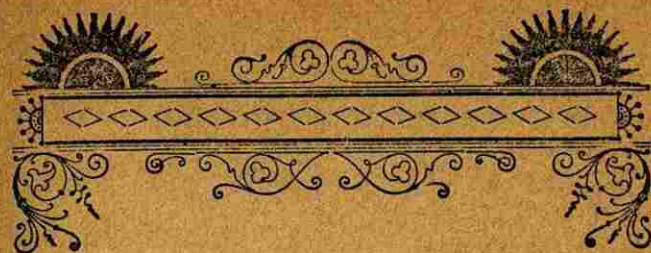
Al llegar á este punto, si el benévolo lector quiere permitirnoslo, abandonaremos por algún tiempo á sus locos ensueños, el digno personaje que hasta aquí á ocupado el sólo toda la escena hablando por su propia cuenta, para entrar en la fórmula ordinaria de la novela, reservándonos sin embargo, el derecho de adoptar para la continuación, la forma dramática si es necesaria, y también el derecho de proseguir la conferencia epistolar que este ca-

Este Adonis, que á su preciosa figura une una inteligencia clara y superior, disfruta además del privilegio de tener al servicio de sus frases discretas y de sus bromas de un gusto delicado, una voz tan argentina, tan armoniosa, que es difícil escucharla sin sentirse emocionado.

Es verdaderamente perfecto y parece que participa de mis gustos respecto á la posesión de lo mejor, porque sus trages son tan elegantes como ricos, su caballo arrogante y de pura raza, y para que en él todo sea completo, hasta el *groom* que le acompaña y que monta una jaquita admirablemente cortada, representa de catorce á quince años, es rubio, sonrosado, lindo como un serafín, y que estaba tan fatigado del viaje que acababa de hacer, que su dueño se vió obligado á bajarle de la silla y llevarle en sus brazos hasta la habitación que le estaba designada.

Rosita le ha hecho una cariñosa acogida, y me parece que ha pensado servirse de él para despertar mis celos, haciendo renacer así un poco del fuego que duerme bajo las cenizas de mi pasión agotada.

Por peligroso que sea un rival semejante, no me encuentro dispuesto á ser celoso, y de tal modo me siento atraído hácia él, que de buena gana renunciaría á mi amor con tal de conservar su amistad.



Al llegar á este punto, si el benévolo lector quiere permitirnoslo, abandonaremos por algún tiempo á sus locos ensueños, el digno personaje que hasta aquí á ocupado el sólo toda la escena hablando por su propia cuenta, para entrar en la fórmula ordinaria de la novela, reservándonos sin embargo, el derecho de adoptar para la continuación, la forma dramática si es necesaria, y también el derecho de proseguir la conferencia epistolar que este ca-

ballero dirigía á su amigo, persuadidos de que por de que por sagaces que nosotros seamos, seguramente debemos saber menos que él mismo.

Hecha esta salvedad, continuaremos bajo la forma indicada.

El pequeño lacayo, como hemos dicho, estaba de tal modo fatigado, que dormía en los brazos de su señor, y su cabecita desgredada se movía á uno y á otro lado como si estuviera muerto.

Como que había alguna distancia desde la verja hasta las habitaciones destinadas para los huéspedes del castillo, el criado que le precedía se ofreció á llevar el niño hasta la estancia.

Pero el jóven, para quien por otra parte aquel peso era ni más ni menos que el de una pluma, le agradeció su ofrecimiento y continuó marchando con su preciosa carga.

Una vez en su habitación, le depositó sobre un canapé con la mayor dulzura y adoptando toda clase de precauciones por no despertarle. Una madre no hubiera hecho más.

Cuando el criado se alejó de la habitación, el caballero se arrodilló delante de él y trató de quitarle las botinas.

Pero aquellos piecesitos hinchados y doloridos, hacían esta operación un poco difícil, y algunos gemidos ó vagos suspiros inarticulados, parecían como que eran signos de que iba á despertar la criatura.

Detúvose entonces el caballero, esperando á que el sueño fuera más fuerte para continuar su operación.

Por fin cedieron las botinas, las medias siguieron detrás, y concluida esta operación, cogió el dueño los dos piés del niño y los colocó sobre el terciopelo del sofá.

Eran los dos piés más adorables del mundo; pequeños, blancos como el márfil y sonrosados por la presión del calzado, que estuvo aprisionándolos por espacio de diez y siete horas, piés demasiado pequeños para una mujer y que no se comprendía como con aquellos piés se podía andar.

Lo que se veía de la pierna, era redondo, admirablemente proporcionado y de la más esquisita delicadeza. En resumen, era una pierna digna de aquel pié.

El caballero, siempre de rodillas, contemplaba con amorosa atención aquellos piés tan monos, y después se inclinó, cogió el izquierdo y después el derecho, besándolos alternativamente, y de besos en besos abandonó los piés para seguir por las piernas hasta la rodilla.

El *groom* entreabrió los ojos y fijó en su dueño una mirada afectuosa, en la que no se advertía ninguna sorpresa.

—Me aprieta el cinturón. Y se volvió á quedar dormido.

El caballero desabrochó la hebilla, levantó la cabeza del niño apoyándola en un almohadón, le envolvió los piés en sus mismas ropas, y después se sentó junto al lacayito.

Dos horas pasaron así, mirando el joven como dormía el niño y siguiendo tal vez sobre su frente la sombra de sus sueños.

El único rumor que se escuchaba en la habitación, era la respiración tranquila del caballero y el rumor de la péndola del reloj que había en la habitación.

El caballero era hermoso como una mujer, y el groom lindísimo como una tierna doncella.

Aquella cabecita redonda y sonrosada reclinada entre sus mismos cabellos, parecía una fruta en medio de sus hojas; había en ella frescura y juventud, aún cuando la fatiga del camino le había quitado algo de su brillantez natural.

La boca entreabierta del niño, dejaba ver unos dientes pequeños y blancos como el marfil, y en sus sienas sonrosadas y suaves, se destacaba un confuso laberinto de azuladas venas.

Sus pestañas, parecidas á esos hilos de oro que se ven en los misales antiguos y que van desvaneciéndose al rededor de la cabeza de las vírgenes, le llegaban casi hasta las megillas.

Sus cabellos largos y sedosos, tenían á la vez el color del oro y de la plata; oro en la sombra, plata en la luz. Su cuello era al mismo tiempo torneado y suave, y no se advertía en aquella criatura nada del sexo indicado por su traje.

Cierta redondez de formas y algún más desarrollo en sus caderas, parecían formar una especie de contradicción con la apariencia de lacayo que tenía el niño.

El caballero era pálido, pero con esa palidez llena de fuerza y de vida. Sus pupilas nadaban sobre un cristalino encarnado y azul; su nariz recta da-

ba á su perfil una fiera y un vigor maravillosos; su boca tenía una sonrisa dulcísima en ciertos momentos, pero ordinariamente estaba arqueada en sus extremos como se ven en algunas cabezas de los cuadros de los antiguos maestros italianos, dándole una expresión de adorable desdén.

¿Qué vínculos unían al amo y al criado? Indudablemente no había entre ellos más que la fusión que puede existir entre el dueño y el servidor. Eran dos amigos ó dos hermanos.

Si así lo eran, ¿para qué semejante disfraz?

Cualquiera que hubiese presenciado la escena que acabamos de describir, no habría podido menos de creer que estos dos personajes no eran lo que parecían.

—Como duerme este ángel de Dios;—decía en voz baja el caballero contemplando cariñosamente al niño;—creo que no había hecho nunca un viaje tan largo. Veinte leguas á caballo, él que es tan delicado. Miedo tengo de que no caiga enfermo de fatiga. Pero no, esto no será nada. Mañana se encontrará perfectamente, habrá recobrado sus colores y estará fresco como una rosa después de la lluvia.

Que hermoso es; si no temiera despertarle me lo comería á caricias. Duerme bien, tesoro mío. Estoy verdaderamente celoso de tu madre, porque quisiera que fueses mío. No, no está enfermo,—prosiguió, escuchando atentamente junto á la boca del niño,—su respiración es tranquila.

En este momento llamaron discretamente á la puerta de la estancia; el joven se levantó, escuchó

atentamente, y temeroso de haberse engañado, esperó que llamasen de nuevo.

Otros dos golpes un poco más acentuados, se percibieron, y una voz de mujer dijo:

—Soy yo, Teodoro.

Teodoro abrió, pero con menos velocidad de la que un joven emplea para abrir la puerta á una mujer, cuya voz es tan dulce y que viene misteriosamente á visitar á un hombre.

Franqueada la puerta, dió paso á la amante del perplejo Alberto, á la princesa Rosita en persona, más encantadora que nunca, y más seductora todavía que como Alberto la había conocido.

—Teodoro,—dijo Rosa.

El caballero llevó un dedo hasta sus labios é indicándole el niño que dormía, la hizo pasar á la estancia vecina.

—Teodoro,—replicó la dama que parecía encontrar tan verdadero placer repitiendo aquel nombre y sin soltar la mano que el joven la diera para conducirla al sofá donde estaba sentada.—Al fin ha venido usted. ¿Qué ha hecho todo el tiempo que no nos hemos visto? ¿Dónde ha estado usted? ¡Oh! ¡Sin haberme dado ninguna noticia! Eso no está bien. Siempre debe tenerse alguna consideración, alguna piedad de las personas que nos aman, aun cuando no se las corresponda.

—¿Me pregunta usted qué hice?—repuso el joven.—Ni lo sé siquiera. He ido y he vuelto. He dormido y he velado. He cantado, he reído, he sufrido hambre y sed; me he abrasado de calor y he tiritado

de frío; me he aburrido, y después de todo eso, me encuentro con algún dinero menos y algunos meses más. Esto es todo. ¿Y usted, qué ha hecho?

—Amarle siempre,—respondió Rosa sin vacilar.

—¿No ha hecho usted nada más?

—He empleado mal mi tiempo. ¿No es verdad?

—Podiera usted haberle empleado mejor, querida Rosa. Podiera usted haber amado á un hombre que estuviese en aptitud de corresponderla.

—Soy desinteresada en amor, como en todo. Yo no doy mi amor como préstamo para cobrar réditos. Es un don el que hago.

—Tiene usted una virtud muy extraña y que no puede nacer sino de un alma como la suya. Yo hubiera querido poderla amar como usted deseaba, pero entre nosotros existe un obstáculo insuperable que no me está permitido pederle manifestar. Esta es la verdad, por doloroso que sea tenerla que repetir. Hablemos de otra cosa. Desde que no nos hemos visto, ¿ha tenido usted algún amante?

—Uno, que le tengo todavía.

—¿Qué clase de persona es?

—Un poeta.

—¡Diablo! ¿Qué poeta es ese? ¿Qué ha hecho?

—No lo sé. Una especie de volumen que nadie conoce y que una noche quise leer sin haberlo podido conseguir.

—De modo que tiene usted por amante un poeta inédito. He ahí una cosa que debe ser curiosa. Vestirá descuidadamente, irá siempre sucio y con las manos llenas de tinta, y...

—No por cierto. Es elegante y muy limpio. Le conocí en casa de la señora de Themines, ya sabe usted quien es.

—¿Y puede saberse el nombre de ese glorioso personaje?

—Sí por cierto. Es Alberto D....

—¡Alberto D.! ¿Es acaso un joven que estaba en el balcón cuando he llegado?

—El mismo.

—Es guapo. ¿Y no ha conseguido que me olvide usted?

—No. Desgraciadamente, es usted de aquellos á quienes no se puede olvidar.

—La querrá mucho, sin duda.

—No lo sé.

—¿De veras?

—Hay momentos en que se creería que me quiere con delirio, pero en el fondo no me ama. Quizás no está muy lejos de odiarme porque me quiere todo cuanto él puede querer. Le ha sucedido como á otros muchos más experimentados que él. Ha tomado el deseo por la pasión y se ha encontrado sorprendido y desilusionado cuando ese deseo se ha satisfecho. Es un error creer que pueda subsistir siempre esa clase de cariño que tiene por base una cosa tan efímera como el deseo material.

—¿Y qué piensa usted hacer con ese amante que no la quiere?

—Lo que se hace con las modas del año anterior. Olvidarlas. No tiene valor suficiente para abandonarme, y aun cuando en el verdadero sentido de la

palabra, no me ama, tiene ya, respecto á mí, la costumbre del placer y esta clase de vínculos son muy difíciles de romper. Si no le ayudo, es muy capaz de aburrirse concienzudamente conmigo hasta el día del juicio ó tal vez más allá, porque en él se encuentra el germen de todas las nobles cualidades y las flores de su alma no piden para desarrollarse más que el sol de un amor eterno. Por desgracia yo no he sido para él sino un rayo de ese mismo sol. De todos los amantes que he tenido y á los cuales no he amado, éste ha sido á quien he querido más, y si no fuera tan buena como soy, no le dejaría en libertad y le conservaría siempre. Pero esto no lo haré y desde este instante empezaré á preparar el rompimiento.

—¿Cuánto tiempo tardará?

—Quince días ó tres semanas, pero de fijo que será más pronto que si no hubiese usted llegado. Sé perfectamente que jamás seré vuestra amante, por una causa desconocida y que no pretendo saber, puesto que dice que no puede revelarmela; así que toda esperanza por ese lado me está prohibido concebirla; mas á pesar de esto, yo no puedo resolverme á ser amante de otro estando usted aquí. Creería que esto era una profanación de mi amor por más que no pueda ser correspondido.

—¿Quiere usted complacerme?—dijo Teodoro después de un momento.

—Eso no se pregunta. ¿Qué debo hacer?]

—Conservar ese amante siquiera por el amor que me tiene usted,

Rosa miró sorprendida á su interlocutor.

—Si usted lo quiere,—dijo,—lo haré así. ¡Ah!— prosiguió la joven con un acento lleno de amargura.—Si usted hubiera podido ser mío, ¡cuán diferente hubiera sido mi vida! El mundo tiene una falsa idea de mí y yo habría pasado por él sin que nadie dudara de lo que era, escepto usted, el único que me ha comprendido y que con tanta crueldad me ha tratado. No he querido á ningún hombre sino á usted y no he podido conseguirle. Si usted me hubiese amado, habría sido virtuosa y casta y digna del hombre de mi amor. Pero en vez de esto, dejaré, si es que alguien se acuerda de mí, la reputación de una mujer galante, de una especie de cortesana que no se diferencia de otras del montón sino en el rango y en la fortuna. He nacido con las más elevadas inclinaciones, pero nada deprava tanto como no ser amada. Muchos me desprecian porque ignoran lo que he sufrido para llegar á lo que soy. Con la seguridad de que nunca pertenecería al que yo prefería entre todos, me he dejado arrastrar por la corriente y no hice nada para defender mi cuerpo que no podía ser de usted. En cuanto á mi corazón ha sido distinto; ese nadie le poseerá, sigue perteneciéndole aun cuando usted le haya destrozado. Muchos me han censurado mi proceder y han tenido valor para arrojarme al rostro mi libertinaje. ¡Qué ignorante es el mundo! Si usted supiera lo doloroso que es sentir que falta algo en nuestra vida, que se ha pasado por el lado de la dicha sin poderla detener, y que todos se ocupan de

una para despreciarla, escarnecerla, desconociéndola en absoluto, estoy segura que me compadecería. No hay nada más horrible que encontrar abiertas de par en par las puertas para nuestros vicios y herméticamente cerradas las de nuestras virtudes. Eso no lo puede usted conocer, sin duda, ni lo conocerá jamás.

—Desengáñese usted, Rosa; lo que está usted diciendo,—repuso Teodoro,—es la historia de todo el mundo. Lo mejor que existe en nosotros es aquello que nadie comprende, que nadie ve. Así son los poetas. Su mejor poema es el que no han sabido escribir.

—Yo me llevaré al otro mundo el mío.

—Lo mismo que yo. Quien no ha hecho alguno en su vida. Quien ha sido el verdaderamente dichoso ó inmensamente desgraciado para no haber comedido el suyo en su corazón ó en su cabeza.

—Puedo asegurar á usted que sin que esto sea presunción, podría cubrirse mi tumba de rosas blancas. He tenido diez amantes, pero sin embargo, soy virgen y virgen moriré.

—¡Cuántas hay sobre cuyas tumbas se colocan coronas de azahar y que sin embargo no son más que verdaderas mesalinas!

—Yo sé lo que usted vale.

—Como que usted solo en el mundo ha sido quien ha visto lo que soy, porque usted me ha visto bajo la impresión de un amor mucho más grande y verdadero puesto que era sin esperanzas, y quien no

ha visto una mujer enamorada no puede decir lo que es. Esto es lo único que me consuela en mis amarguras.

—¿Y qué piensa de usted ese joven que á los ojos del mundo es su amante?—preguntó Teodoro al cabo de un momento.

—El pensamiento de un amante es un golfo tan profundo que difícilmente la sonda más larga podría encontrar el fondo. Yo he pretendido hacerlo y si acaso algo ha llegado á sacar el plomo, no han sido más que restos de deseos insaciables, de muertas ilusiones unidas á mucho cieno. En cuanto á su opinión respecto á mí, ha variado mucho. Empieza por donde otros acaban, despreciándome. Los jóvenes que tienen la imaginación viva son muy propensos á ello. El primer paso que dan representa una caída inmensa y el tránsito de su quimera á la realidad no puede hacerse sin experimentar grandes sacudidas. Me despreciaba y le divertía; hoy me aprecia y le fastidia. En los primeros días de nuestra unión no veía en mí sino el lado banal, y yo creo que la certeza de no encontrar gran resistencia entraba por mucho en su determinación. Yo no he sido para él sino un camino, no un objeto. Bajo las frescas apariencias de sus veinte años, bajo ese primer velo de la abundancia, oculta una corrupción profunda, tiene enfermo el corazón. Es un fruto que no encierra sino cenizas; en ese cuerpo joven y vigoroso se agita un alma tan vieja como Saturno, un alma infinitamente desgraciada y para la cual no hay curación posible. Puedo asegurar á

usted, que quedé aterrada al comprender las negras profundidades de aquella existencia. Sus dolores de usted y los míos no son nada comparados con los suyos. Si le hubiera querido más, le hubiera muerto. Hay algo que le atrae invenciblemente que no es de este mundo ni está en él y no tiene reposo ni de día ni de noche y como una flor encerrada en una cueva se dirige á todos lados en busca del sol que no llega hasta ella. El cree que no he advertido nada de eso porque me he prestado á todos sus caprichos aparentando que no comprendía el objeto, porque quería curarle y, al menos, que se haga la ilusión de creer que ha sido amado apasionadamente. Me inspira demasiada piedad y demasiado interés para no usar con él un acento tan tierno que le haga creer una realidad que no existe. Como artista consumada he representado mi papel, he sido melancólica, sensible y voluptuosa; he fingido inquietudes y celos, he derramado falsas lágrimas y he dejado resbalar por mis labios sonrisas tan falsas como mi llanto. De este modo cuando yo rompa el lazo que nos une le haré creer que toda la culpa ha estado de mi parte y así le evitaré el remordimiento. Y sin embargo, ¡cuánto he llorado en los momentos que él no me podía ver! En una urna de cristal he recogido alguna de estas lágrimas en el momento que iban á caer y estos serán los diamantes que presentaré al ángel que venga á recogerme para conducirme hasta Dios.

—Y que son las joyas más hermosas que puede ostentar el cuello de una mujer. Yo creo que el fa-

moso líquido que la Magdalena derramó sobre los pies de Cristo, estaba forrado por el llanto de aquellos á quienes había consolado en otro tiempo. Puede estar satisfecha porque nadie hará por usted lo que usted ha hecho por ese caballero.

—Desde luego, ya que por usted no he podido hacerlo.

—Es cierto. Pero le ruego que no pierda la esperanza. Es usted hermosa y joven, y todavía en su existencia le quedan muchas alamedas flanqueadas por árboles frondosos y cubiertas por una alfombra de flores y mansos arroyuelos, que se deslizan entre el césped ofreciéndola en la limpidez y transparencia de sus aguas, espejo donde retratar su incomparable belleza.

—Diga usted más bien, que solo encontraré procelosos torrentes en alguno de los cuales encontraré la muerte.

—Deseche usted amiga mía esas ideas siniestras que extienden sobre su nacarada frente la opaca sombra de la desesperación. Si desea usted que yo la conceda mi cariñosa solicitud, procure ser dichosa y no llore.

—Que desgracia tan grande ha sido para mí el haberle conocido,—repuso Rosa con dolorido acento.—A usted debo conocer el amor, pero el amor desdichado, es verdad; pero aún en amar sin ser amado hay cierto melancólico encanto que tal vez la generalidad no comprende; por eso he sufrido más.

—Pero los que sufren como usted y sienten sus

heridas, viven; tienen algo. Hay para ellos un astro alrededor del cual giran; un polo hacia el cual tienden con verdadero afán. Los verdaderamente desdichados son los que en su pensamiento absorben el universo entero; los que lo quieren todo y no quieren nada y que si un ángel ó un hada que súbitamente les preguntara que deseaban, no sabrían que responderle.

—Si esa hada se presentara yo si que se lo que le pediría.

—Pues es usted más feliz que yo. Se agitan en mi ser vagos deseos que se confunden en seguida y engendran otros nuevos que les absorben inmediatamente. ¡Oh! ¡si yo pudiera saber lo que quiero!... Si la idea que me persigue se destacase clara y precisa de entre las brumas que la rodean, si la estrella adversa ó favorable apareciese en mi cielo, si el resplandor que debo seguir iluminase mi obscura noche, ya fuera como fuego fatuo ya como faro bienhechor, sería dichoso. Pero vivir de este modo, dando vueltas sin cesar con los ojos tapados como esos caballos que incesantemente van dando vueltas para extraer el agua de los pozos, es horrible.

—Cuantos puntos de semejanza tiene usted con Alberto. Oyéndole, me parece que le escucho. Estoy segura que cuando usted le conozca ha de simpatizar con él. Sufre igualmente por efecto de esos anhelos sin objeto determinado. Ama, sin saber lo que ama; quisiera escalar el cielo porque la tierra le parece mezquino escabel para sentar su planta

y está dominado por un orgullo superior al de Luzbel antes de su caída.

En este momento se oyó la campana del reloj del castillo que daba las once.

—¡Las once ya! — exclamó. — Querido Teodoro dispense usted si le he impedido que descansa cuando debía comprender que tenía usted necesidad de reposo. Cuando me he de separar de usted siento una opresión como si fuera la última vez que he de verle. Adiós, amigo mío; tal vez Alberto me esté buscando ya. Adiós.

Teodoro la condujo hasta la puerta donde se detuvo, siguiéndola durante algún tiempo con la vista.

Después permaneció un buen espacio como abismado en profundas reflexiones hasta que por fin se pasó la mano por la frente y se marchó á acostarse no sin haber depositado antes un beso sobre la frente del groon que seguía durmiendo.



El siguiente día, Alberto se hizo anunciar en las habitaciones de Rosita, que todavía estaba en la cama.

—Que temprano amigo mío,—le dijo la joven al verle.—No acostumbras á hacerlo y bien vale esa galantería que te permita que me beses la mano.

Y sacó de entre la rica colcha de damasco guardada en cajones la mano más bonita y más pe-

y está dominado por un orgullo superior al de Luzbel antes de su caída.

En este momento se oyó la campana del reloj del castillo que daba las once.

—¡Las once ya! — exclamó. — Querido Teodoro dispense usted si le he impedido que descansa cuando debía comprender que tenía usted necesidad de reposo. Cuando me he de separar de usted siento una opresión como si fuera la última vez que he de verle. Adiós, amigo mío; tal vez Alberto me esté buscando ya. Adiós.

Teodoro la condujo hasta la puerta donde se detuvo, siguiéndola durante algún tiempo con la vista.

Después permaneció un buen espacio como abismado en profundas reflexiones hasta que por fin se pasó la mano por la frente y se marchó á acostarse no sin haber depositado antes un beso sobre la frente del groon que seguía durmiendo.



El siguiente día, Alberto se hizo anunciar en las habitaciones de Rosita, que todavía estaba en la cama.

—Que temprano amigo mío,—le dijo la joven al verle.—No acostumbras á hacerlo y bien vale esa galantería que te permita que me beses la mano.

Y sacó de entre la rica colcha de damasco guardada en encajes la mano más bonita y más pe-

queña que la mente puede imaginarse colocada al final de un brazo admirablemente torneado.

Alberto se apresuró á llevarla á sus labios diciendo:

—¿Y la otra? ¿Acaso no he de besar á su hermanita gemela?

—Pues ya lo creo. Nada más natural. Toma. No dirás que no soy complaciente.

Y sacó la otra mano que Alberto llevó igualmente hasta sus labios.

—Ya se que eres la gracia y la complacencia personificada y que merecías te alzarán templos de marmol blanco en medio de bosques de mirtos. Tengo miedo de que no te suceda lo que á Psiquis y que Venus tenga celos de tí.

—Hola, hola,—dijo Rosa haciendo un gesto encantador.—Cualquiera diría que esa es una frase que te ha brotado del corazón.

—Como que vales lo bastante para que realmente brote del corazón esa palabra. Por supuesto que no debe sorprenderte toda vez que acostumbrada estás ya á escuchar madrigales de esa especie.

—Decididamente á tí te sucede algo extraordinario; para que estés tan galante es preciso que estés muy enfermo. Ya lo creo. Por Dios, no te vayas á morir. No lo tomes á broma; un cambio tan repentino de carácter y sin razón suficiente que lo justifique, es de mal augurio querido Alberto. Según opinión de todas las mujeres que se han tomado la pena de quererte, no tienes nada de amable y precisamente en este momento te muestras

tan amable y tan encantador que no puedo explicármelo. Y verdaderamente estás pálido. Dame, dame el brazo que quiero tomarte el pulso.

Y levantó la manga y se puso á contar las pulsaciones con una gravedad verdaderamente cómica.

—No,—prosiguió después,—estás muy bien y no tienes el más ligero síntoma de fiebre. En este caso yo debo estar verdaderamente hermosa esta mañana. Anda, traeme el espejo para que yo pueda juzgar si tu galantería tiene ó no razón de ser.

Alberto cogió del tocador un espejo de mano y lo puso sobre la cama.

—Verdaderamente,—dijo Rosita,—no estoy fea. ¿Por qué no haces un soneto á mis ojos, señor poeta? Que desgraciada soy, tener ojos como estos y un poeta como tú y carecer de sonetos como si yo fuera tuerta ó tuviese por amante un aguador. Vaya, no me quieres cuando no me has hecho ni un sencillo acróstico, ¿y mi boca como la encuentras? Mucho te he besado con ella y te besaré más todavía mi hermoso caballero y en verdad que este es un favor del que hoy eres competamente digno. Pero no hablemos más de mí. Hoy tienes una belleza y una frescura incomparables. Pareces un hermano de la Aurora y aun cuando todavía es muy temprano te veo vestido como para un baile. Acaso tienes algunos designios respecto á mi y pretendes dar un asalto á mi virtud. Quieres hacer mi conquista. Necia,—prosiguió la joven haciendo una mueca deliciosa,—había olvidado que esto pertenece ya á la historia antigua.

—No te burles así Rosa, ya sabes que te amo.

—Según y conforme. No lo sé muy bien ¿y tú?

—Perfectamente. En términos que si tuvieras la bondad de prohibir que aquí entrase nadie, trataría de probártelo y sin que sea presunción, me parece que habías de quedar convencida.

—No por cierto. Por más que tengo deseos de convencerme, la puerta quedará franca para todo el mundo. Soy demasiado bella para serlo á puerta cerrada. El sol brilla para todo el mundo y yo haré hoy como el sol, si te parece bien.

—Puedo asegurarte que me parece bastante mal, pero no hagas caso. Soy tu esclavo y mi voluntad queda sujeta á la tuya.

—Bravísimo. Persiste en tus buenas disposiciones y esta noche deja puesta la llave en la puerta de tu habitación.

En este instante, le fué anunciada á Rosa la visita de Teodoro de Serannes, que deseaba ofrecer sus respetos á la dueña del castillo.

—Puede pasar ese caballero,—dijo Rosa subiendo la colcha de la cama hasta la barba.

Teodoro se aproximó al lecho, se inclinó graciosamente ante la joven le correspondió afablemente, y después el recién llegado saludó á su vez á Alberto diciendo:

—Siento haber interrumpido una conversación tal vez interesante. Continúen ustedes.

—¡Oh! no por cierto,—repuso Rosa con una maliciosa sonrisa;—hablábamos de negocios.

Teodoro se sentó á los pies de la cama porque Al-

berto ocupaba la silla de la cabecera, y entonces dió comienzo una de esas conversaciones llenas de gracia y de delicadeza, verdadero fuego graneado de ingeniosidades, de agudezas y de talento.

Si Alberto se había presentado tan de mañana en la habitación de Rosa, tiene esto su explicación en un ligero impulso de celos que sintió desde que vió á Teodoro.

No queremos decir por esto que amase á Rosa ni que dejara de desear verse libre de ella.

Pero quería dejarla él mismo, no que otro se la quitase.

Así que al presentarse en la estancia de la joven, iba resuelto, si por casualidad se encontraba allí á Teodoro, á hablarle secamente.

Pero al cabo de media hora, de tal modo había cambiado la situación, que oyéndoles hablar cualquiera habría creído que se trataba de dos amigos de la infancia.

Alberto creyó positivamente que si Rosa pudiera llegar á querer otro hombre que no fuese él, este hombre sería Teodoro; pero por el momento no juzgó que corría ningún peligro.

De otro modo hubiera pensado si hubiera podido prevenir la escena de la noche anterior.

Mas como no sucedió así, quedóse tan tranquilo y tan convencido.

—¿Qué hacemos hoy, Teodoro?—dijo Rosita;—¿vamos á hacer una excursión acuática ó nos vamos de caza?

—Prefiero la caza. ¿No opina usted lo mismo, Alberto?

—Más me agradaría recorrer en el bote el riachuelo que va serpenteando por estos contornos, pero donde ustedes vayan iré yo también. Por el momento,—prosiguió el joven,—lo primero que debemos hacer es dejar sola á Rosita para que se levante y se vista.

La joven asintió á ello, llamó á sus camareras y los dos caballeros salieron de la estancia.

Pronto estuvieron todos listos; cuando Rosa apareció en la escalinata que daba al jardín, ya estaban á caballo Alberto y Teodoro.

La joven saltó sobre la silla con su ligereza habitual, fustigó á su caballo que partió como una flecha, Alberto hizo lo mismo y Teodoro les dejó avanzar, con la seguridad sin duda de reunirse con ellos cuando quisiera.

Su mirada se dirigía hacia el castillo como si esperase á alguien, y así era efectivamente, puesto que á poco se reunía con él su pequeño groom.

—Vamos, Teodoro,—le gritó Rosa,—parece que va usted montado en un caballo de madera.

El interpelado excitó un poco su cabalgadura; pero todavía no salvó por completo la distancia que le separaba de sus amigos.

Otra vez volvió Rosa á gritarle:

—¡Vamos! aplique usted las espuelas á esa tortuga y venga á nuestro lado.

Teodoro soltó la brida á su caballo y en algunos segundos se adelantó mucho á sus compañeros.

—Quien me ame que me siga,—dijo saltando una barrera de cuatro pies de altura.—Vamos, señor poeta,—prosiguió desde el lado opuesto,—¿no salta usted?

—Prefiero dar la vuelta,—repuso Alberto sonriendo.—No tengo más que una cabeza que romperme; si tuviera varias lo ensayaría.

—Vamos, ya veo que no me quiere nadie, cuando nadie me ha seguido,—dijo Teodoro frunciendo el entrecejo.

El groom fijó en él sus grandes ojos azules con expresión de reproche y aplicó las espuelas al caballo, el cual dió un salto y pasó al otro lado de la valla.

—Sí, señor,—dijo el niño.—Hay alguien que le quiere.

Rosita dirigió al groom una mirada de expresión indefinible y á su vez franqueó la barrera de un salto.

—¿Y ahora, Teodoro, cree usted que yo no le quiero?

El muchacho la dirigió una mirada de singular expresión y resueltamente fué á aproximarse al lado de su amo.

Alberto no se hizo cargo de nada de esto, porque desde tiempo inmemorial ya se sabe que los pa-

dres, los maridos y los amantes son los que menos ven.

—Isnavel,—dijo Teodoro al groom—eres un loco, y usted, Rosita, una loca. Con mucha facilidad pudiera usted haber tenido una desgracia.

—¡Qué hubiera importado!—replicó Rosa con un acento tan triste y melancólico, que Isnavel le perdonó el que hubiera saltado también la barrera.

Siguieron juntos un largo espacio hasta llegar el punto de reunión de los picadores y de los demás concurrentes á la cacería.

Establecidas los puestos, cada uno fué á ocupar el suyo y la cacería dió comienzo.

Los ladridos de los perros resonaban por doquiera, y el ciervo iba formando caprichosos zigs zags seguido por las jaurías.

Teodoro, como el mejor montador y quizás el mejor cazador, se lanzó á la cacería con un ardor extraordinario.

Alberto le siguió de cerca, y Rosita y el groom iban siguiéndoles aun cuando á alguna distancia.

Así anduvieron un buen trozo, hasta que Rosa dijo:

—Si nos detuviéramos un poco, podríamos dejar que descansaran los caballos. La caza parece que se dirige hacia el estanque y yo sé un camino de travesía por el cual llegaremos casi al mismo tiempo que ellos.

Isnavel tiró de la brida á su corcel, que se detuvo vivamente.

Después de un breve espacio de descanso, dijo Rosa:

—Si pudiéramos reunirnos con el resto de la comitiva... Los caballos han descansado un poco y podríamos en breve tiempo alcanzarles.

—Vamos.—respondió el groom lanzando á galope su caballo por un estrecho camino transversal que conducía al sitio donde se escuchaba el rumor de la cacería.

Los dos caballos corrían á la par ocupando todo el ancho del camino.

Por el lado donde iba Isnavel había un árbol medio torcido y nudoso, una de cuyas ramas gruesas como un brazo se extendía por lo ancho del camino como si pretendiera impedir el paso á los que tan descuidadamente avanzaban.

—Cuidado, niño,—le dijo Rosa,—baje usted la cabeza, que si no...

Pero el aviso ya llegó tarde; la rama fué á chocar con el cuerpo del groom que perdió los estribos mientras el caballo continuaba su desenfrenada carrera.

El pobre niño se había desmayado y tendido estaba sin movimiento á corta distancia de Rosa.

Esta, sobrecogida de espanto, se tiró del caballo y se aproximó á Isnavel.

La gorra había ido á larga distancia y los rubios cabellos del lacayito caían por todas partes.

Rosita recogió un poco de agua de la que había en el hueco de una roca, procedente de lluvias anteriores, y la sacudió sobre el rostro de Isnavel, que no hizo movimiento alguno.

Rosita creyó que el traje que llevaba el niño po-

dría impedirle la facilidad de respirar, quitó el cinturón, desabrochó la levitilla y entreabrió una camisa para que su pecho pudiera respirar con más libertad.

Entonces vió Rosita algo que para un hombre habría sido la más agradable de las sorpresas, pero que á ella no debió parecerle lo mismo, porque frunció el entrecejo y su labio superior tembló ligeramente.

Lo que acababa de ver Rosa era una garganta y un pecho poco formado todavía, pero que hacía ya las más admirables promesas; garganta y pecho blanco, finísimo, delicioso de ver y más delicioso para besar.

—¡Una mujer!—murmuró.—No se porta mal Teodoro.

Isnavel, y le conservaremos este nombre aun cuando no sea el suyo comenzó á respirar un poco y entreabrió lánguidamente sus párpados.

No tenía ninguna herida y únicamente estaba aturcido por el golpe, así fué que al cabo de un rato pudo ponerse de pie, buscar su caballo que sin su jinete se había detenido á no muy larga distancia, y despacito fueron dirigiéndose hacia el lugar donde se hallaban los cazadores.

Cuando Teodoro escuchó de labios de Rosa lo que había pasado, cambió muchas veces de color, y durante el resto del camino no separó su caballo del de su groom.

No tardaron en regresar al castillo y aquella jornada, que había empezado tan alegremente, terminó bastante triste y silenciosa.

Rosita estaba distraída y Alberto parecía encontrarse absorto en profundas reflexiones. La siguiente carta del joven dirigida á su amigo Silvio, el mismo á quien estaban dirigidas las que constituyen las primeras páginas de nuestro libro, podrán dar alguna explicación respecto á la preocupación que hemos indicado.

ANIL



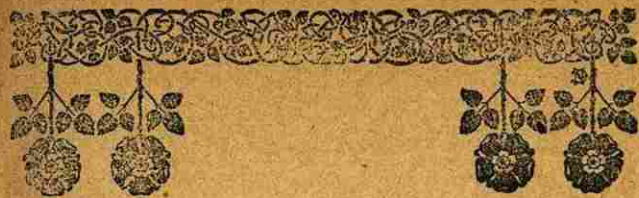
MA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VII

«No, querido Silvio, no te he olvidado. No soy de aquellos que siguen adelante su camino sin dirigir una mirada hacia la espalda.

Mi pasado va conmigo é influye en mi presente y quizás en mi porvenir.

Tu amistad es uno de esos celajes heridos por el sol que se destacan completamente claros y limpios en el azul horizonte de mis últimos años. Con frecuencia y á pesar de lo que soy, me vuelvo para contemplarle con un sentimiento de inefable melancolía.

¡Qué tiempos aquellos, amigo mío! ¡qué tiempos

aquellos en que ambos éramos angelicalmente puros!

Nuestros pies tocaban apenas en la tierra; parecía como que teníamos alas, nuestros deseos no se elevaban en el aire y las suaves brisas de la primavera agitaban en torno de nuestras frentes la blanda aureola de la adolescencia.

¡Te acuerdas de aquella pequeña isleta cubierta de vegetación situada en el punto donde el río afecta la forma de un pequeño lago! Para ir á cualquier parte es necesario pasar sobre una plancha muy estrecha y que se plegaba de una manera extraña por el centro; un verdadero puente de cabras, y que en efecto no servía sino para ellas.

Entre el césped que cubría gran parte del vuelo se destacaban algunas florecillas, y un sendero de amarillenta tierra formaba una especie de cinturón dentro del cual estaba la isla con sus árboles sombríos y sus encantadores misterios.

Allí había gran número de mujeres que se ocupaban en extender extensas piezas de telas para blanquearlas al sol.

Te recuerdas de aquella muchacha morena y cuyos grandes ojos de salvaje expresión brillaban de un modo extraordinario entre las ondas de sus negros cabellos y que iba corriendo cerca de sus cabras amenazándolas cuando pretendían abandonar el campo para diríglas á sus establos. ¿Te acuerdas bien?

¿Y las mariposas color de oro de vuelo desigual y tembloroso, y aquellas bajadas al río por aquellos

escalones groseramente tallados, y aquel agua límpida y serena en la cual á manera de espejo se miraba el cielo; y finalmente, nosotros mismos, verdaderas figuras que armonizaban aquel paisaje?

¿De qué nacía que pudiéramos aparecer tan unidos á aquella naturaleza tan dulce y tan apacible, y que nos confundiéramos tan fácilmente con ella?

Primavera por fuera, juventud por dentro, sol en las praderas, sonrisa en los labios, lluvia de flores en todas partes, puras ilusiones esparcidas en nuestras almas, púdico rubor en nuestras mejillas, pájaros escondidos entre las copas de los árboles, luces, perfumes, rumores confusos, el corazón que palpita, el agua que agita la rueda de un molino, suspiros de amor, murmullos producidos por las hojas de los árboles, movidas por la brisa, todo en fin, ese conjunto que constituye la breve primavera de la vida. Cuántas noches hemos pasado paseándonos lentamente por aquellas orillas del río tan cerca del borde, que con frecuencia íbamos con un pie en la tierra y otro en el agua. ¡Porqué ha durado tan poco esto!

Digo respecto á mí, porque tú, adquiriendo la ciencia del hombre has sabido conservar la candidez del niño.

El germen de corrupción que llevaba conmigo, desenvolvióse rápidamente y la gangrena ha devorado sin piedad alguna todo cuanto tenía de puro y de santo. Lo único que me ha quedado sano, es la amistad que te profeso.

Tengo la costumbre de no ocultarte nada, así sean acciones como pensamientos. Tú sabes con cuanto ardor he buscado la belleza física, qué importancia he dado á la forma exterior y con cuanto amor he considerado el mundo visible.

Estoy demasiado corrompido para creer en la belleza moral.

He perdido completamente la ciencia del bien y del mal, y á fuerza de depravación casi he descendido á la ignorancia del salvaje ó del niño.

Nada me parece ya digno de elogio ó de censura y no me sorprenden ni poco ni mucho las acciones más extraordinarias.

Mi conciencia es sorda y muda. El adulterio me parece la cosa más inocente del mundo, considero lo más natural que una mujer se prostituya, me parece que sin el menor escrúpulo sería capaz de hacer traición á mis amigos, á quienes sin vacilar, arrojaría en un precipicio si fuese con ellos paseándome por sus orillas.

Con la mayor sangre fría contemplo las escenas más atroces, y en los sufrimientos y en las desgracias de la humanidad encuentro algo que no me disgusta. Al ver cualquier calamidad que aflige al mundo, experimento cierta sensación de voluptuosidad acre y amarga como la que se experimenta al vengarse de un antiguo insulto.

¿Qué me ha hecho el mundo para que yo le odie así?

Mi odio es como mi amor, un sentimiento confuso y general que busca fijarse en algo y que no lo

puede conseguir. Llevo conmigo un tesoro de aborrecimiento y de amor que me pesa horribilmente y del cual no sé que hacer. Si no encuentro medio de repartir el uno ú el otro, ó bien los dos juntos, creo que reventaré como esos sacos llenos de plata que sin poder contener más se revientan y se descosen.

No quiero nada y, sin embargo, tengo miedo en estos momentos de armar alguna cosa.

Por supuesto, que valdría más odiar, que amar lo que yo amo.

El tipo de belleza que hace tanto tiempo he soñado, le he encontrado por fin.

He tropezado con el cuerpo de un fantasma, le he visto, me ha hablado, he tocado su mano, existe, no es una quimera. Ya sabía yo que no podía engañarme y mis presentimientos no mienten nunca.

Sí, Silvio, estoy al lado del sueño de mi vida. Mi habitación está aquí, la suya á mi lado, desde aquí veo como se agita la cortina de su ventana y la luz de su lámpara. Su sombra acaba de pasar tras de la cortina, dentro de una hora cenaremos juntos. Sus hermosas pestañas turcas, su mirada límpida y profunda, ese color de ambar pálido, esos largos cabellos negros y lustrosos, esa nariz de un corte tan fino y delicado, esas extremidades tan admirablemente modeladas, esas delicadas sinuosidades, esa pureza del óvalo que da tanta elegancia á una cabeza, todo lo que yo quería, lo que hubiera deseado encontrar distribuido en cinco ó seis personas, todo lo tengo reunido en una sola.

Lo que yo adoro más entre todas las cosas del mundo es una mano preciosa. Si tú vieras la suya, qué perfección, qué blancura, qué finura de cutis. Las manos de Ana de Austria tan celebradas, no son en comparación de las tuyas sino las manos de una labradora.

¡Y después, qué gracia, qué arte en los movimientos de esta mano, cómo el dedo pequeño se repliega graciosamente y permanece un poco separado de sus hermanos!

El pensamiento de esta mano me vuelve loco y estremece, y abraza mis labios.

Cierro los ojos para no verla, más con la yema de sus delicados dedos separa mis pestañas, entreabre mis párpados y hace pasar delante de mí visiones de marfil y nieve.

Yo deseo la belleza y, sin embargo, no sé lo que pido y sufro horriblemente.

¡No poder asimilarse esa perfección, no poderse confundir con ella ó hacerla que se confunda conmigo, no tener medio alguno de rendirla y de hacerla sentir!

Cuando veo algo verdaderamente bello, quisiera tocarlo al mismo tiempo y de todas maneras. Quisiera cantarlo, pintarlo, esculpirlo y escribirlo, ser amado como yo lo amo. Yo quisiera lo que no puedo encontrar, lo que no podré tener nunca.

Tu carta me ha hecho mucho daño y perdóname que te lo diga. Esa felicidad tranquila y pura de que disfrutas, esos paseos por los frondosos bosques, esas largas conversaciones tan tiernas y tan

íntimas que se terminan con un casto beso en la frente, esa vida serena y apacible, esos días tan brevemente pasados que la noche los sorprende cuando llega, todavía me hacen encontrar más tempestuosas las agitaciones interiores en que vivo.

Dentro de dos meses debéis casaros, todos los obstáculos han desaparecido y estais seguros de perteneceros para siempre. Vuestra felicidad presente se aumenta con la perspectiva de la felicidad futura. Sois dichosos y tenéis la certeza de serlo más todavía. ¡Qué suerte la vuestra! Tu futura es hermosa, pero lo que tú has amado en ella no es la belleza material, sino la invisible y eterna, la belleza que no envejece, la belleza del alma.

Está llena de gracia y de candor, te ama como saben amar esas almas.

Tú no has pensado si el color de sus cabellos se parecía por sus tintas á esas cabelleras de Rubens ó del Giorgione, te han gustado porque son sus cabellos, y apuesto sin temor de equivocarme, que no te has preocupado por si el tipo de tu futura es griego ó asiático, inglés ó italiano.

¡Oh! ¡Silvio! ¡Qué raros son los corazones que se contentan con el amor puro y sencillo, y que no sueñan ni con una hermita en medio de los bosques ni con un jardín en una de las islas del Lago Mayor!

Si tuviera valor para separarme de aquí, iría á pasar un mes con vosotros. Tal vez me purificase el aire que respirais, quizás la sombra de vuestros jardines prestaría un poco de frescura á mi abra-

sada frente. Pero nó, vosotros residís en un paraíso y yo no debo poner el pie en él.

¡Qué horrible trabajo es el que viene realizándose en mi alma en estos últimos tiempos!

Todos estos alientos de águila para remontarse al sol esta divina melancolía, este amor profundo y contenido, esta religión de la belleza, esta fantasía tan curiosa y tan elegante, este éxtasis con las alas siempre abiertas, este ensueño perpetuamente en flor; toda esta poesía de mi juventud, todos estos dones tan bellos y tan raros, no me pueden servir sino para colocarme muy debajo del último de los hombres.

Yo quiero amar. Voy como un loco llamando é invocando el amor, me estremezco de rabia bajo el sentimiento de mi impotencia, enciendo mi sangre, arrastro mi cuerpo entre el torbellino de los placeres, estrecho contra mi corazón árido y frío una mujer bella y joven y que me ama, hasta el extremo de ahogarla, he corrido tras de la pasión que huía de mí, me he prostituído y he obrado como una virgen que se fuera á un lupanar esperando encontrar allí un amante entre los que la corrupción allí conduce, en lugar de esperar pacientemente en una sombra discreta y silenciosa que el ángel de Dios me reservase, me apareciese en una penumbra con una flor del cielo en la mano.

Pero yo he cerrado los ojos y he marchado derecho al precipicio.

Hoy es necesario que rueda hasta el fondo de esa nueva cima que acaba de abrirse ante mí.

Tú me compadecías antes porque no amaba y hoy debes compadecerme con mayor motivo porque amo, y sobre todo, por el ser objeto de mi amor.

¡Qué desgracia, qué mundo de desventuras se desploma sobre mi vida tan combatida ya!

¡Qué pasión tan insensata, tan culpable, tan odiosa es la que se ha apoderado de mí! El rubor de la vergüenza no desaparecerá nunca de mi frente.

De todas mis aberraciones esta es la más deplorable. No concibo nada, no comprendo nada y parece que todo en mi ser está trastornado y confundido.

Ya no sé ni lo que soy ni lo que son los otros, dudo si soy hombre ó mujer, me horrorizo de mí mismo, experimento impresiones singulares é inexplicables, hay momentos en que me parece que me falta la razón y hasta el sentimiento de mi existencia parece que me abandona.

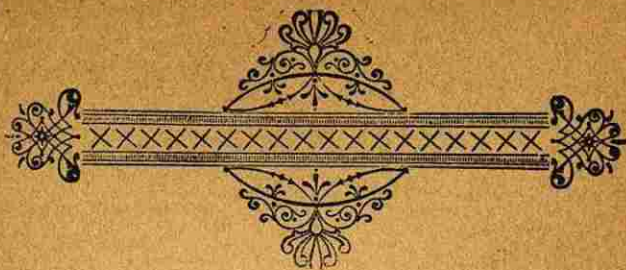
Durante mucho tiempo no he podido creer lo que era; me he estado escuchando y observando atentamente, he querido definir esta confusión en que se encuentra perdida mi alma hasta que finalmente y através de las tinieblas que la rodeaban he descubierto la afrentosa verdad.

Silvio, amo... Pero no, jamás me atreveré á decírtelo. Pero nada debo ocultarte. Estremécete. Amo á un hombre.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



UANL

VIII

Es la verdad, Silvio, estoy enamorado de un hombre, he querido dar un nombre diferente a la sensación que experimentaba; he querido revestirla bajo la forma de una amistad pura y desinteresada; he creído que lo que sentía no era más que la admiración que me causaba la belleza ya fuera en las personas ya en los objetos, me he paseado muchos días por esos senderos péfidos y agradables que se encuentran siempre alrededor de toda pa-

sión naciente, pero hoy reconozco la profunda y terrible vía en que me encuentro.

Ya no puedo ocultarlo, me he examinado bien, he pesado friamente todas las circunstancias y me he dado razón hasta del más mínimo detalle.

He registrado mi alma en todos sentidos con esa seguridad que da la costumbre de entusiasmarse uno á sí mismo, y enrojezco de vergüenza al pensar y al escribir, pero desgraciadamente nada hay más cierto, estoy enamorado de ese hombre; no es amistad lo que siento por él, sino amor.

Tú á quien tanto he querido, tú mi único, mi solo camarada no me habías hecho sentir jamás nada parecido, y si en este mundo ha existido una amistad estrecha y viva, si dos almas aún cuando diferentes han podido comprenderse mejor, han sido las nuestras, y nuestra amistad la más grande.

Pero lo que yo siento por este hombre es verdaderamente increíble. Ninguna mujer me ha turbado tanto; el sonido de su voz tan argentino y tan claro, me hiere los nervios y me agita de una manera extraña; mi alma se suspende de sus labios como una abeja á una flor para aspirar la miel de sus palabras.

Esta mañana le he estado contemplando largo tiempo sin que él me viese. Con sus largos cabellos que la brisa agitaba dulcemente, su garganta de mármol casi descubierta, sus lindas manos saliendo de entre los puños de la camisa como los pistilos de una flor brotando de entre los pétalos, no tenía el aspecto del más hermoso de los hombres, sino de la más hermosa de las mujeres.

Esto era lo que yo me decía á mí mismo. ¡Es una mujer, no tiene duda!

Es necesario que Teodoro sea una mujer disfrazada, de otro modo no se puede concebir, porque esta belleza excesiva, aún tratándose de una mujer, no es la belleza de un hombre aún cuando éste fuera un Antino, el amigo de Adriano, ó un Alexis, el amigo de Virgilio.

Es una mujer indudablemente, y yo soy un loco por haberme atormentado de esta manera.

Lo que hay de más extraño en todo esto es que sin preocuparme tanto por su sexo le amo con una seguridad completa.

Algunas veces trato de persuadirme de lo abominable que es este amor y me lo confieso á mí mismo con la mayor severidad. Pero esto no pasa de los labios, es un razonamiento que me hago y que no siento, me parece que en realidad es lo más sencillo del mundo y que cualquiera en mi caso haría lo mismo.

Yo le veo, le oigo hablar ó cantar, porque canta admirablemente, y siento un placer inexplicable.

Y tanto me hace el efecto de una mujer, que un día en el calor de la conversación se me escapó llamarle señora, lo que le hizo sonreír de una manera forzada según me pareció.

Pero si fuera una mujer, ¿qué motivos tendría para disfrazarse así? No puedo explicármelo de ningún modo. Que un caballero joven, hermoso y perfectamente imberbe se disfrace de mujer se concibe muy bien. De este modo se abre multitud de

puertas que de otro modo encontraría completamente cerradas y el quid proquo podía facilitarle multitud de complicaciones sumamente agradables.

De este modo puede llegarse hasta la mujer estrechamente guardada, ó alcanzar una buena fortuna á favor de la sorpresa.

Pero no puedo comprender las ventajas que existen en que una mujer hermosa y joven se lance á correr aventuras disfrazada de hombre. Así no tiene más remedio que perder.

Una mujer no debe renunciar al placer de ser galanteada, agasajada y adorada, obrando de otro modo sería renunciar á la vida, puesto que la vida de una mujer consiste en eso. ¿Qué alcanzaría renunciando á ello? Nada, ó tal vez algo peor que la muerte.

Pero á pesar de todos estos razonamientos hay algo mucho más fuerte que está diciéndome que es una mujer, que es ella la que yo he soñado, ella la que yo debo amar únicamente y la que me amará del mismo modo.

Sí, es ella, la diosa de las miradas de águila, de las preciosas manos reales, que me sonríe bondadosamente desde lo alto de su trono de nubes.

Se ha presentado á mí bajo ese disfraz para probarme, para ver si la reconocía, si mi amorosa mirada penetraría á través del aspecto bajo el cual se me presentaba como en esos cuentos maravillosos en que las hadas que aparecen al principio como mendigas para revelarse de repente resplandecientes de oro y pedrería.

Yo te he reconocido, amor mío. A tu aspecto mi

corazón se ha estremecido en mi pecho como San Juan en el vientre de Santa Isabel, cuando recibió la visita de la Virgen. Un resplandor extraordinario se ha esparcido por el espacio; he sentido como una fragancia de divina ambrosía, he visto á tus pies el arco de fuego y he comprendido inmediatamente que no eres una simple mortal.

Los sonidos melodiosos del harpa de Santa Cecilia que los ángeles escuchan con entusiasmo, son roncocos y discordantes comparados con esas cadencias argentinas que se escapan de tu boca de rubíes; las Gracias jóvenes y sonrientes se agitan á tu alrededor en una danza perpétua; los pájaros cuando cruzas por el bosque inclinan sus cabecitas empenachadas para verte mejor y te dedican sus trinos más encantadores; la luna aparece más temprano para besarte con sus pálidos labios de plata; el viento se guarda muy bien de borrar la delicada huella de tu pie sobre la arena; la fuente cuando tú te aproximas une sus aguas como el cristal temerosa de deformar el retrato de tu rostro encantador; las púdicas violetas entreabren su corazón cuando pasas por su lado, y la fresa llena de emulación pretende igualar el divino encarnado de tus labios; toda la naturaleza te ama y te admira, porque tú eres su obra más perfecta.

Ahora es cuando vivo verdaderamente. Hasta este instante no había sido sino un muerto. Ahora he arrojado mi sudario y extiendo mis manos fuera de la fosa hacia el sol.

La sangre circula rápidamente por mis venas, el silencio aterrador que reinaba junto á mí, se ha roto por fin.

Otra vida se ha convertido en la mía, respiro por el pecho de otro, y el golpe que le hiriese me mataría.

¡Y entre tanto si mi presentimiento me engañara, si Teodoro fuera realmente un hombre como todos creen!

¡Oh! es una cosa en la cual no quiero pensar, porque me volvería loco. Si yo llegase á saber con certeza que Teodoro no es una mujer... ¡Oh! no se si dejaría de amarle.



IX

Las dudas indicadas por Alberto en la carta á su amigo Silvio que acabamos de transcribir, aquella mezcla de horror y de confianza al mismo tiempo que demuestra, tienen su explicación en la siguiente carta escrita por Teodoro algún tiempo antes de su encuentro con Alberto.

Dice así:

Mi querida amiga: Razón tenías al pretender disuadirme del proyecto que concebí de ver los hom-

La sangre circula rápidamente por mis venas, el silencio aterrador que reinaba junto á mí, se ha roto por fin.

Otra vida se ha convertido en la mía, respiro por el pecho de otro, y el golpe que le hiriese me mataría.

¡Y entre tanto si mi presentimiento me engañara, si Teodoro fuera realmente un hombre como todos creen!

¡Oh! es una cosa en la cual no quiero pensar, porque me volvería loco. Si yo llegase á saber con certeza que Teodoro no es una mujer... ¡Oh! no se si dejaría de amarle.



IX

Las dudas indicadas por Alberto en la carta á su amigo Silvio que acabamos de transcribir, aquella mezcla de horror y de confianza al mismo tiempo que demuestra, tienen su explicación en la siguiente carta escrita por Teodoro algún tiempo antes de su encuentro con Alberto.

Dice así:

Mi querida amiga: Razón tenías al pretender disuadirme del proyecto que concebí de ver los hom-

bres y de estudiarlos á fondo antes de dar mi corazón á ninguno de ellos.

He extinguido yo misma el amor en mí y hasta la posibilidad de amar.

Inocentes criaturas como somos, educadas con tanto cuidado y tan estrechamente rodeadas de un triple muro de precauciones y de reticencias, que no se nos permite ni oír nada, ni suponer nada y cuya principal ciencia es la de ignorarlo todo, en extraños errores vivimos y cuán pérfidas quimeras son las que nos mecen entre sus brazos!

¡Ay!, querida Graciosa, maldito sea el momento en que se me ocurrió la idea de este disfraz. Que de horrores, que de infamias y que de groserías he presenciado como testigo y que tesoro de casta y preciosa ignorancia he despilfarrado en poco tiempo!

¿Te acuerdas de aquella noche que nos paseábamos, al resplandor de la luna, por el fondo del jardín en aquella alameda triste y poco frecuentada?

Una aroma de juventud producido por las emanaciones de las nacientes plantas llegaba hasta nosotras desde el parque con los débiles soplos de una brisa suave.

Nosotras como verdaderas jóvenes hablábamos de amor, de galanterías, de matrimonio, del hermoso caballero que habíamos visto en la iglesia; cada una aportábamos á nuestra conversación lo poco de nociones del mundo y de las cosas que podíamos tener; dábamos cien vueltas á una frase que por casualidad habíamos escuchado y cuya significación verdadera ignorábamos.

¡Que de poesía primitiva, que de adorables tontearías en aquellas furtivas entrevistas de dos inocentes que la vispera habían salido de la pensión!

Tú querías por amante un joven valiente y atrevido, con el bigote y el cabello negro, con grandes espuelas, grandes plumas, gran espada, una especie de mata moros enamorado, y caías de lleno en lo heroico y en lo triunfante.

Muy cómico era ver una criatura como tú, entonces rubia, delicada, ruborosa, llorando de miedo al menor ruido que oías, esperarle con aquella valentía y mostrarte con el aire más marcial del mundo.

Yo, aunque no tenía sino seis meses más que tú, era seis años menos novelesca.

Una cosa me inquietaba especialmente, que era saber lo que los hombres se decían entre sí y lo que hacían cuando salían de los salones y de los teatros.

Presentía en su vida muchos puntos oscuros, cuidadosamente velados á nuestras miradas, y que nos importaba mucho conocer.

Algunas veces, oculta tras una cortina, espiaba de lejos los caballeros que venían á casa y me parecía descubrir en su aspecto algo de innoble y de clínico, una insustancialidad grosera ó una preocupación que ya no observaba una vez que habían entrado y de la cual parecían despojarse como por encanto en el dintel de la puerta.

Todos, así los jóvenes como los viejos, me parecía que adoptaban uniformemente una máscara

convencional de sentimientos y de lenguaje cuando estaban delante de las señoras.

Desde el ángulo del salón donde estaba derecha como una muñeca, escuchaba, miraba, mis ojos estaban bajos, pero sin embargo yo lo veía todo.

Entonces advertí la notable diferencia con que hablaban los hombres cuando se dirigían á nosotras ó á las señoras casadas.

Su lenguaje con estas últimas era más libre, las reticencias más claras y se comprendía perfectamente que entre ellas había un elemento común que no existía entre nosotras, y no se lo que hubiera dado por saber cual era este elemento.

¡Con que ansiedad y con que ira seguía yo con la vista y con el oído aquellos grupos de hombres que paseaban por nuestros jardines y que comprendía que se iban burlando de lo mismo que pocos momentos antes nos habían dicho!

No oía sus palabras pero adivinaba en el movimiento de sus labios, que pronunciaban frases de una lengua que yo desconocía y que jamás se habían pronunciado delante de mí.

Con frecuencia, comprendía por ciertos gestos, por indicaciones más ó menos acentuadas, que en alguna de aquellas conversaciones se trataba de mí y que se ocupaban de mi edad ó de mi figura.

¡Cuanto hubiera dado por satisfacer mi curiosidad y como me desesperaba el no conseguirlo!

Si yo hubiera tenido un amante, habría querido conocer como hablaba de mí á otros hombres, y en que términos se habría vanagloriado de su buena

fortuna entre sus camaradas de orgía, con un poco de vino en la cabeza y los codos apoyados sobre la mesa.

Hoy lo sé y en verdad que estoy arrepentida de saberlo. Siempre sucede lo mismo.

Mi pensamiento era loco, pero lo hecho, hecho está, y ya no se puede censurar lo mismo que se acogió con satisfacción.

No quise escucharte, querida Graciosa, y me arrepiento.

La maldita manzana estaba siempre ante mi vista destacándose entre las hojas, y era necesario concluir por morderla aun cuando después hubiera de arrojarla, si su sabor me parecía muy amargo.

Hice como Eva, mi querida abuela, y mordí.

La muerte de mi tío, el único pariente que me quedaba, me dejó completamente libre y ejecuté lo que ya estaba soñando hacía mucho tiempo.

Había tomado mis precauciones para que nadie pudiera dudar de mi sexo. Aprendí á tirar la espada y la pistola, montaba á caballo con un atrevimiento y una destreza que más de una *ecuyere* me habría envidiado; estaba estudiando entonces la manera de llevar la capa y en pocos meses conseguí hacer de una joven á quien se encontraba bastante linda, un caballero mucho más hermoso y al cual no faltaba nada más que el bigote.

Realicé lo que tenía pensado y salí de la ciudad decidida á no regresar á ella sino con la experiencia completa.

Era el único medio de esclarecer mis dudas.

Tener amantes no me habrían enseñado nada, ó por lo menos no me hubiesen dado sino detalles incompletos y como yo quería estudiar al hombre á fondo, anatomizar fibra por fibra con un escalpelo inexorable, y tenerle vivo y palpitante sobre mi mesa de disección, para esto tenía que presentárseme una circunstancia que no era fácil que ocurriera.

Con mi disfraz, podía ir por donde me diera la gana, seguirle en el paseo, en las tabernas, ó donde quiera pue fuese.

Verdaderamente es una cosa que asusta como ignoramos la vida y conducta de aquellos que parecen querernos y á los cuales queremos también.

Su existencia real nos es tan perfectamente desconocida, como si habitaran en otro planeta.

Diríase que son de una especie distinta, que no hay el menor lazo intelectual entre los dos sexos, y las virtudes del uno, provocan los vicios del otro, y lo que causa admiración en el hombre, hace avergonzar á la mujer.

Nuestra vida está tan clara, que se puede seguir paso á paso; de la casa al colegio y del colegio á la casa; lo que hacemos no es un misterio para nadie, cualquiera puede ver como hacemos algunos malos dibujos, saben los colores que elejimos para las zapatillas que estamos bordando para el santo de nuestros padres y no hay nada en ninguno de nuestros actos que pueda permanecer oculto.

Vamos siempre cosidas á las ropas de nuestras madres, y á las nueve ó á las diez nos recogemos

en nuestras celdas, donde quedamos encerradas hasta el día siguiente.

El cristal más limpio no tiene la trasparencia de una vida semejante.

El que nos elige sabe todo lo que hemos hecho y lo que hacemos.

Nos está prohibido tomar la palabra, mezclarnos en la conversación de otro modo que para responder sí ó no, si se nos interroga, y á fuerza de querer impedirnos que seamos románticas se nos convierete en idiotas.

Yo había enviado mi caballo y mis trajes masculinos á una pequeña granja que poseo á alguna distancia de la ciudad, allí me vestí, monté á caballo y partí no sin sentir una gran opresión en el corazón.

No echaba de menos que detrás de mí no quedaba nada, ni parientes, ni amigas, ni un perro, y sin embargo estaba triste y las lágrimas temblaban entre mis párpados.

En aquella granja había dejado con mi traje mi título de mujer, en la habitación donde hice mi *toilette* quedaban encerrados veinte años de mi vida y sobre la puerta hubiera podido escribirse: «Aquí yace Magdalena de Maupín» porque en efecto yo no era aquella, sino Teodoro de Serannes y todo el mundo debía ya llamarme con este nombre.

Multitud de pensamientos me asaltaban, los recuerdos de mi pasado, parecían salirme al paso para impedirme que continuara, y como que al mismo tiempo, tan obscuro y tan incierto se me ofrecía el

porvenir, tuve verdaderos momentos de vacilación, viéndome obligada á hacer un gran esfuerzo, fustigar al caballo, y como que la culebra de la curiosidad seguía mortificándome á mí, en medio de mis vacilaciones, caminé horas y horas hasta que ya cerrada la noche llegué á la población donde había de pernoctar.

Entré en la posada del León Rojo, entregué el caballo á un mozo, y me dirigí á la cocina.

Una enorme chimenea en la cual ardía un haz de leña, se destacaba en el fondo; dos perros tendidos uno á cada lado del fuego, se dejaban tostar con la mayor indiferencia, y mi presencia no debió causarles mucho placer, porque gruñían y me miraban de un modo que nada bueno me anunciaba.

El posadero se aproximó para preguntarme lo que quería cenar, y una vez que se lo hube dicho dió las disposiciones necesarias, y las dos criadas de la posada, empezaron á remover la vajilla, y á prepararlo todo para la cena.

Varios caballeros entraron en la posada, porque del mismo modo, que á mí, la tempestad, la noche, y quizás el cansancio, les habían impedido continuar el viaje.

Todos eran jóvenes, el mayor de fijo que no tenía treinta años. Por sus trajes, se comprendía que pertenecían á la clase superior, y la facilidad insolente de sus maneras, acaban de ratificarlo.

Uno ó dos de ellos, tenían figuras interesantes, pero, los otros demostraban en mi agrado, más ó menos fuerte, esa especie de jovialidad ventral, y

de franca insustancialidad que los hombres tienen entre sí, y de la cual se despojan por completo cuando están en nuestra presencia.

Yo sin decir nada, permanecí allí con los brazos cruzados, contemplando el pollo que estaba en el asador, cuando el más joven de aquellos caballeros se me aproximó, y dándome un golpe en el hombro, que me hizo exhalar un grito involuntario, me preguntó si quería cenar con ellos, en vez de hacerlo solo, puesto que estando juntos se podía beber mejor.

Inútil es decir que acepté, y poco después, todos estábamos reunidos á la mesa.

Según pude comprender por algunas frases que se les escaparon, se dirigían á la corte, donde debían reunirse con otros amigos.

Yo les dije que era un hijo de familia que acababa de salir de la universidad, y que iba á reunirse con mis parientes, por el verdadero camino de los estudiantes, es decir, por el más largo.

Esta contestación les hizo reír, y después de algunas bromas, respecto á mi aire inocente y cándido, me preguntaron si tenía alguna querida.

Con mi respuesta negativa, tuvieron mucho motivo para reír.

Como las libaciones, se sucedían con bastante rapidez, aún cuando yo procuraba dejar mi vaso casi lleno siempre, sentía la cabeza un poco pesada, y como no perdía de vista mi idea, procuré que la conversación recayera sobre las mujeres.

Mis compañeros no estaban borrachos precisa-

mente, pero comenzaban ya á entrar en las discusiones morales, y uno de ellos había pasado su brazo, al rededor del cuerpo de una de las criadas, é inclinaba la cabeza sobre ella, demasiado amorosamente. Otro juraba que si Juanita no le dejaba darle un beso en cada una de aquellas manzanas rojas que le servían de mejillas, era capaz de hacer un disparate, y Juanita no queriendo que sucediera alguna desgracia, se dejó besar de buen grado, y no detuvo una mano que se insinuaba audazmente entre los pliegues de su corpiño, cambiando algunas palabras en voz baja con el caballero, tras las cuales éste la dejó libre.

Si yo no lo hubiese visto, no pudiera creer nunca que unos caballeros tan elegantes, se permitiesen semejantes familiaridades con las criadas de una posada.

—Señores;—decía otro de ellos,—quiero confiaros mi gran secreto, soy víctima de una pasión.

—Eso es grave;—dijeron los otros,—eso puede degenerar en lúgubre. ¿Y que haces tú de una pasión?

—Es una mujer honrada caballeros, y cuidado de reírse de lo que digo; ¿porque no había yo de encontrar una mujer honrada?... Cuidado;—prosiguió dirigiéndose á uno de sus compañeros que se reía.—Acaba de reírte ya. ¿No lo has oído? Si no concluyes te tiro la mesa por la cabeza.

—Bueno; y qué,—repuso el otro.

—Ella está loca por mí, es el alma más hermosa del mundo, y cuidado que yo soy inteligente en al-

mas, tanto por lo menos como en caballos, y, os garantizo que es un alma de primera calidad. ¡Qué de elevaciones, qué de extásis, qué de abnegación que de refinamientos de ternura! todo lo que se puede imaginar de más trascendental, pero amigos míos, la pobrecita no tiene pecho, es tan lisa como una niña de quince años, por lo demás es muy bonita, su mano es fina, y su pié pequeño, tiene mucho talento, pero muy poca carne, y casi me dan ganas de plantarla, ¡que diablo, uno no está para acostarse con los espíritus! Compadecedme amigos míos, soy muy desgraciado.

Y enternecido por el vino que había bebido, se le saltaron las lágrimas.

—Juanita te consolará de la desgracia de dormir con Silfides,—le dijo su vecino llenándole el vaso, —su alma es tan espesa, que se podrían sacar muy bien cuerpos para las otras, y tiene bastante carne para satisfacer el hambre de un elefante.

¡Oh! pura, y noble mujer, si tu supieras lo que se dice de tí, en una posada, y delante de personas á quien no conoce el hombre, á quien tu amas, y á quien todo lo ha sacrificado, si alguno pudiera decirte que tu amante, veinte cuatro horas después de haberte dejado, cortejaba una innoble criada, y que se había arreglado para pasar la noche con ella, habrias sostenido que era imposible!

La conversación duró algún tiempo todavía, pero siempre bajo el punto de vista completamente libre y descarado; pero á través de todas las exageraciones cómicas, y de los chistes groseros, se per-

cibía un sentimiento verdadero y profundo de completo desprecio respecto á la mujer, y yo aprendí más durante esta velada que leyendo las obras de los mejores moralistas.

Una vez terminada la cena, fué cuestión de acostarnos, pero como el número de individuos era doble que el de camas, hubo necesidad de que se acostaran dos en cada una.

La cosa era muy sensible para mis compañeros, pero yo no estaba en el mismo caso.

La sobrevesta y el colete, podían disimular un poco la redondez de mi pecho, pero, ¿como era posible que este disimulo continuara desde el momento en que me quedara en paños menores? Afortunadamente el individuo conque yo debía compartir el lecho, cayó como un tronco en la cama, y nada era capaz de hacerle despertar.

Yo me acomodé como pude en el otro extremo de la cama, y bien puedo asegurarte que no dormí en toda la noche.

Lo extraño de mi situación, y tal vez el pequeño exceso que había hecho en la bebida, pudieran tener su parte en aquella sobreexcitación, que por algún tiempo me tuvo, si he de serte franca, al borde del precipicio.

Felizmente pude dominar aquella súbita efervescencia, y no pude menos de reflexionar después, sobre lo que á veces representa la virtud de las mujeres.

Por fin amaneció; y no puedes imaginarte con cuanto placer ví dibujarse en los cristales de la

ventana de nuestro cuarto, los primeros resplandores del día.

Las tinieblas, aquel hombre que dormía cerca de mí, la soledad, todo había hecho nacer en mí, no se que ideas extrañas, que deseos desconocidos, que de curiosidad por saber... En fin, pude vencer aquella crisis, y te aseguro que no pude menos de enorgullecerme por la victoria que sobre mi misma había obtenido.

Mi compañero seguía durmiendo en el suelo, donde había rodado desde la cama, yo me apresuré á vestirme, y á poco entraron sus amigos, le despertaron, ensilláronse los caballos, y á poco salíamos de la posada.

Aquí hago alto por hoy, y en otra ya te referiré el resto de mis aventuras. Quiéreme como yo te quiero, querida Graciosa, y te ruego que no formes mala opinión respecto á mi virtud, á pesar de lo que te acabo de referir.





X

Alberto en lucha perpétua con sus ideas, buscando siempre lo desconocido, disgustado con lo que poseía, y sin fuerza para desprenderse de ello, contradicción perpétua en todo, y sin saber porque resolverse, escribía á su amigo Silvio, una carta en la cual, tomando por tema la lectura de algunas obras dramáticas, con las cuales procuraba entre- tener el tedio que le abrumaba, le decía entre otras cosas.

En este teatro escrito por las hadas, y cuyas obras deben ser ejecutadas á la luz de la luna, he

encontrado una pieza que me agrada extraordinariamente. Es una obra extraña, sin una idea determinada, vaga, indecisa, donde la intriga es tan vaporosa, y tan singular, los caracteres de los personajes, que el mismo autor, no sabiendo que título darle la ha denominado, *Como mejor os agrade* nombre elástico que lo encierra todo.

Leyendo esta obra extraña se siente uno transportado á un mundo desconocido, del cual no se tiene la más baja reminiscencia.

No se sabe si está uno muerto ó vivo, si despierto ó durmiendo. Graciosas figuras os sonríen dulcemente y conforme van pasando os saludan amigablemente; os sentís completamente turbados á su vista como si repentinamente, y al volver el recodo de su camino os encontráseis con vuestro ideal ó que el fantasma olvidado de vuestra primera querida se os mostrase allí.

Multitud de arroyos se deslizan murmurando débiles quejas, el viento agita los añosos árboles del bosque sobre la cabeza del anciano duque desterrado, con suspiros compasivos, y cuando el melancólico James bajo las hojas del sauce, lanza sus dolientes quejas filosóficas, parece que sois vos mismo quien habla y que el más secreto y el más obscuro de vuestros pensamientos se ilumina de repente.

No puedes imaginarte querido Silvio, el efecto que me producen esta clase de obras y en particular esta de que te hablo, y de la cual también hablaba frecuentemente con los demás.

Con Teodoro y con Rosita sostenía grandes discusiones respecto á ella.

Rosita está por la verdadera verdad, así es que no participa gran cosa de mi sistema. Teodoro dá al poeta alguna más latitud y admite una verdad de convención y de óptica, y yo sostengo que es preciso dejar todo el campo libre al autor, y que la fantasía reine como soberana.

Muchos de nuestros compañeros opinan que esta clase de obras están fuera de las condiciones teatrales, por cuya razón no se pueden representar, pero yo he respondido que si bien esto es verdad en un sentido, es falso en otro y que la posibilidad ó imposibilidad de la escena carecían de verdadera justicia y que las razones que daban, eran más bien preocupaciones, puesto que la pieza *Como mejor os agrade* era de fácil ejecución, sobre todo para personas de buena sociedad que no tenían la costumbre de hacer otros papeles.

Hablando en este sentido ha nacido en alguno de nuestros compañeros el deseo de representar la obra, y una vez lanzada la idea, ha hecho rápidamente su camino.

La estación está muy adelantada, se han agotado todas las diversiones, y las pocas que nos quedan por mucha variedad que les demos, no tienen ya fuerza suficiente para entretener la velada, así es que la idea como he dicho ha producido algún entusiasmo.

Un joven que sabe pintar se ha encargado de las decoraciones y el teatro se ha instalado en la sala más grande del castillo. Rosita debía hacer el papel de Rosalinda que es la protagonista, papel que le

correspondía de justicia, tanto por ser la dueña de la casa como por el lazo que conmigo la une, pero por uno de esos caprichos extraños y mucho más en persona que como ella no tiene grandes escrúpulos, no se ha querido vestir de hombre.

Si yo no hubiese estado convencido de lo contrario, habría creído que tenía las piernas torcidas.

Reusando la dueña de la casa aquel papel, ninguna de las demás señoras han querido aceptarle y esto hubiese hecho fracasar mi proyecto á no prestarse Teodoro que iba á hacer el papel de James, el melancólico para hacer el de Rosalinda teniendo en cuenta que exceptuando el acto primero en que va de mujer, en los demás viste de hombre.

No puedes imaginarte el espectáculo tan curioso que ofrecemos todos paseando por los jardines ó por los rincones más retirados del parque con nuestros papeles en la mano alzando los brazos, tomando actitudes y murmurando frases de ira, de amor, ó de sorpresa.

Nuestro joven pintor ha hecho maravillas. El decorado es precioso y ha hecho los figurines de nuestros trajes según mis indicaciones.

Pero aquí, querido amigo, es donde ha empezado lo gordo:

Este color no va bien con este otro; esta falda es demasiado corta y se me verán las piernas. Eso es muy bonito pintado pero yo no me presento así. Este peinador me hace aparecer muy vieja. Esta gola, es demasiado alta, y parece que no tengo cuello.

Estas frases y otras por el estilo estaba oyendo sin cesar y no te puedes imaginar la prodigiosa cantidad de lisonjas que hemos tenido que prodigar para conseguir que todas estas señoras se conformen con sus trajes.

¡Si vieras qué desorden tan grande reina en el castillo! Todos los cajones están abiertos, todos los armarios están vacíos. Esto es un verdadero saqueo. Las mesas, los sillones, todo está lleno de vestidos, de manteletas, velos, de jubones, de tocas, de sombreros, en fin, no sabe uno dónde poner el pie.

Los criados no hacen más que ir y venir, y siempre dos ó tres cruzando el camino que hay desde el castillo á la ciudad.

La representación ha llegado por fin. Puedo asegurarte que jamás estuve tan trastornado y no precisamente por ese temor que siempre experimentamos cuando hemos de recitar algo para un público más ó menos numeroso, sino por otra causa.

Ya estábamos vestidos y dispuestos para empezar, y unicamente faltaba Teodoro.

Se le envió á buscar á su habitación y contestó que venía en seguida.

Y llegó en efecto, percibí sus pasos en el corredor antes de que apareciese, porque es tan grande la simpatía que experimento por él, que adivino sus movimientos á través de las paredes, y cuando comprendí que iba á poner la mano sobre el botón de la puerta me puse á temblar y el corazón me latía con una rapidez extraordinaria.

Parecióme, que algo muy importante en mi vi-

da, se iba de decidir y que había llegado para mí el momento solemne y esperado durante mucho tiempo.

La mampara se abrió lentamente, y un grito general de admiración saludó la llegada de Teodoro.

Los hombres aplaudieron y las mujeres se pusieron encarnadas, exceptuando Rosita que se puso sumamente pálida apoyándose en la pared como si una revelación repentina se hubiera hecho paso en su mente.

Yo la he creído algo inclinada á amar á Teodoro, y en aquel momento aún cuando en sentido inverso hizo el mismo movimiento que yo.

Quizás creyó que la hermosa Rosalinda era efectivamente una joven y encantadora mujer, y el débil castillo de naipes de su esperanza se desplomó de un golpe mientras que el mío se alzaba sobre sus ruinas. Al menos esto es lo que yo pensaba. Quizás me engañase, porque no estaba en estado de hacer apreciaciones exactas.

Sin contar á Rosita, había allí tres ó cuatro mujeres bellísimas, pero comparadas con Teodoro, aparecían de una fealdad extraordinaria.

La imagen, que hasta entonces no había hecho más que dibujarse débilmente con sus vagos contornos, el fantasma adorado y vanamente perseguido estaba allí, delante de mis ojos, vivo, palpitante, no envuelto en medias tintas ni vapores, sino en plena luz; no disfrazado como antes, sino en su traje verdadero; no bajo las formas de un hom-

bre, sino con todos los detalles de la más hermosa mujer.

Experimenté una sensación de bienestar enorme, como si una montaña se me hubiese quitado de encima. Se me desvaneció el horror que yo tenía de mí mismo, y en aquel momento ya no me miré como á un monstruo.

Se detuvo un momento en el dintel de la puerta, como para dar tiempo á la asamblea de expresar su admiración. Un torrente de luz la inundaba de los pies á la cabeza, y sobre el fondo sombrío del corredor, que se extendía tras ella, se destacaba como si la luz emanase de ella en lugar de recibirla.

Sus hermosos cabellos negros, entrelazados por cordones de perlas, caían en bucles naturales sobre sus espaldas; sus hombros y su pecho estaban descubiertos, y nunca he visto nada tan hermoso; el mármol más delicado no podía aproximarse á semejante perfección.

El traje que vestía era una especie de seda tornasolada, cuyos matices cambiaban según estuvieran en la luz ó en la sombra; un borcegui sumamente justo encerraba su pie, que no tenía necesidad de esto para ser sumamente pequeño, y las medias de seda escarlata se ceñían amorosamente alrededor de la pierna mejor torneada y más encantadora; sus brazos estaban desnudos hasta el codo y brotaban de una especie de nube de encajes, redondos, torneados y blancos, espléndidas como la plata bruñida, y de una delicadeza de líneas incon-

cebible; sus dedos, llenos de sortijas, agitaban muellemente un gran abanico de plumas de colores, que parecían formar un pequeño arco-iris, que apreciaba su rostro cuando á él lo aproximaba.

Era imposible, al contemplar aquella mujer incomparable, suponer que fuese el mismo Teodoro de Sesannes, con quien habíamos estado hablando poco antes.

Sin embarazo alguno en sus movimientos, como si aquel fuese su traje habitual, manejaba el vestido, el abanico y el pañuelo.

Después, aquel talle, aquella elegancia, aquella morbidez de formas, todo en el sér que ante mi vista se ofrecía, estaba revelándome la mujer.

La representación ha salido mucho mejor que yo podía esperar.

Teodoro, sobre todo, ha estado admirable; también ha dicho que yo he representado perfectamente mi papel.

Esto no quiere decir que yo tenga las cualidades necesarias para ser un buen actor; pero, por una casualidad muy singular, las palabras que yo decía respondían tan perfectamente á mi situación, que me parecía más bien inventadas por mí, que no tomadas de un libro.

En una de las escenas, cuando Rosalinda se quita la cadena de su cuello para entregársela á Orlando, que era el papel que yo tenía, me dirigió una mirada tan dulcemente lánguida, tan llena de encantadoras promesas, y pronunció con tanta gracia la frase: «Valiente caballero, llevad esto en me-

moria mía, como recuerdo de una doncella, y más os diera si más pudiera ofrecerlos,» que apenas si pude contestarla.

En el tercer acto, Rosalinda, vestida de hombre y bajo el nombre de Guismedes, reaparece con su prima Celia, que ha cambiado también su nombre por el de Alicera.

La impresión que sentí al ver á Teodoro, fué bien desagradable. Me consideré por un momento como el sér más monstruoso del mundo, puesto que mis deseos, mis sensaciones, todo en mí había recibido un gran consuelo al ver á Rosalinda.

Sin embargo, al fijarme bien en aquella figura, que iba irreprochablemente vestida, con su traje de la época de Luis XIII, no pude menos de comprender que aquellas prendas viriles encubrían un cuerpo femenino. Las caderas tenían una redondez en que no me había fijado antes; lo mismo que el pecho, que lo encontraba más lleno. En resumen, se comprendía que aquel traje no era el que verdaderamente convenía á su sexo.

Recobré algún tanto mi serenidad, y pude desempeñar lo mejor posible mi papel.

Quizás tú no conozcas esta obra, pero te aseguro que parece escrita exprofeso para expresar mi situación.

Orlando en la obra de que te hablo, lucha con la idea de que Rosalinda es verdaderamente una mujer, á pesar de su disfraz de hombre, y en esta lucha y como consecuencia de ella, cae enfermo, desespera á los médicos, hasta que Rosalinda se pro-

pone emprender su curación, y pronuncia estas palabras:

—Os curaré, si consentis en llamarme Rosalinda y venis á verme todos los días á mi cabaña, para que yo os preste mis cuidados.

Esto fué dicho con una insistencia tal, y dirigiéndome una mirada tan extraña, que no pude menos de dar un sentido algo más determinado, juzgando que se me hacía bajo aquella forma una advertencia.

Y cuando Orlando, ó sea yo, que como sabes desempeñaba aquel papel, le respondí: «Iré con mucho gusto, caballero,» me contestó, de un modo más significativo todavía y con cierto despecho por no ser bien comprendida: «No, no; llamadme Rosalinda; así es como debéis hacerlo.»

Tal vez me engañase, pero creí ver lo que quizás no existiese; pero me pareció que Teodoro había advertido mi amor, aun cuando jamás le hubiese hablado de ello, y que á través del velo de aquellas escenas prestadas, por decirlo así, hacía alusión á su verdadero sexo y á nuestra recíproca situación.

Porque no era posible, tratándose de una persona de tanto mundo y tan espiritual, que no hubiese comprendido desde el principio lo que pasaba en mi alma; porque, si mis labios estaban mudos, en cambio mis ojos y mi turbación pudieron haberle dicho bastante.

Alguna causa que yo ignoraba podía haber influido para que se disfrazara de hombre., siendo esto motivo para mí de tormentos.

Quizás esto no fuese verdad, pero el caso era que había pronunciado ciertas palabras con inflexiones acentuadas, y marcando de un modo sorprendente algunos pasajes, dando lugar con ello á mis suposiciones.

Me había olvidado de decirte que Rosita, después de haber rehusado el papel de Rosalinda, se había encargado de hacer un papel secundario en la obra, el de Phabe.

Esta, es una pastora de las Ardenures, de la cual está locamente enamorado el pastor Silvio. Phabe es fría, como la luna, de la cual toma el nombre, y que se muestra excesivamente fría con el pobre pastor.

En cambio, en cuanto ve á Rosalinda con el traje y el aspecto de Ganimedes, se enamora ciegamente de él, procurando por todos los medios posibles, alcanzar su amor.

Rosalinda, que, como comprenderás, dentro de la obra no puede corresponder al amor de Phabe, le hace toda clase de desprecios, la llena de injurias y de denuestos, que la infeliz desdeñada sufre con gran resignación y mansedumbre.

Rosalía ha salido muy bien de su papel, y cuan-

do Rosalinda le ha dicho: «Yo os amaría, si pudiera,» las lágrimas estuvieron á punto de brotar de sus ojos, porque aquella historia es la suya, así como la de Orlando es la mía.

La obra termina porque Rosalinda abandona, por fin, el traje de Ganimedes, recobrando el de su sexo, se hace reconocer por el duque como su hija, y por Orlando como su amada, y el dios Himeneo forma tres matrimonios, que son: los de Orlando con Rosalinda, Phabe con Silvio y el bufón Tonchstone con la inocente Andrey.

Esta representación que tanto nos había entretenido, tuvo para mí excelentes consecuencias, puesto que aquella especie de receta que Rosalinda me había dado, me produjo cierto bienestar, que parecía nacer de una esperanza que no podía definir, pero que ya me consolaba un poco.

Yo no tengo más que una especie de certeza moral, y como que las pruebas me faltan y no puedo permanecer mucho tiempo en este estado de incertidumbre, es menester que hable con Teodoro de un modo más preciso.

Sin embargo, he querido hacerlo una porción de veces, y no he podido encontrar la frase á propósito para empezar mi discurso.

Y no hay qué decir que no encuentro ocasiones para hacerlo, puesto que la libertad de que se disfruta en el campo, las facilita á cada momento.

Pero es el caso que cuando me acerco á Teodoro con la resolución de pedirle explicación de ese enigma, y llevo ya estudiado hasta el discurso que

he de pronunciar; en vez de pedirle la explicación que deseo, me pongo á hablarle de la lluvia, de la temperatura, de las flores, de todo menos de lo que realmente quiero.

Y entre tanto, la estación avanza, muchos de nuestros amigos nos han abandonado ya, y pronto regresaremos nosotros también á París. Por lo tanto, es menester aprovechar el tiempo.

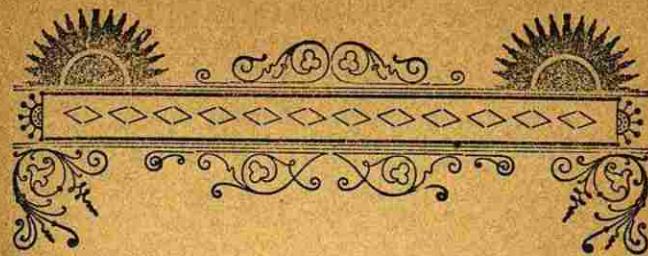
Ya tengo formada mi resolución. Una vez que me falta valor para hablarle, le escribiré. Tal vez sea ridículo escribir una carta á una persona que vive en nuestra casa; pero ¡qué remedio me queda, sino éste!

Le he escrito, y aprovechando un momento en que Teodoro había salido, he dejado la carta encima de la mesa de su cuarto.

Veremos qué resultado tiene.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



XI

La causa que en vano buscaba Alberto, para justificar, digámoslo así, aquel disfraz, bajo el cual se le habla presentado Teodoro, ya la conocen nuestros lectores, por la carta que la señorita Magdalena de Maupin escribía á su amiga Graciosa.

En la carta siguiente, explica también porque circunstancias había conocido á Rosita, y de que había nacido el amor que esta le profesaba.

La carta decía de este modo:

Amiga mía. En mi anterior te había prometido la

continuación de mis aventuras, pero soy tan peregrina para escribir que es necesario que te quiera como á las niñas de mis ojos, y que comprenda lo curiosa que estarás por conocer el resultado de mi extraña peregrinación, para que me decida á sentarme delante de la mesa con una hoja de papel en blanco debiéndola llenar para satisfacer tu curiosidad.

Si no fuera por las ochenta leguas que nos separan, creeme que montaría á caballo para ir á decirte verbalmente lo que con estas patas de moscas no tengo más remedio que referirte.

Pero, esta distancia es enorme para que yo pueda franquearla con la brevedad que quisiera, y después que con el traje que visto no podría aproximarme hasta tí y emprender la vida familiar que llevamos en otro tiempo, cuando eramos niñas, tan sencillas y tan inocentes.

Puedes creer que si alguna vez me decido por recobrar mi traje de mujer será únicamente por el placer de ir á verte.

Según te decía en mi anterior, salimos mis compañeros y yo de aquella famosa posada, donde pasé una noche tan mala y donde mi virtud estuvo á punto de naufragar.

Mis compañeros elogiaban la hermosura de mi caballo, que efectivamente es de raza y uno de los mejores corredores.

Esto me halagaba y para demostrarles que era un jinete digno de tan buena cabalgadura obligué al caballo á hacer toda clase de escarceos, le hice

saltar una valla bastante alta y después le lancé á galope, en términos que no me pudieron seguir. Después le hice regresar y cuando llegué cerca de ellos, hice detener en seco al caballo, lo cual me valió los mayores elogios.

No quiero cansarte con la descripción de los lugares que recorrimos, de las posadas donde hicimos alto, ni de todos esos incidentes que aún en el viaje más sencillo se suelen presentar.

Por lo tanto te diré únicamente que uno de mis compañeros; precisamente el que durmió conmigo la primera noche, simpatizó de tal manera conmigo que casi constantemente llevaba su caballo junto al mío.

Ya te he dicho que no era mal mozo, y debo añadirte que era muy instruido y muy agradable su conversación.

Únicamente desbarraba cuando hablaba de las mujeres y entonces te aseguro que de muy buena gana le habría arrancado los ojos que acompañaban sus palabras con miradas desdeñosas.

Pero como comprenderás tenía que seguir representando mi papel, y hasta asentir á lo que decía.

A los dos ó tres días de viaje me invitó para que le acompañase á ver una de sus hermanas que había enviudado poco tiempo antes y que habitaba en un castillo próximo en compañía de una de sus tías.

Procuré excusarme del mejor modo posible, pero me indicó que consideraría mi negativa como un desaire y no tuve más remedio que ceder.

Una vez que llegamos al sitio que creyó conveniente para la terminación de su viaje, nos despedimos de nuestros compañeros, que se fueron por un lado mientras nosotros nos alejábamos por el opuesto.

Tras algunas horas de marcha, llegamos por fin al lugar de nuestro destino.

Un foso bastante ancho, pero que en lugar de agua estaba lleno de una vegetación exuberante, separaba el parque del gran camino que conducía al edificio salvándose este canal en seco por medio de un puente de un arco.

Una alameda de olmos conducía á una especie de plazoleta, tras de la cual una especie de bóveda formada por la unión de las copas de los árboles, se llegaba al castillo.

Un gran parterre se extendía delante del edificio.

Cuatro ó cinco perros acudieron á nuestro encuentro ladrando y saltando alrededor de mi amigo y poco después acudió un criado, mitad labrador y mitad palafrenero, que cogiendo nuestros caballos por la brida se los llevó á la cuadra.

Fuera de este individuo solo ví una aldeana que asustada había echado á correr ocultándose entre el bosque.

Fuera de esto, á nadie más vimos, ni en las ventanas apareció nadie tampoco, pudiéndose creer que el castillo estaba deshabitado.

Ibámos subiendo los primeros escalones que conducían al vestíbulo, cuando nos pareció percibir

rumor de puertas que se abrían y se cerraban, como si alguna persona viniese á nuestro encuentro.

Efectivamente, una bellísima jóven apareció en lo alto de la escalera y se arrojó en los brazos de su hermano exclamando:

—¡Gracias á Dios que has venido!

Después se volvió hácia mí, se verificó la presentación por parte de Alcilciades, que así se llamaba el hermano de la joven, dirigi á esta alguna galantería y hablando de este modo entramos en una sala baja cuyos muros estaban decorados con tapices de Flandes.

Una vez en aquella estancia, dijo la joven:

—Voy á advertir á mi tía de vuestra llegada.

—No tengas prisa—la dijo su hermano—sientate y hablemos un poco. Ya te he dicho que este caballero llamado Teodoro de Serannes, pasará aquí algún tiempo, debiendo añadirte que no tengo necesidad de recomendarte que procures hacerle lo más agradable su estancia entre nosotros porque él se recomienda así mismo.

La joven inclinó la cabeza en prueba de asentimiento, y se empezó á hablar de otra cosa.

Durante la conversación pude contemplar atentamente á la hermosa viuda.

Podía tener de veintetres á veinticuatro años y el traje de luto no la sentaba muy bien, debiendo añadirte que ni tenía el aspecto lúgubre, ni demostraba estar muy afligida.

No sé si había llorado mucho á su difunto esposo, pero si lo había hecho sería con gran disimulo por-

que el pañuelo de finísima batista que llevaba en la mano estaba completamente seco.

Tampoco estaban enrojecidos sus ojos. Por el contrario eran los más claros y los más brillantes del mundo y en vano se hubiera buscado en sus mejillas las huellas por donde debieron pasar las lágrimas.

La verdad era que aquella joven era bellísima y que no demostraba haber sentido mucho la pérdida de su esposo.

Después de haber descansado breves momentos, nos dirigimos á las habitaciones de la tía de mis amigos.

La encontramos en un gran sillón con un taburete á los pies y á su lado un perro tan viejo como ella, que nos acogió con un gruñido poco satisfactorio.

Una mujer vieja me ha causado siempre horror. Mi madre murió muy joven y si me hubiera vivido al verla ir envejeciendo lentamente y deformarse en una progresión casi imperceptible sus facciones, me habría acostumbrado.

Pero, como desde mi niñez me había visto rodeado por figuras jóvenes y sonrientes siempre había tenido una gran antipatía por los ancianos.

Sin embargo, la anciana tía de mis amigos había conservado de su antigua belleza algunos detalles severos y majestuosos que la ponían á cubierto de esa fealdad que parece ser un patrimonio de las mujeres que no fueron más que bonitas.

Su traje aún cuando antiguo no era ridículo y se

harmonizaba perfectamente con lo severo de su figura.

La anciana nos recibió con ese agrado y esa cortesía que es el patrimonio de aquellas personas que han vivido mucho tiempo en el gran mundo y en íntimo contacto con la corte.

Parece que la fué simpático desde el primer momento, me estuvo mirando atentamente, después tembló una lágrima entre sus párpados que fué deslizándose por sus mejillas hasta empaparse en el cuerpo de su vestido.

Esta lágrima la justificó diciendo que me parecía á un hijo suyo que había muerto en la guerra.

A caso de esta semejanza real ó imaginaria, mientras permanecí en el castillo fui tratado por la buena señora con un cariño verdaderamente maternal.

No te contaré detalladamente y día por día cuanto hice en el castillo limitándome á referirte lo más importante.

Mi natural ligereza me hizo cometer una imprudencia de la cual me arrepiento, porque con ella hice nacer en un alma buena y hermosa un sentimiento que no pude satisfacer sin descubrir lo que soy, comprometiéndome gravemente.

Para tener perfectamente el aire de un hombre y entretenerme un poco le hice la corte á la hermana de mi amigo, así es que la colmaba de galanterías y hacía con ella lo que había visto muchas veces hacer con nosotras.

Si iba á pasar de una habitación á otra galantemente la ofrecía mi mano, si subía á caballo le tenía el estribo, en el paseo iba constantemente á su lado y por la noche ó leía alguna cosa agradable ó cantaba con ella.

No puedes imaginarte lo que yo me reía después cuando estaba sola en mi habitación.

Alcíbades y la anciana marquesa parecían ver esta intimidad con agrado y muchas veces nos dejaban solos y te aseguro que verdaderamente sentía no ser un hombre para aprovecharme, porque si lo hubiese sido ten por seguro que lo hiciera sin gran trabajo, puesto que mi hermosa viuda parecía haber olvidado por completo al difunto ó si se acordaba de muy buen grado hubiera sido infiel á su memoria.

Sosteniéndome con alguna destreza, yo creía poder llegar hasta el fin del mes que debía de pasar en el castillo y retirarme con promesa de volver, aún cuando no lo hiciera, suponiendo que Rosita después de mi marcha se consolaría olvidándame bien pronto.

Pero jugando de este modo se despertó una verdadera pasión y las cosas sucedieron de otro modo lo que justifica muy bien aquel proverbio: de que con el fuego y con el amor no se puede jugar.

Antes de haberme visto, Rosita no conocía el amor.

Se había casado muy joven, con un hombre mucho más viejo que ella, y respecto al cual no podía sentir sino una especie de afecto filial.

Quizás hubiese sido galanteada por más de un caballero, pero la verdad es que no tuvo ningún amante, ya fuese porque los galanes que la tributaban sus obsequios no fueran de su gusto, ya, y esto es lo más probable, porque su hora no había llegado todavía.

Pero cuando yo llegué al castillo todo cambió.

Creía al principio que si con ella me hubiese mantenido entre los estrechos límites de una política, quizás ella no hubiese fijado su atención en mí.

Pero sin embargo, por lo que vi después me vi obligado á reconocer que esta suposición aunque muy modesta era completamente gratuita.

El destino de Rosita era amar una vez sola en su vida y amar un imposible.

Yo he sido amada Graciosa, lo cual es siempre muy agradable aunque no lo haya sido sino por una mujer y aún cuando en un amor semejante exista algo de penoso que no debe encontrarse en el del hombre.

Pero de todos modos es siempre muy agradable poder decir cuando uno se despierta en medio de la noche: «Hay alguien que piensa en mí».

Desgraciadamente yo no puedo corresponder á ese pensamiento del modo que debería.

Por más que mis ideas, que mis costumbres, que

esta energía y estos hábitos viriles que he adquirido, me dan el aspecto de un joven atrevido y entusiasta, el fondo es femenino, soy siempre la mujer, vestida de hombre, la forma exterior para seducir á una mujer, la forma interior impotente para satisfacer las legítimas aspiraciones de su amor.

En mi intriga con Rosita hay algo de extraño, de cómico que me divertiría si la pobre viuda no lo hubiese tomado en serio.

¡Qué riquísimo, tesoro de perfección, completamente perdido!

¡Qué de perlas blancas y transparentes como jamás las encontraron los buzos en el fondo del mar, completamente desperdiciadas!

¡Qué suaves alientos, qué dulces suspiros dispersos en los aires y que pudieran haber sido recogidos por labios ardientes y apasionados!

¡Qué horrible sarcasmo del destino!

Lo que tantos otros habían deseado afanosamente, se me ofrecía á mí, que ni quería ni podía aceptarlo!

Entraba algunas veces en la habitación de Rosita cuando estaba en la cama, no tantas como ella hubiera querido, tengo esa seguridad, y esta era

una concesión que se me hacía así como me hubiese hecho otras muchas si hubiese querido, pero ¡cómo ha de ser! la mujer más hermosa no puede dar más que lo que tiene y lo que yo podía darle á Rosita no podía serle de gran utilidad.

Ella me tendía su mano, yo la aproximaba á mis labios con verdadero placer porque era una mano monísima, pequeña, suave, perfumada y ligeramente húmeda y yo la sentía estremecerse bajo el contacto de mis labios.

Rosita, silenciosa, con suplicante expresión, me miraba, impregnada aquella mirada de voluptuosidad y de vehementísimos anhelos, hasta que después volvía á dejar caer la cabeza sobre la almohada, quizás despechada por mi actitud.

Vela á través de las ropas del lecho como su seno se estremecía y como todo su cuerpo se agitaba bruscamente.

Cualquiera otro se hubiera atrevido bastante, y positivamente que ella le hubiera quedado agradecida por semejantes atrevimientos, pero yo permanecía una ó dos horas con ella hablando y nada más.

Pero esta situación iba prolongándose más de lo natural.

Dos cosas debían sorprenderla en mí, puesto que se encontraba en presencia de dos contradicciones que no podía conciliar.

Estas eran el calor de mis palabras y la frialdad de mis acciones.

Tú sabes mejor que nadie que mi amistad revis- te todos los caracteres de una pasión.

Es súbita, ardiente, viva, exclusiva, participa del amor hasta los celos, y la amistad que yo sentía por Rosa era casi parecida á la que te he tenido.

Como no he amado todavía á ningún hombre, el exceso de mi ternura se ha desarrollado en mis amistades con las mujeres.

Soy naturalmente expansiva y mis acciones son verdaderamente acariciadoras.

Algunas veces, olvidando la impresión que po- drían causar semejantes demostraciones, paseándo- me por el jardín con Rosa, le pasaba el brazo por la cintura como hacía contigo cuando nos paseába- mos por las solitarias alamedas del jardín de mi tío, ó bien apoyada en el respaldo de la silla en que estabas sentada bordando, jugueteaba con los cabellos que se destacaban en su redonda nuca, ó bien hacía con ella alguna de esas tonterías que tú sabes que me eran habituales con mis amigas.

Ella no atribuía estas caricias á una simple amis- tad, porque ésta, según se la concibe generalmente, no llega hasta allí, pero al ver que yo no iba más lejos, se sorprendía interiormente y no sabía qué pensar.

Lo achacaba sin duda á una gran timidez por mi parte, efecto de mi juventud y de la falta de cos- tumbre en los comercios amorosos, juzgando por lo tanto que era menester alentarme á fin de que fue- se algo más atrevido.

En su consecuencia tenía gran cuidado de fa-

cilitarme cuantas ocasiones eran más apropósito para satisfacer sus deseos.

Un día, después de haberme hecho recorrer du- rante un buen espacio un pintoresco parque que se extendía á lo lejos detrás del castillo, y del que yo no conocía sino la parte más próxima al edificio, fué conduciéndome por un sendero caprichosamen- te bordado de árboles hasta una cabaña rústica con su techo de paja y una puerta groseramente traba- jada, estando rodeada toda la casa y enredadas en sus paredes multitud de plantas salvajes.

A un lado y entre unas peñas rodeadas de árbo- les brotaba un manantial que pocos pasos adelan- te caía por dos gradas de mármol en un pilón todo lleno de plantas acuáticas.

En los puntos donde estas no existían se distin- guía una arena fina y blanca como la nieve.

Aquel agua tenía la transparencia del cristal y la frescura del hielo.

A pesar de su crudeza no pude resistir al deseo de beber y cogiendo agua en el hueco de mis ma- nos, estuve bebiendo un rato.

Rosita quiso también apagar su sed con la mis- ma agua y sirviéndome del mismo vaso natural aproximé mis dos manos á sus labios.

Cuando hubo concluído, como que mis manos es- taban tan cerca de su boca, no pudo contenerse y las besó de modo que pudiera creerse que aquel beso no era más que la aspiración de la última go- ta de agua que quedaba en la palma de mi mano.

Sin embargo, yo no me engañaba y el rubor que cubrió su rostro lo denunciaba demasiado.

Cogió mi brazo y nos dirigimos á la cabaña.

Rosita iba tan cerca de mí como era posible y al hablarse se dejaba caer de modo que su pecho iba enteramente sobre mi brazo, posición extremadamente sabia y capaz de turbar á cualquier otro que no fuese yo.

Sentía perfectamente el contorno firme y duro y el dulce calor y además advertía la precipitada ondulación que afectada ó verdadera no era menos halagadora é incitante.

Así llegamos hasta la puerta de la cabaña, cuya puerta abrí de un puntapié y no esperaba por cierto el espectáculo que se ofreció á mis ojos.

Creía que el interior estaría tapizado de juncos, que en el suelo habría una estera y algunas rústicas banquetas para descansar.

Pero no había nada de esto.

Era una lindísima estancia amueblada con tanta elegancia como buen gusto.

Las paredes representaban las escenas más galantes de las Metamorfosis de Ovidio.

Diversos amores mitológicos se destacaban en otros medallones que se veían entre los espejos y las puertas.

Había allí un verdadero lujo de cómodos sillones, de *chaise-longues* y de sofás que estaban demostrando que aquella estancia no estaba destinada á ocupaciones muy austeras.

Dije á Rosita que semejante refinamiento de lujo

me agradaba puesto que para mí era de muy buen gusto ocultar, bajo una apariencia tan sencilla y tan vulgar, una belleza tan grande.

Y esto me gustaba por la misma razón que me gusta también que una mujer lleve camisas guarnecidas de encajes y enaguas bordadas bajo una falda de tela ordinaria, puesto que esto era una atención delicada para el amante que tuviera ó que pudiera tener.

Rosa, para demostrarme que participaba también de mi opinión, se levantó un poco la falda y me dejó ver el borde de una enagua primorosamente bordada.

Es muy posible que ella hubiese querido que pretendiera asegurarme si la belleza de la camisa estaba en relación con la de las enaguas, pero como no tuve curiosidad de saberlo, dejó caer la falda mortificada por no haber podido enseñar más.

Después se dirigió á una pequeña alhacena que había en el muro y extrajo de ella dos ó tres frascos de licores y una bandeja con varias confituras y pasteles, todo lo cual fué depositado en un lindo velador cerca de mí.

Rosita vino á sentarse á mi lado en una dormilo-

na sumamente estrecha, en términos que para poder estar mejor me vi obligada á pasarle el brazo por la cintura.

Como ella tenía libres las dos manos, mientras que yo no tenía libre sino la izquierda, ella misma me servía de beber y ponía los dulces en mi plato.

Y al ver el trabajo conque los comía, me dijo:

—Vamos, estaos quieto. Voy yo misma á daros los dulces en la boca, niñito, ya que no sabéis comer solo.

Y ella me llevaba los pedazos á la boca y dejaba sus lindas manos cerca de mis labios para que pudiera besarlas.

Poco era lo que habíamos bebido. Dos dedos de crema de las Bachadas con un vaso de vino de Canarias, pero para dos mujeres, acostumbradas á beber generalmente agua, era demasiado.

Rosa se dejaba ir hacia atrás y se reclinaba sobre mi brazo amorosamente.

Habíase quitado la manteleta y por efecto de la posición en que se encontraba, dejaba al descubierto la mórbida garganta y el nacimiento de aquel pecho admirable, cuya forma, cuya suavidad y cuya dureza parecían ofrecer un mundo de delicias.

Yo la contemplaba con una emoción y un placer indefinible, ocurriéndome que los hombres resultaban más favorecidos que nosotras en sus amores, puesto que nosotras les dábamos á poseer los más encantadores tesoros y ellos en cambio no tenían nada semejante que ofrecernos.

¡Qué placer tan grande debe ser recorrer con los labios esa piel tan fina y tan perfumada y esos contornos tan bien redondeados que parecen estar siempre provocando al beso; esas carnes satinadas, esas líneas ondulantes que se confunden las unas con las otras y esa cabellera sedosa tan agradable de tocar!

¡Cuántos inagotables motivos de delicada voluptuosidad podemos ofrecer á los hombres!

Semejantes observaciones no hubiera podido hacerlas el año pasado y habría podido ver todas las gargantas y todos los pechos del mundo sin preocuparme si eran de esta ó de la otra joven.

Pero desde que he abandonado los vestidos propios de mi sexo y que vivo con los jóvenes se ha desarrollado en mí un sentimiento que me era desconocido, el sentimiento de la belleza.

Generalmente las mujeres están peinadas, no sé por qué, cuando nadie mejor que ellas para juzgarse de la verdadera apreciación de su belleza, y es que como ellas la poseen y el conocimiento de sí mismo es el más difícil de todos, no tiene nada de sorprendente que ellas no entiendan nada sobre ese particular.

Por lo regular si una mujer encuentra á otra hermosa, puede abrigarse la certeza de que esta es fea y ningún hombre ha de fijarse en ella.

En cambio de esto, todas las mujeres cuya belleza elogien los hombres, son feísimas y duramente censuradas por la masa general femenina.

Si yo fuera lo que parezco ser, no tendría otro

guía en mi elección que la desaprobación de las mujeres. Esta sería un certificado de belleza suficiente.

Entre tanto, amo y conozco la belleza, [el traje que visto me separa de mi sexo y me priva de toda clase de rivalidad, por lo mismo puedo juzgar mucho mejor que otra persona.

No soy una mujer, pero todavía no soy un hombre y el deseo no me cegará hasta el extremo de elogiar lo falso y despreciar lo verdadero. Veo fríamente y sin prevención el pro y el contra, y mi posición es completamente desinteresada.

Pero volvamos á Rosita que, como he dicho, estaba reclinada sobre mi brazo y su cabeza apoyada en mi hombro.

La emoción que sentía, extendía sobre sus mejillas rosadas, tintes que contribuían á embellecerla doblemente.

Los dos estábamos silenciosos y me entretenía en seguir bajo la transparencia nacarada de sus sienes aquellas pequeñas venas azuladas y la insensible degradación de tono que había en la extremidad de sus cejas.

Rosa parecía haberse reconcentrado en sí misma,

meciéndose en sueños de infinita voluptuosidad.

Sus brazos caían á lo largo de su cuerpo; su cabeza se inclinaba cada vez, más hacia la espalda, como si los músculos que la sostenían hubieran sido cortados ó fuesen demasiado débiles para sostenerla.

Su cuerpo flexible se modelaba sobre el mío como si fuera de cera y tomaba todo el contorno exterior lo más exactamente posible. No hay como una mujer enamorada para semejantes ondulaciones y tan delicados enlaces.

El dulce calor de su cuerpo traspasaba sus vestidos y los míos, magnéticos efluvios de amor parecían envolverla y su vida entera, abandonándola por completo, parecía haber pasado á la mía.

De minuto en minuto, languidecía y parecía que iba á espirar.

Ligeró sudor bañaba su frente, se entornaban sus ojos y dos ó tres veces tuvo intención de alzar sus manos como para ocultarlos, pero á mitad de camino sus brazos abatidos cayeron sobre sus rodillas.

Una gruesa lágrima tembló entre sus párpados, resbaló por su ardiente mejilla donde fué absorbida inmediatamente.

Mi situación era bastante embarazosa, ó mejor dicho, ridícula.

Comprendía que debía tener un aspecto muy estúpido y esto me contrariaba en gran manera.

Los atrevimientos amorosos que eran precisa-

mente los únicos convenientes en aquellas circunstancias, me estaban vedados.

Estaba muy seguro de que si me arriesgaba, no había de encontrar resistencia; pero como no podía arriesgarme, no sabía que hacer.

Decir galanterías y pronunciar frases apasionadas era muy bueno para el principio, mas no para el fin como Rosita parecía dispuesta á que llegáramos; levantarme y salir de allí escapado hubiera sido la mayor de las groserías, y además no sé yo si Rosa, queriendo imitar á la mujer de Putifar, me hubiera detenido cogiéndome la punta... de la capa.

No hubiera podido tampoco dar una explicación satisfactoria para mi resistencia, y después aunque sea de vergüenza mía debo confesarlo: semejante escena, por más que fuera de un carácter equívoco para mí, no carecía de cierto encanto que me dominaba más de lo que hubiera querido.

Aquel deseo ardiente había conseguido abrasarme con su fuego y realmente sentía no poderle satisfacer.

Hubiera deseado ser un hombre como realmente lo parecía á fin de responder á tanto amor, y sentía mucho que Rosa se engañara.

Mi respiración se precipitaba, sentía extraños ardores que me subían al rostro y no estaba menos turbada que mi pobre enamorada.

La idea de semejanza de sexo se desvanecía poco á poco para no dejar subsistir sino una vaga idea de placer.

Se velaban mis ojos, temblaban mis labios, y si

Rosa hubiera sido un caballero en vez de ser lo que era positivamente, hubiera quedado satisfecha de mí.

Por fin, no pudiéndose contener más, se levantó bruscamente, dió algunos pasos por la estancia, se detuvo después, pareció reflexionar, y creyendo sin duda que una timidez exagerada me tenía fuera de mí, y en el último grado de su exaltación amorosa, quiso tentar un supremo esfuerzo y jugar un todo por el todo.

Con la rapidez del relámpago se sentó sobre mis rodillas, me abrazó, cruzó sus manos detrás de mi cabeza y su boca se unió á la mía con una presión furiosa.

Sentía su pecho agitado rozar contra mi pecho y sus dedos enlazados se crispaban entre mis cabellos.

Rosita no separaba su boca de la mía, sus labios envolvían mis labios, sus dientes chocaban con los míos, se confundían nuestros alientos.

Yo me retiré un instante, separé dos ó tres veces la cabeza para evitar aquel beso, pero su atracción invencible me hizo aproximarme de nuevo, y le devolví los besos casi con tanto ardor como ella me los estaba dando.

No sé en qué hubiera venido á parar esto, si los ladridos de un perro no nos hubieran hecho comprender que alguien se aproximaba, y este alguien no podría ser otro que Alcibiades, el hermano de Rosa, puesto que aquellos ladridos pertenecían á su perro favorito, el cual nunca se separaba de él.

Rosa se levantó inmediatamente, y de un salto pasó al otro extremo de la estancia al mismo tiempo que un hermoso lebrél blanco violentaba la puerta y se lanzaba dando saltos al rededor de la joven.

Esta procuró arreglar el desorden de su traje cuando entró su hermano con botas y espuelas y el látigo en la mano.

—Gracias á Dios—dijo—que os encuentro; os estoy buscando hace media hora, y á no ser por el buen instinto del perro, difícilmente se os hubiera podido encontrar.

Rosa trató de disculpar la situación diciendo que habíamos entrado á tomar algún refrigerio, pero su hermano no debió quedarse muy conforme puesto que bajo el pretexto de que le acompañase á dar un paseo á caballo, nos hizo abandonar aquel delicioso retiro.

Ya comprenderás que una situación semejante no podía prolongarse puesto que dada la amorosa excitación de la encantadora viuda y aquella interrupción cuando ya ella debía creer que se iba á realizar su deseo, tenía necesariamente que buscar otra ocasión en que con mayor seguridad pudiera dar cima á su anhelada empresa.

Para evitar otra situación más espinosa todavía, no encontré, ni tampoco había otro remedio, que alejarme del castillo y oficialmente anuncié que marcharía el día inmediato.

Precisamente en la mesa dije esto y Rosa palideció intensamente escapándosele de la mano el vaso

en que iba á beber, su tía se mostró quejosa porque yo pretendiera marcharme antes del tiempo convenido, y Alcibiades puso el grito en el cielo diciendo que cerraría las puertas del castillo y que rompería las patas de mi caballo para que no pudiera marchar.

¿Qué había de hacer ante una resistencia semejante, si no acceder y quedarme?

A partir de este día me propuse obrar con una prudencia extraordinaria y evitar todas las ocasiones en que Rosa tratara de renovar la famosa escena de la cabaña.

Pero la joven, sorprendida por mi extraña frialdad y temerosa sin duda de no parecerme demasiado bella, empleó todos los recursos imaginables para conseguir agradarme.

Aun cuando todavía estaba de luto, su ingenio la sugería componer su tocado de manera que realizase doblemente sus encantos.

Y al ver la inutilidad de sus esfuerzos, al ver aquella máscara de frialdad tras de la cual pretendía defenderme, redoblaba sus esfuerzos y en los solitarios paseos y en los encuentros inesperados, y

quizás hábilmente preparados por ella, buscaba la ocasión de excitar mi cariño.

De este modo iban pasando los días y aproximándose el en que yo debía marcharme.

Una noche, no sé por qué casualidad me encontré sola con su tía en las habitaciones de ésta.

Empezamos á hablar de cosas indiferentes y después se puso dos ó tres veces la mano en la frente como si pretendiera reflexionar.

Por fin empezó por hablarme de mi semejanza con su difunto hijo, para venir á parar en la tristeza que reinaría en el castillo cuando yo le abandonase.

Finalmente con tanta claridad me indicó su idea para que uniese mi destino al de su sobrina, que ya no tuve otro remedio que, sin descubrirme en absoluto, buscar una manera prudente de salir del paso.

En su consecuencia dí á entender que exigencias de familia me obligaban, como el menor que era, á ingresar en la orden de Malta, y como no podía casarme, esto era para mí dolorosísimo, con mayor motivo después de haber conocido á Rosa.

Esta respuesta le pareció á la anciana que no era definitiva, y creyó que yo reflexionaría y consultaría con mis parientes.

En el primer momento sospeché si Rosita tendría participación en aquello; pero la reflexión me hizo comprender que todo había sido obra de la anciana, que había observado nuestras relaciones, que las creía más íntimas de lo que eran en realidad y

quería ponerle término por medio de aquella boda.

Rosa no había pensado indudablemente en esto.

Ella lo que quería era mi posesión á todo trance. El medio le importaba poco. Lo que ella quería era apagar aquella sed ardiente de amor que la abrasaba, y nada más.

Y prueba de ello que aquella misma noche hizo una tentativa postrera, cuyos resultados fueron tan graves, que exigen que te la cuente en otra carta, porque esta ya es sumamente larga.



XII

He aquí la carta que Alberto dejó en la habitación de Teodoro, según manifestamos en otro lugar.

Teodoro ó Rosalinda, porque no sé con qué nombre llamaros; hace poco que me he separado de vos y sin embargo os escribo.

¡Cuánto daría por saber vuestro nombre de mujer!

Debe ser dulce como la miel y retozar entre los

labios más suave y más armonioso que la más encantadora poesía.

Nunca me hubiera atrevido á deciros esto, y sin embargo si lo hubiera de callar, creo que me mataría.

¡Cuánto he sufrido! Nadie lo sabe ni lo sabrá. Yo mismo no podría dar más que una débil idea de ello, porque las palabras no saben expresar semejantes angustias.

¡Oh, Rosalinda! Os amo, os adoro y quisiera que hubiese una palabra que expresase más que esto para significaros la grandeza de lo que siento por vos.

No he amado nunca ni he adorado como os adoro.

Yo me posterno, yo me humillo ante vos, y quisiera poder obligar á toda la creación para que hiciera lo mismo y adorase á mi ídolo, porque vos sois para mí más que toda la naturaleza, más que yo mismo, más que Dios, y me parece muy extraño que Dios no haya descendido del cielo para convertirse en vuestro esclavo.

Donde vos no estáis existe el desierto; todo está muerto, todo está negro.

Para mí, vos únicamente llenáis el mundo, porque vos sois la vida, el sol, todo lo sois vos.

Vuestra sonrisa hace el día, vuestra tristeza constituye la noche.

Las esferas siguen el movimiento de vuestro cuerpo y las celestes armonías reciben de vos la inspiración.

Tres meses hace que os conozco, pero sin embargo os amaba mucho antes.

Antes de haberos visto ya languidecía de amor por vos, os buscaba, os llamaba y me desesperaba al no encontraros en mi camino, porque sabía que no podría amar á otra mujer.

Hay en vos un monantal inagotable de gracias, una fuente de la que incesantemente brotan seducciones irresistibles.

Sois una especie de estuche abierto constantemente y lleno de las perlas más preciosas, y en vuestros menores movimientos, en vuestros gestos, los más sencillos, en vuestras más insignificantes acciones prodigais con una profusión verdaderamente regia inestimables tesoros de belleza.

Cada gesto, cada movimiento de cabeza, cada aspecto distinto de vuestra belleza, se graban en el espejo de mi alma con una punta de diamante, y nada en el mundo podría borrar la profunda huella.

Se donde existe la sombra y en que lugar está la luz, el espacio que ilumina la claridad del día y el lugar donde el reflejo errante se va esfumando con los tintes más delicados del cuello y de las mejillas.

Ausente de vos, tengo la seguridad de poderos retratar, porque vuestra imagen está siempre ante mí.

Si vos quisierais podríais abrirme la puerta del paraíso de mis sueños.

En su dintel estáis como el ángel guardián, y la llave de oro la tenéis en vuestras manos. Decid, Rosalinda; ¿queréis hacerlo?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

No espero sino una palabra vuestra para vivir ó para morir. ¿Pronunciaréis esta palabra?

Desde que os he visto algo extraño se ha verificado en mí; parece que se ha desgarrado el velo que cubría mis ojos, una puerta se ha abierto delante de mí é interiormente me he sentido inundado por ondas de luz; he comprendido que la vida estaba delante de mí, y que había llegado por fin al punto decisivo.

Las partes oscuras de la figura que yo trataba de distinguir á la sombra, se han iluminado repentinamente, y las oscuras tintas que bañaban el fondo del cuadro se han esclarecido dulcemente. Mis quimeras y mis temores se han desvanecido. Yo amo.

Desesperado por no encontrarlos, acusaba de falsedad á mi sueño, y furioso me quejaba de la suerte.

Me decía que era un loco buscando un tipo semejante, ó que la naturaleza era infecunda y el Creador bien torpe no pudiendo realizar tan sencillo pensamiento.

Prometeo tuvo el noble orgullo de querer hacer un hombre y rivalizar con Dios; yo había creado una mujer y creía que en castigo de mi audacia, un deseo siempre insaciable me arrancaría las entrañas como el cuervo de la fábula, y yo creía verme encadenado con hierros de diamante sobre una roca á orillas del salvaje océano.

Pero no ha sucedido así.

Habéis llegado y he tenido que reprochar á mi imaginación por su impaciencia.

Os he visto y me he convencido de que mis presentimientos no me habían engañado; pero os habéis presentado ante mí, con la belleza ambigua y terrible de la esfinge.

Como la misteriosa, estáis envuelta en un velo que no me atrevo á descorrer, temeroso de ser muerto de dolor.

Si supiérais bajo mi aspecto distraído conque augusta y anhelante alteración os observaba y seguía vuestros menores movimientos.

Nada se me escapaba cuando miraba vuestro cuello ó vuestras muñecas, para apreciar vuestro sexo.

Vuestras manos han sido para mí, objeto de profundos estudios y puedo deciros que reconozco perfectamente las menores sinuosidades, las venas más imperceptibles, el hoyito más lijero.

Aún cuando estuviérais envuelta de los piés á la cabeza con el dominó más impenetrable, os reconocería viendo solamente uno de vuestros dedos.

He analizado las ondulaciones de vuestro cuerpo, el modo con que ponéis los piés, como peináis vuestros cabellos; he querido sorprender vuestro secreto en los movimientos de vuestro cuerpo.

En esta contemplación he pasado horas enteras.

Retirado en algún rincón de la sala con un libro en la mano, que no leía, ó escondido tras el tapiz de mi habitación cuando vos estábais en la vuestra y cuando las celosías de vuestra ventana estaban levantadas, me he dicho muchas veces: «Es una mujer, no tiene duda.»

Pero de repente, un movimiento brusco y atrevi-

do, un acento viril ó una acción puramente masculina, destruía en un momento el débil edificio de probabilidades, sumergiéndome en mis primeras irresoluciones.

Pero ahora, Rosalinda, tengo ya la certeza profunda de que soís la más hermosa de la mujeres; os he visto con el traje de vuestro sexo, he visto vuestros hombros y vuestros brazos tan puros y tan correctamente redondeados, el nacimiento de vuestro pecho, que la gorguera dejaba entrever, y no podía pertenecer más que á una mujer.

Ni Meleagro, el famoso cazador, ni el afeminado Baco con sus formas dudosas, han tenido jamás una suavidad de líneas semejante, ni una fineza tan grande de cutis, aún que los dos estén hechos de mármol de Paros y pulido por los amorosos besos de veinte siglos.

Pero no es esto todo. Vos soís mujer y mi amor no es reprobable, puedo entregarme á él sin remordimientos y abandonarme á la ola que me lleva hacia vos.

Por grande, por desenfrenada que sea la pasión que siento, me es permitida y la puedo confesar.

Pero vos, Rosalinda, por quien estoy sufriendo en silencio y que ignoráis la inmensidad de mi amor; vos, á quién esta revelación tardía no hará quizás más que sorprender, ¿no me odiáis? ¿me amáis? ¿podréis amarme? No lo sé, tiemblo y soy más desdichado todavía que antes.

Yo os suplico, Rosalinda, que si no amás todavía, tratéis de amar al que siempre os ha querido á pe-

sar del velo con que os envolvíais, y hacedlo por piedad si no queréis condenar los días que me restan de vida á la desesperación más horrible,

Pensad que yo os adoro desde que el primer rayo del pensamiento á brillado en mi cabeza; que ya os habías revelado para mi corazón mucho antes, que vos soís el objeto, el medio, la esencia de mi vida, que sin vos no soy nada, sino una vaga apariencia, y que si sopláis esta llama que vos misma habéis encendido, no quedará de mí más que un polvo tan fino y tan impalpable, que el que podrían sacudir las mismas alas de la muerte.

Rosalinda; vos que tenéis tantas recetas para curar el mal de amor, curad el mío, porque estoy bien enfermo; representad bien el papel hasta el final; arrojad el traje del hermoso paje Ganimedes, y tended vuestra blanca mano al hijo menor del bravo caballero Rolando des Bois.

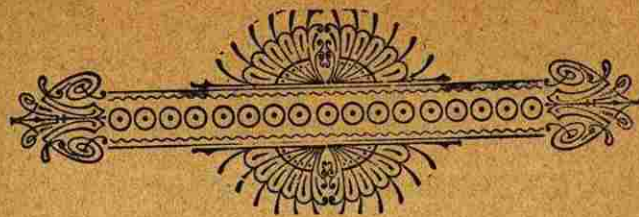


UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



XIII

Te decía en mi anterior, querida Graciosa, que había sobrevenido un acontecimiento inesperado, hijo de la ardiente pasión de Rosa y voy á referirlo con todos sus detalles.

Una noche estaba yo asomada á la ventana de mi cuarto, contemplando las estrellas que se extendían alegremente por los parterres del cielo, y respirando el perfume de las flores que hasta mí llegaban.

El viento que había entrado por la ventana, apagó la luz de mi habitación, que era la última que estaba iluminada en el castillo.

Mi pensamiento dejeneraba en una especie de somnolencia indefinible, producida por el encanto de la noche ó bien por la dejadez y el olvido.

Rosita, viendo sin duda la obscuridad de mi habitación, y no pudiendo verme porque la sombra del exterior envolvía la ventana, creyó que ya estaría acostado y esto la impulsó tal vez para arriesgar una última y desesperada tentativa.

Empujó tan suavemente la puerta, que no la sentí entrar, y hasta que estuvo á mi lado no me apercibí de nada.

Sorprendióse al verme levantado, pero reponiéndose al momento, me cogió por el brazo diciéndome con voz hueca y con tembloroso acento:

—¡Teodoro! ¡Teodoro!

—¡Cómo! ¡Rosita! ¡Vos á estas horas, sola, sin luz, y medio desnuda!—exclamé.

Es necesario que te diga que la hermosa no tenía más ropa, que una especie de manteleta de batista sumamente fina y la famosa camisa bordada que no quise ver el día de la escena del parque.

Sus brazos mórbidos y fríos como el mármol, estaban completamente desnudos, y la tela que cubría su cuerpo era tan fina y tan diáfana, que marcaba completamente la redondez de los pechos como cuando sale una mujer del baño, la mojada camisa detalla, transparentándolas, todas las formas.

—Es un reproche el que me hacéis, Teodoro,—repuso Rosita,—¿ó no es más que una frase puramente de sorpresa? Sí, soy yo, Rosa; yo que estoy

en vuestra habitación, no en la mía; á media noche, sin dueñas, sin escuderos, sin camareras, casi desnuda. Esto es bién extraordinario, ¿no es verdad? Tan sorprendida estoy como vos y no se que explicación daros.

Y diciendo esto, me pasó uno de sus brazos por el cuello, y se dejó caer á los piés de mi cama de modo que yo cayese con ella.

—Rosita;—la dije, tratando de desprenderme de sus brazos,—voy á encender la luz; nada es tan triste como la obscuridad en un habitación, y además es un crimen privarse del delicioso espectáculo de vuestros encantos.

—No hay necesidad,—repuso.—No quiero que veáis mi rubor, porque siento encendido mi rostro y me moriría de vergüenza.

Y al decir esto escondió su rostro en mi pecho, y permaneció así algunos minutos sofocada por su misma emoción.

Yo, buscaba en mi cerebro una decente escapatória para salvar aquella situación y no la encontraba, porque estaba acorralado en mis últimos atrincheramientos, y Rosa parecía decidida á no salir de mi habitación del mismo modo que entrara.

Su traje era de una desenvoltura formidable, y que no anunciaba nada bueno para mi incógnito.

Yo misma estaba gravemente comprometida.

Me habla sorprendido en el abandono de la seguridad que creía distrutar en mi habitación.

Y como lo que menos podía imaginarme era aquella visita, tenía únicamente una especie de camise-

ta abierta, que en breve espacio podía delatar mi sexo.

—Teodoro, escuchadme,—dijo Rosita incorporándose y separando los cabellos á entrambos lados de su rostro según pude distinguir á la débil claridad que proyectaba en la estancia un rayo de luna que penetraba por la entreabierta ventana.—El paso que doy es muy extraño y todo el mundo me censuraría por haberle dado. Pero vais á partir y yo os amo. No puedo dejaros marchar sin haberme explicado con vos, porque tal vez no volváis más y sea esta la única y última vez que os vea. ¡Quién sabe donde iréis! Pero sea donde quiera os lleváis mi alma, mi vida, que ya no me pertenece. Si hubierais permanecido aquí, no habría llegado yo á semejante extremo, porque la dicha de contemplaros, de escuchar vuestro acento, de vivir á vuestro lado me bastaría para ser feliz. Pero esto no puede ser. Decís que es preciso que marchéis. Sin duda os enoja ver que siempre voy tras de vos como una sombra amorosa que quisiera fundirse con vuestro cuerpo, y os ha de ser molesto encontrar siempre detrás de vos ojos suplicantes y manos que pretenden deteneros agarrándose á vuestro trage. Lo sé, lo comprendo, pero no puedo evitarlo. Sin embargo, no tenéis derecho para quejaros puesto que la culpa es vuestra. Yo vivía feliz, tranquila casi dichosa antes de conoceros. Pero llegasteis hermoso, joven, sonriente, como el encantador dios Febo; tuvisteis para conmigo la más delicadas atenciones, los cuidados más solícitos, y jamás caballero algu-

no se mostró más espiritual y más galante. Cada vez que vuestros labios se entreabrian eran para dejar brotar por ellos rosas y rubies; todo era ocasión para vos de un madrigal y nadie como vos sabe aprovecharse de las más insignificantes frases para transformarlas en adorables cumplimientos. Por mucho que una mujer os aborreciera no tendría otro remedio que concluir por amaros. Yo os amé desde el mismo instante que os vi. ¿Por qué os sorprende que siendo tan amable seais tan querido? ¿Acaso no es esta una consecuencia natural? Ni soy una loca ni una mujer ligera ni una joven momentánea que se apodera de la primera espada que ve. Tengo bastante mundo, sé perfectamente lo que es la vida y cualquier mujer aún la más virtuosa haría lo que yo hago. Decidme ¿que idea ó qué intención era la que teniais respecto á mí? Creo que tendríais la de agradarme porque no puedo suponer otra. Pero siendo esto así ¿cómo habéis cambiado de proceder. ¿Hice acaso y sin quererlo algo que os disgustase? Si así ha sido os pido que me perdonéis. ¿Es que no me encontráis hermosa ó habéis descubierto en mí algún defecto que os mortifique? Tenéis el derecho de ser muy exigente en cuestión de belleza, pero ó habéis mentido de un modo indisculpable ó soy hermosa también. Soy joven como vos y os amo ¿por qué desdeñarme así? Recordad vuestra solicitud por estar á mi lado, el cariño con que ofrecíais vuestro brazo, la ternura con que estrechábais la mano que yo os abandonaba, las miradas tiernas y cariñosas que me dirigíais y contes-

tadme ahora: ¿Si no me amábais á qué todo esto? Acaso habríais tenido la crueldad de despertar el amor en mi pecho para hacerle después objeto de vuestras burlas. Sería una horrible bajeza, una impiedad, un sacrilegio; no puedo creer semejante cosa de vos, por más inexplicable que sea vuestra conducta respecto á mí. ¿Cuál es la causa de ese cambio tan rápido? ¿qué misterio se oculta en semejante frialdad? No puedo creer que experimentéis esa repugnancia por mí, porque no se galantea, del modo que habéis estado haciéndolo, á una mujer á quien no se ama, sin ser un villano. Decid, Teodoro ¿qué es lo que tenéis contra mí? ¿por qué habéis cambiado de ese modo? ¿qué os hice yo? Si el amor que vos parecíais sentir por mí, se ha desvanecido, el mio por el contrario permanece en el pecho, y no puedo arrancarle de él. Tened piedad de mí, Teodoro, que soy muy desgraciada. Fingid al menos que me amáis un poco y decidme alguna de esas dulces palabras que tan bien pronunciáis. Eso no os costará mucho á menos que yo os inspire una aversión extraordinaria.

Al llegar á esta parte de su discurso los sollozos ahogaron por completo su voz; cruzó las dos manos en mi hombro, y apoyó la frente sobre mi pecho en actitud completamente desesperada.

Como que todo lo que decía, no podía ser más justo, no podía contestar rechazándola.

No podía tomarlo en sentido de broma, porque no hubiese sido conveniente y Rosita no era de esas

mujeres á quienes se puede tratar con cierta ligereza.

Por otra parte, yo tampoco lo podía hacer, porque me comprendía culpable de haber jugado de este modo con el corazón de una mujer encantadora y experimentaba un verdadero remordimiento.

Viendo que yo no respondía nada, lanzó un suspiro é hizo un movimiento como para levantarse, pero volvió á caer vencida por su misma emoción.

Después me enlazó con sus brazos cuya frescura parecía traspasar la camiseta que yo llevaba, unió su rostro al mio y se echó á llorar silenciosamente.

¿Qué efecto tan singular me hizo sentir como iba resbalando por mis mejillas aquella incesante corriente de lágrimas que no brotaban de mis ojos!

No tardé yo en unir las mías á las suyas produciéndose una verdadera lluvia, que pudiera haber producido un nuevo diluvio de haber durado cuarenta días solamente.

En este momento precisamente la luna vino á dar en la ventana; un pálido rayo penetró en la estancia iluminando nuestro taciturno grupo.

Con su peinador blanco, los brazos desnudos, el pecho y la garganta descubiertos casi del mismo color del peinador, suelto el cabello y su aspecto doloroso, Rosita tenía el aire de una figura de alabastro de la Melancolía, colocada sobre una tumba.

En cuanto á mí no se que figura podía hacer puesto que no me veía, ni tenía á mano ningún es-

pejo donde se reflejara mi imagen, pero creo que hubiese podido representar muy bien la estatua de la incertidumbre.

Yo estaba conmovido é hice á Rosita algunas caricias más tiernas que de ordinario. Desde sus cabellos mi mano había descendido hasta su aterciopelado cuello, desde allí á sus redondos y pulidos hombros, que tocaba suavemente siguiendo toda la línea del pecho.

La joven parecía que bajo mi contacto se estremecía y vibraba como el teclado de un piano bajo los dedos del pianista; su carne se agitaba y saltaba bruscamente, y amorosos estremecimientos circulaban por todo su cuerpo.

Yo mismo experimentaba una especie de deseo vago y confuso cuyo objeto no podía definir y recorriendo aquellas formas tan puras y tan delicadas sentía una extraordinaria voluptuosidad.

Abandoné el hombro y aprovechando un momento encerré súbitamente en mi mano el pequeño pezón sorprendido que palpitaba locamente como una tortolilla sorprendida en el nido; desde su mejilla que rozaba con un beso apenas sensible llegué á su boca entreabierta y así permanecimos durante algún tiempo.

No se si fueron dos minutos un cuarto de hora ó una hora porque había perdido totalmente la noción del tiempo, no sabía si estaba en el cielo ó en la tierra, muerta ó viva.

El vino de lo voluptuosidad me había embriaga-

do de tal modo al primer sorbo que bebí, que todo lo que yo tenía de razón había desaparecido.

Rosita me ahogaba cada vez más con sus brazos y me envolvía con su cuerpo; se colgaba sobre mí convulsivamente y me apretaba sobre su pecho desnudo y anhelante; á cada beso parecía concentrarse toda entera en el sitio tocado y abandonar el resto de su persona.

Singulares ideas me pasaban por la cabeza. Si no hubiera temido hacer traición á mi incógnito habría dejado campo libre á los apasionados anhelos de Rosita y quizás habría hecho alguna vana y loca tentativa para dar apariencias de realidad á esta sombra de placer que mi bella enamorada abrazaba con tanto ardor.

Yo no había tenido ningún amante y estos ataques tan vivos, estas caricias reiteradas, el contacto de aquel hermoso cuerpo y aquellos dulces nombres perdidos entre los besos, me turbaban hasta el extremo, aún cuando fuesen de una mujer.

Además esta visita nocturna, esta pasión romántica, aquel rayo de luna, toda ella tenía para mí una frescura y un encanto de novedad que hasta me hacían olvidar que no era un hombre.

Sin embargo hice un gran esfuerzo sobre mí misma y dije á Rosita que se comprometía horriblemente viniendo á mi habitación á semejante hora y permaneciendo en ella tanto tiempo, que sus camareras podrían apercibirse de su ausencia y ver que no había pasado la noche en su aposento.

Yo dije esto con tanta suavidad, que Roseta por

toda respuesta se despojó de su peñador de batista y de sus zapatillas y se deslizó en mi cama como una culebra en un barreño de leche. Ella imaginaba sin duda que su traje me impedía solamente realizar demostraciones más precisas y que este era el único obstáculo que me retenía.

Creía la pobre mujer que la hora tan laboriosamente trabajada iba por fin á sonar para ella, pero lo único que sonó fueron las dos de la madrugada.

Mi situación no podía ser más crítica cuando la puerta giró sobre sus goznes y dió paso al mismo caballero Alcibiades en persona que llevaba una luz en la mano y la espada en la otra.

Se dirigió al lecho cuya cubierta separó con violencia y acercando la luz al rostro de Rosita confundida, la dijo con sarcástico acento.

—Buenos días hermana mía. Parece mi querida y virtuosa hermana, que habiendo juzgado que la cama del señor Teodoro era más blanda que la vuestra, habéis venido á acostaros en ella, ó bien creyendo que había espíritus en vuestra habitación

pensasteis que estaría aquí más segura guardada por este caballero. No está mal pensado.

Y volviéndose hacia mí, continuó:

—Caballero de Serannes, habéis mirado dulcemente á mi hermana y creísteis sin duda que esto no tenía nada de particular. ¿Y sabéis lo que estoy pensando? que no estaría mal que nosotros dos tratáramos de agujearnos la piel, y si accedéis á ello, os estaré sumamente agradecido. Habéis abusado, señor Teodoro, de la amistad que os profesaba y me habéis hecho arrepentir de la buena opinión que tenía formada respecto á la lealtad de vuestro carácter, y eso está muy mal hecho.

Yo no podía defenderme de una manera precisa porque las apariencias estaban contra mí. ¿Quién me habría creído si hubiese dicho como era verdad que Rosita había llegado á mi habitación á pesar mío y que lejos de tratar de agradarla hacia todo lo posible por alejarla de mí?

No tenía más que una cosa que decir y la dije:

—Señor Alcibiades, estoy conforme con que nos agujeremos todo lo que vos queráis.

Durante este coloquio Rosita se había desmayado según las más sanas reglas de lo patético. Yo cojí una copa de cristal llena de agua y rocié con ella el rostro de la joven, que volvió en sí casi inmediatamente.

No sabiendo que actitud adoptar creyó lo más conveniente permanecer en la cama cubriendo su cabeza con la colcha como un pájaro que se prepara para dormir, y de tal modo fué reuniendo las al-

mohadas y las sábanas á su alrededor, que difícilmente pudiera comprenderse lo que había bajo aquel montón.

Algunos ligeros suspiros que brotaban de allí, de cuando en cuando, era lo único que demostraba que allí había una pecadora arrepentida ó cuando menos disgustada por no ser pecadora más que de intención y no de hecho.

Su hermano, algo más tranquilo respecto á su hermana, volvió á continuar el diálogo diciendo con acento un poco más suave:

—El que nos vayamos á matar en este momento no lo juzgo enteramente indispensable. Es un extremo que siempre estamos á tiempo de emplear. Por lo tanto, escuchadme. La partida no es igual entre nosotros; sois muy joven y menos vigoroso que yo; por lo tanto, si nos batimos, lo más posible es que os mate ó cuando menos tengo la seguridad de dejaros muy estropeado, y si he de hablaros con franqueza, no quisiera ni lo uno ni lo otro, porque tengo la seguridad que Rosita que está allí escondida y que no dice nada me aborrecerla toda su vida porque es rencorosa y mala con esas apariencias de palomita sin hiel. Vos no lo sabéis, porque sois su príncipe Galaor y no habéis recibido de ella más que dulcísimas cartas, por lo tanto, como que Rosita es libre y vos también, puesto que sois bastante amigos y está á punto de terminar su luto de viuda, hay un medio para arreglarlo todo. Casaos con ella y de este modo no tendrá necesidad de irse á acostar á su habitación y yo me evitaré aguje-

rearos la piel con mi espada, lo que no sería muy agradable para vos ni para mí. ¿No os parece que esto es lo mejor?

Yo debí hacer un gesto horrible, porque lo que me proponía era precisamente lo que menos podía aceptar.

Cualquiera otra cosa, por más absurda que fuese, por más imposible que pareciera, no hubiese vacilado en aceptarla, pero aquello era totalmente imposible.

Y sin embargo, la última proposición era indudablemente más agradable que la primera.

Alzibiades pareció muy sorprendido de que no aceptase con transporte su proposición y volvió á repetirla.

Entonces le contesté:

—Vuestra alianza no puede ser más honrosa para mí y yo no me hubiese atrevido jamás á pretenderla. Sé muy bien que esta unión sería una fortuna extraordinaria para un joven que todavía en el mundo no tiene rango ni posición, fortuna que aun los más ilustres se considerarían muy dichosos con poseerla. Sin embargo, yo me veo obligado á rehusarla y toda vez que tengo la libertad de elección entre el duelo y el matrimonio, prefiero el primero. Esto podrá pareceros un gusto muy singular, pero, ¿qué queréis! es el mío!

En este momento un gemido lanzado por Rosita demostró el efecto que le habían producido mis palabras.

Yo continué;

—No quiere decir esto que no ame á Rosita; por el contrario, la quiero apasionadamente, pero tengo mis razones para no casarme, razones que si os las pudiera decir las encontraríais excelentes. Por otra parte, las cosas no han ido tan lejos como las apariencias parecen demostrar. Fuera de algunas ligeras complacencias que un afecto un poco expresivo explica y justifica bastante, no hay nada entre nosotros que pueda constituir un peligro, y la virtud de vuestra hermana es seguramente la más intacta y la más limpia del mundo. Cumple á mi honor semejante declaración y después de esto tendréis la bondad de decirme á qué hora y donde nos hemos de batir.

—Aquí, y al momento,—repuso Alcibiades lleno de ira.

—¿Pero tenéis en cuenta que estamos delante de Rosita?

—Defiéndete, miserable, ó te asesino,—continuó blandiendo su espada.

—Pero al menos salgamos de esta habitación.

—Si no te pones en guardia, voy á clavarte en la pared, hermoso Celadón.

Y se adelantó hacia mi con la espada en alto. Yo saqué la mía porque lo habría hecho como lo decía, contentándome al principio con parar los golpes que me dirigía.

Rosita hizo un esfuerzo supremo para venir y arrojarle entre nuestras espadas porque ambos le éramos queridos, pero le faltaron las fuerzas y cayó á nuestros pies perdido el conocimiento.

Nuestras espadas despedían chispas, haciendo un ruido infernal, pues como el espacio era reducido, nos obligaba á luchar con nuestras armas á muy corta distancia.

Alcibiades estuvo dos ó tres veces á punto de tocarme y si no hubiese sido yo tan buen maestro de esgrima, mi vida habría corrido gran peligro, porque mi adversario tenía una destreza extraordinaria y una fuerza prodigiosa.

Pero á pesar de haber agotado todos los recursos que su habilidad podía facilitarle, no consiguió tocarme, lo que le irritaba de tal modo, que por dos ó tres veces quedó en descubierto.

No quería aprovecharme de semejante ventaja, pero viendo que él volvía á la carga con un encarnizamiento extraordinario, me ví obligado á aprovecharme de las ventajas que él mismo me daba.

Además, aquel choque del hierro contra el hierro, las chispas que brotaban de aquel choque constante, me embriagaba y me desvanecía.

No pensaba en la muerte ni experimentaba temor alguno.

Aquella punta de acero aguda y mortal, que constantemente tenía ante la vista, no me producía mayor efecto que si me hubiese estado batiendo con floretes embotonados.

Únicamente lo que sentía en aquellos momentos era indignación por la brutalidad de Alcibiades y el convencimiento de mi inocencia la aumentaba todavía más.

Yo quería tocarle en un brazo ó en el hombro,

para obligarle á que soltase la espada, pues había procurado en vano hacérsela saltar, porque su puño era de hierro y ni el mismo diablo hubiera conseguido arrancársela de la mano.

Una vez me dirigió una estocada tirándose á fondo y no pude parársela sino á medias.

Me atravesó la manga, sentí el frío del acero, pero no me hirió.

Entonces me llené de ira y en vez de defenderme, atacué con furia.

Ya no pensé que era el hermano de Rosita y caí sobre él como si fuera mi más mortal enemigo.

Aprovechando una falsa posición de su espada, le dirigi una estocada con tanto acierto, que lanzando un ligero grito, cayó al suelo de espaldas.

Le creí muerto, pero realmente no estaba más que herido y su caída fué producida por un paso en falso que había dado.

No puedes imaginarte, Graciosa mía, la sensación que esperiménté, como si no hubiera debido comprender que al introducirse la espada en la car-

ne debía abrir en ella un agujero por el cual brotase la sangre.

El caso fué que presa de un estupor extraño miraba aquellos hilos rojos que iban extendiéndose sobre el pecho de mi contrario.

Puedo asegurarte que jamás he experimentado una sorpresa tan grande como entonces.

Me parecía que me hubiera ocurrido algo desconocido que me aturdiría.

Y esto desconocido, no era por cierto ver la sangre que brotaba de una herida; lo que me sorprendía era que esta herida fuese mía, de una mujer de mi edad (iba á escribir aquí un joven, de tal modo estaba poseída de mi papel), que una mujer de mi edad, repito, fuera quien la había hecho; yo, quien había tendido en tierra á un capitán tan vigoroso y fuerte como era Alcibiades, y esto por causa de un crimen de seducción y negativa á contraer matrimonio con una mujer muy rica y muy encantadora.

Te aseguro que me encontraba en una situación bastante embarazosa con la hermana desmayada; el hermano, á quien creía muerto, y yo misma que no estaba muy lejos de desmayarme ó morirme, como uno ú otro.

Mas como era preciso poner término á aquella situación, me colgué del cordón de la campanilla y la hice sonar de un modo capaz de despertar los muertos, hasta que me quedé con el cordón en la mano.

Seguro ya de que los criados acudirían y dejando á los dos hermanos que esplicasen lo ocurrido á los criados y á la anciana tía lo que había pasado, corrí á la caballeriza.

El aire me hizo recobrar un poco mi aplomo.

Saqué mi caballo y con la mayor calma y el cuidado más minucioso, le ensillé, poniendo gran atención hasta en el detalle más insignificante.

Una vez hecho esto, monté en mi caballo y atravesé el parque por un sendero que yo conocía.

Las ramas de los árboles, llenas de hojas y flores, me azotaban el rostro y podría decirse que los viejos troncos extendían sus brazos seculares para detenerme y guardarme para el amor de su castellana.

Si hubiera estado en otra disposición de ánimo, ó hubiera sido algo supersticioso, hubiera creído que aquellos árboles eran fantasmas que trataban de cogerme y que me amenazaban con el puño.

Pero en realidad yo no tenía ninguna idea.

Una especie de estupor, de aplomo tan fuerte que casi no tenía la conciencia de lo que sentía, me oprimía el cerebro como un casco demasiado estrecho para mi cabeza.

Únicamente recordaba que había muerto á una persona y que por esta razón tenía que huir.

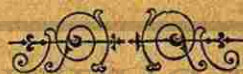
Sentía al mismo tiempo también una gran necesidad de descanso.

Fuera por lo avanzado de la hora, fuera porque la violencia de la emoción de aquella noche me ha-

bían producido una reacción física, me sentía corporalmente fatigado y necesitaba reposar.

Llegué hasta una pequeña poterna que daba al campo y que se abría por medio de un mecanismo, cuyo secreto me había enseñado Rosita, me bajé del caballo, toqué el botón, quedó franca la salida, volví á montar, y aplicando las espuelas á los flancos de mi corcel, partió á galope hasta salir á la carretera de C... á cuya población llegué al amanecer.

Aquí tienes la historia fiel y circunstanciada de mi primera aventura amorosa, y de mi primer duelo.





UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1425 MONTERREY, MEXICO

XIV

Eran las cinco de la mañana cuando llegué a C... y ya empezaban á entreabrirse algunas ventanas, y el humo de las chimeneas, las puertas que se abrían y los rostros soñolientos de los campesinos y los especieros, de los que se ocupaban ya de arreglar sus aperos agrícolas demostraban que cuando menos la gente trabajadora empezaba á moverse.

Los cascos de mi caballo al chocar contra el desigual empedrado de las calles atraían á los vecinos

de algunas casas, que se asomaban á los empañados vidrios de las ventanas ó á la puerta de la calle para ver al matinal viajero que con tan extraño traje se paseaba por las calles de la ciudad.

Porque en mi precipitación, no me preocupé de vestirme convenientemente y mi aspecto tenía algo de sospechoso.

Pregunté á un chiquillo que me miraba con espantados ojos, donde había una posada, me lo indicó, le di algunas monedas por sus indicaciones, y poco después reposaba en un lecho, sino muy limpio ni muy blando, lo bastante para satisfacer la necesidad de reposo que experimentaba.

Cuando me desperté, eran ya las tres de la tarde pudiendo comprender por esto que habría descansado completamente.

En una sola noche había tenido una buena fortuna, un duelo y una fuga, aún cuando muy rápida, verdaderamente feliz.

El estado en que quedó Alcibiades me tenía bastante inquieto, pero pocos días después supe que lo que yo creí mortal, no fué más que una herida grave pero sin consecuencias peligrosas, y que dentro de algunos días entraría ya en un período de franca convalecencia.

Esto me quitó de encima un peso enorme, porque la idea de haber dado muerte á un hombre, me atormentaba de un modo extraordinario, aún cuando aquella muerte hubiese sido hecha en defensa propia y contra mi voluntad.

Todavía no había llegado á esa sublime indife-

rencia por la vida de los hombres á que llegué después.

En C... encontré varios amigos de aquellos con quienes hice mi primer viaje; me uní á ellos estrechamente y me presentaron en diversas casas con cuyas familias entré en relaciones.

Me había acostumbrado perfectamente á mi nuevo traje, y la vida más ruda, más activa que llevaba, los violentos ejercicios á que me había entregado, me hicieron mucho más fuerte de lo que era.

Tomaba parte en todas las diversiones de mis compañeros; montaba á caballo, cazaba, era uno de tantos en las orgías, y poco á poco, me fuí acostumbrando á beber, en términos que despachaba dos ó tres botellas sin que me hiciesen afecto alguno.

Juraba y votaba como el primero y abrazaba con la mayor cordialidad á las mozas de posada como hacían mis amigos, y en suma, era un caballero completo según el último figurín de la moda.

Me desprendí de ciertas ideas provincianas que tenía respecto á la virtud y otras cosas por el estilo, y como revancha me hice tan susceptible en las cuestiones de honor que estaba batiéndome casi todos los días.

Esto llegó á ser una necesidad para mí; una especie de ejercicio indispensable, y sin el cual, me parecía que no me encontraba bien en todo el día.

Así era que cuando me había mirado mal una persona ó cuando no me había pisado, es decir, cuando no se me había dado pretexto para satisfacer aquella especie de monomanía luchadora, antes

que permanecer inactivo, servía de segundo á mis camaradas ó á personas que no conocía sino de una noche.

Bien pronto adquirí un renombre de bravo, que bien lo necesitaba para poner coto á las bromas que se me daban por mi rostro imberbe y mi aspecto afeminado.

Pero tres ó cuatro ojales más que abrí en diversos jóvenes y algunos alfilerazos que clavé en otras pieles recalcitrantes, me hicieron necesariamente encontrar el aspecto más viril que Marte ó que el mismo Priapo en persona, habiendo muchos que hasta aseguraban que habían tenido mis bastardos en las fuentes del bautismo.

A través de toda esta aparente disipación, en esta existencia mal aprovechada y enojada, por decirlo así, por la aventura, no dejaba de perseguir mi idea primitiva, el concienzudo estudio del hombre y la solución del gran problema de un amante completo, problema algo más difícil de resolver que el de la piedra filosofal.

Sucede con ciertas ideas lo mismo que con el horizonte, que por cualquier parte que se le mire siempre se le vé delante, pero que huye y se aleja obstinadamente; ya sea que uno vaya despacio para alcanzarle, ya sea que rompa en carrera desenfrenada, siempre queda á la misma distancia.

No puede manifestarse sino con una condición de lejanía determinada; va destruyéndose conforme uno avanza, pero es para formarse más lejos con su azul impalpable, siendo vanos todos los esfuer-

zos para detenerle por los bordes de su manto flotante.

Cuanto trataba de acercarse más para conocer á este animal más imposible veía la realización de mi deseo, y lo que yo deseaba para amar con buen éxito, estaba fuera de las condiciones de su naturaleza.

Adquirí el convencimiento de que el hombre que más sinceramente se enamorase de mí, ya encontraría el medio, con la mejor voluntad del mundo de hacerme la más miserable de las mujeres, y por lo tanto fui abandonando muchas de mis exigencias de joven inocente.

No tuve otro remedio que descender de las nubes sublimes en que me había mecido no incesante para caer en la calle ó en el arroyo, sino sobre una colina de escasa altura, accesible aún cuando un poco escarpada.

La subida, cierto que era algo ruda, pero yo tenía el orgullo de creer que bien merecían que se tomasen la molestia de hacer un esfuerzo y que yo era un botín suficiente para compensar las fatigas que se pasaran por ganarlo.

No pude resolverme á dar ningún otro paso hacia adelante y esperaba tranquilamente sobre la cima que había elegido.

Había formado mi plan que era éste: Bajo mi traje masculino podría hacer conocimiento con cualquier hombre, cuyo exterior me hubiese ayudado. Viviría familiarmente con él, y provocando cierta clase de cuestiones y haciéndole algunas falsas con-

fidencias para obtenerlas verdaderas, llegaría á un conocimiento completo de sus sentimientos y de su modo de pensar.

Y si le encontraba tal como yo le había deseado, protestaría un viaje y permanecería separada de él por espacio de tres ó cuatro meses á fin de darle tiempo para que se olvidase de mis facciones.

Cuando creyera que este olvido había tenido lugar, regresaría otra vez vistiendo ya mi traje de mujer; alquilaría en un sitio retirado una casita pequeña voluptuosa, escondida entre árboles y flores; dispondría las cosas de modo que me encontrase y me hiciera la corte, y si efectivamente me demostraba un amor verdadero y fiel, me entregaría á él sin restricción y sin precaución alguna. El título de su querida me parecería muy honroso y no le pediría ningún otro.

Pero seguramente este plan no se ejecutara lo mismo que sucede con otros muchos, siendo la principal razón la fragilidad de la voluntad del hombre.

El proverbio de lo que la mujer quiere, lo quiere Dios, es tan verdadero como otros muchos, lo cual quiere decir que no lo es.

Mientras que no les había visto sino de lejos y á través de mi deseo, me habían parecido los hombres muy hermosos; pero era un efecto de óptica y nada más.

Ahora me parecen totalmente detestables y no comprendo como haya mujer que les admita en la

cama. En cuanto á mí estoy segura que no me resolvería á hacerlo.

¡Qué facciones tan groseras, tan innobles, sin finura, sin elegancia; qué líneas tan duras, tan poco graciosas, qué piel más áspera, más negra y más llena de costurones! Los unos son secos, huesosos, con cuerdas de violín en las manos, pies grandes, un mostacho siempre lleno de vituallas y retorcido hacia las orejas, los cabellos ásperos como crines de escoba, labios agrietados por el uso de los licorres fuertes, los ojos rodeados de cuatro ó cinco círculos negros, el cuello lleno de venas retorcidas, gruesos los músculos y salientes los cartilagos.

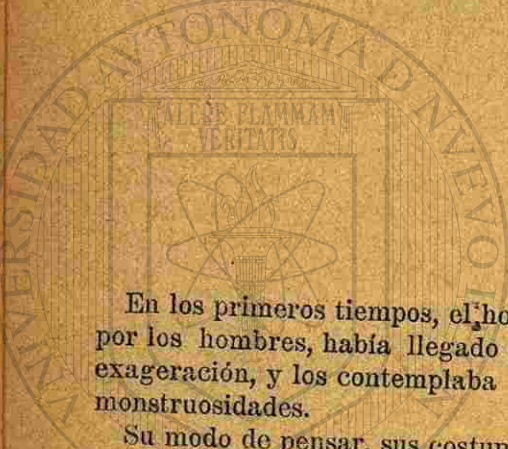
Los otros gruesos, verdaderos colchones de carne roja, llevando delante de sí un vientre ceñido dificultosamente por el cinturón, guiñan los pequeños ojos de color verde mar inflamados por la lujuria, y más bien parecen hipopótamos que criaturas humanas. Siempre van oliendo á vino, á aguardiente ó á tabaco, ó bien exhalan su olor natural que es el peor de todos, y finalmente aquellas cuyas formas son menos desagradables, no parecen sino mujeres mal formadas. He ahí la pintura de los hombres tal como yo la veo.

Yo no había observado nada de esto. Vivía como ea una nave y apenas si mis pies tocaban la tierra.

El perfume de las rosas y las lilas de la primavera llegaba hasta mí con una fuerza extraordinaria. No soñaba más que con héroes, amantes fieles y respetuosos, abnegaciones y sacrificios extraordi-

naríos y había creído encontrar todo esto en el primer galopín que me diese los buenos días.

Pero esta primera embriaguez no duró mucho; extrañas sospechas me asaltaron y no tuve reposo hasta que no conseguí aclararlas.



En los primeros tiempos, el horror que yo sentía por los hombres, había llegado al último grado de exageración, y los contemplaba como verdaderas monstruosidades.

Su modo de pensar, sus costumbres, su lenguaje negligentemente cínico, sus brutalidades y su desdén respecto á las mujeres me chocaban y me sublevaban hasta el extremo, porque la realidad no respondía por ningún estilo á la idea que yo me había formado.

Pero no son tales monstruos si se quiere, son peor que eso todavía, son buenos muchachos, de buen humor, que beben y comen bien, que os prestarán toda clase de servicios espirituales y bravos, buenos pintores y buenos músicos, propios para mil cosas excepto para aquella para la que han sido creados, que es la de servir de macho al animal

llamado mujer, con quien no tienen la más ligera relación ni física ni moralmente.

Apenas si podía al principio disfrazar el desprecio que me inspiraban pero, poco á poco fui acostumbrándome á su manera de vivir.

Cuando les oía hablar mal de las mujeres, como si yo no fuera de su sexo, no me ofendía sino que por el contrario todavía lanzaba frases más acerdadas que obtenían gran éxito y esto halagaba en gran manera mi orgullo.

Positivamente ninguno de mis camaradas iba tan lejos como yo en aquello de los sarcasmos y de los epigramas respecto la mujer. El perfecto conocimiento del terreno me daba una gran ventaja, y mis anécdotas y mis observaciones brillaban por un mérito de exactitud que con frecuencia faltaba á los demás.

Porque, apesar de que todo el mal que se dice de las mujeres, está siempre fundado en algo verdadero, es muy difícil á los hombres conservar la sangre fría necesaria para ridiculizarlas bien, y con frecuencia se destaca el amor en sus mismas inventivas.

He observado que los más tiernos, los que tenían en más el sentimiento de la mujer, las tratan peor que los demás, encarnizándose con ellas de un modo extraordinario, como si les hubiesen guardado un rencor mortal por no ser tales como las habían soñado, desmintiendo la buena opinión que formarían al principio.

Lo que yo quiero antes de todo no es la belleza

física sino la belleza del alma, el amor, pero el amor como yo lo siento no puede existir en las posibilidades humanas. Estoy segura que amando como yo comprendo que podía amar, daría mucho más de lo que yo podría exigir.

¡Qué magnífica locura! ¡qué prodigalidad tan sublime!

Entregarse toda entera sin preservarse nada para sí; renunciar á su posesión y á su libre albedrío; entregar su voluntad en manos de otro, no ver más que por sus ojos, ni oír sino con sus oídos, ser uno en dos cuerpos, fundir y mezclar sus almas de modo que no se pueda saber quien es el uno y quien es el otro, absorber y deslumbrar continuamente, ser tanto la luna como el sol, concentrar todo el mundo y toda la creación en un solo ser, estar dispuesto á toda hora á los más grandes sacrificios y á la abnegación más absoluta, sufrir en el pecho de la persona amada como si fuera el vuestro; tal es el amor según yo le concibo.

Estas son las primeras y las más sencillas condiciones.

Si yo hubiera permanecido en mi casa vistiendo el traje de mi sexo, hilando melancólicamente en el torno ó bordando una tapicería tras de los vidrios de una ventana, lo que yo he buscado á través del mundo habría venido quizás á encontrarme directamente.

El amor es como la fortuna, el que va corriendo tras él no le alcanza jamás.

Visita con preferencia á los que están durmiendo

á la orilla de los pozos, y con mucha frecuencia los besos de las reinas y de los dioses descienden sobre los ojos que están cerrados.

Es una cosa que mortifica pensar que todas las aventuras y todas las dichas se encuentran precisamente en aquellos puntos que uno no ha visitado, y es un mal cálculo ensillar el caballo y partir á galope en busca de su ideal.

Muchos han incurrido en esta falta y otros muchos incurrirán también en ella.

El horizonte está siempre formado por un azul encantador por más que cuando á él se llega las colinas que le componen no sean ordinariamente más que bocas descarnadas y hendidas, ó masas de ocre lavadas por la lluvia.

Me figuraba que el mundo estaba poblado de gentes adorables y que sobre los caminos se encontrarían poblaciones de Espalandian, Amadis y Lancelot del Lago, y quedé sorprendida de que el mundo se ocupase tan poco de esta sublime pesquisa.

Bien castigada he quedado por mi curiosidad y mi desconfianza.

He quedado herida del modo más horrible sin haber conseguido mi objeto.

En mí, el conocimiento ha preferido el uso, y no hay nada peor que estas experiencias cuando no son el resultado de la acción.

La ignorancia más completa fuera cien veces mejor, porque si bien osaría acometer muchas tonterías servirían siempre para instruiros y rectificar vuestras ideas, porque bajo el disgusto que dejo in-

dicado hay siempre un elemento vivo y rebelde que ocasiona los más estraños desórdenes.

El espíritu está convencido pero el cuerpo no lo está, y no quiere sucumbir á este soberbio desdén.

El cuerpo joven y robusto se agita sobre el espíritu como un potro vigoroso montado por un viejo débil, y al cual sin embargo no puede dominar porque el freno le obliga á tener alta la cabeza y le destroza la boca.

Desde que vivo con los hombres he visto tantas mujeres indignamente traicionadas, tantos vínculos secretos imprudentemente divulgados, purísimos amores arrojados con indiferencia al lodo, jóvenes caballeros corriendo á la casa de asquerosas cortesanas saliendo de los brazos de las queridas más encantadoras, que no me sería posible decidirme á tomar un amante.

Sería lo mismo que arrojarse en pleno día y con los ojos abiertos en un abismo sin fondo.

Pero á pesar de esto el anhelo secreto de mi corazón es tener uno.

La voz de la naturaleza ahoga la voz de la razón.

Yo comprendo que no seré dichosa jamás, sino amo y si no soy amada.

Pero la desgracia es que no se puede tener más que un solo amante, y los hombres, si no son todos diablos, están bien lejos de ser ángeles.

Los conozco perfectamente para dejarme engañar. Todos los bellos discursos que pudieran diri-

girme no conseguirían nada porque ya se de antemano lo que pueden decir.

Les he visto estudiar sus papeles y repasarlos antes de entrar en escena. Conozco sus principales tiradas de efecto y los recursos con que cuentan.

Ni la palidez del rostro, ni la alteración de las facciones podrían convencerme.

Una noche de orgía, algunas botellas de vino y dos ó tres mujeres bastan para producirla.

He visto practicar este medio á un joven marqués muy sonrosado, muy fresco y que ha debido á esta interesante palidez el ver coronada su ardiente llama.

Se también como los más lánguidos celadores se consuelan de los rigores de sus Astreas encontrando el medio de entretenerse esperando la hora del triunfo, y he visto tambien lo que muchas pudibundas Arianas estaban haciendo.

Así es que, después de todo esto, el hombre no me tienta mucho, porque carece de esa belleza que tiene la mujer, belleza que constituye ese espléndido vestido que disimula tan perfectamente las imperfecciones del alma, ese divino manto arrojado por Dios sobre la desnudez del mundo, y en virtud del cual puede excusarse que se ame á la más vil cortesana del arroyo si posee ese regio y magnífico don.

A falta de las virtudes del alma yo quisiera al menos, la perfección esquisita de la forma, el satinado de la carne, la redondez de los contornos, la

suavidad de líneas, la fineza de la piel, todo eso en fin, que constituye el encanto de la mujer.

Ya que no tenga el amor quisiera la voluptuosidad, reemplazar mejor ó peor el hermano por la hermana.

Todos los hombres que he visto, me han parecido excesivamente feos.

Mi caballo es cien veces mejor y creo que tendría menos repugnancia en abrazarle que abrazar á ciertos caballeros que se hacen la ilusión de ser encantadores.

Un hombre de espada no me convendría por ningún estilo. Los militares tienen algo de mecánico cuando andan y de bestial en el rostro, lo que hace que no se les pueda considerar como criaturas humanas.

Los hombres de toga no me seducen tampoco. Son amarillentos, aceitosos, con los ojos entornados y la boca sin labios y no podría unir mi cara con la de semejantes hombres.

En cuanto á los poetas no consideran en el mundo más que el fin de las palabras y hay que confesar que son muy difíciles de utilizar convenientemente.

Son más enojosos que los demás; son tan fríos como ellos, no tienen la menor distinción ni la más ligera elegancia en su rostro ni en su traje, lo que parece verdaderamente extraño.

Pensar que durante todo el día están ocupándose de la forma, de la belleza y no advierten que sus

botas están mal hechas y que su sombrero es ridículo.

Con semejantes individuos quedaría una harta de poesía y de versos para toda la eternidad.

Tampoco los pintores merecen que se les considere más.

Son estúpidos hasta lo inconcebible. No ven más que los siete colores.

Uno de ellos, con quien he pasado algunos días en R..., y al cual pregunté qué pensaba de mí, me dió esta ingeniosa respuesta:

—«Tiene usted un tono demasiado caliente y en las sombras es preciso emplear, en vez del blanco, el amarillo de Nápoles puro con un poco de tierra de Cassel y el rojo oscuro.»

Tal era su opinión, y si á esto añadimos que tenía la nariz torcida y los ojos como la nariz, se comprenderá que no podía ser muy encantador.

¿A quién elegiré? ¿A un militar de bigotes retorcidos, á un legista de espalda convexa, á un poeta ó un pintor de semblante asustadizo ó á un jovenzuelo enfermizo y sin consistencia? En esta jaula de fieras, ¿cuál podría escoger?

Lo ignoro por completo, y no sé á qué parte dirigirme, porque todos los hombres son iguales en necedad y en fealdad.

No tendré más remedio que elegir uno que me guste, sea el que sea y servirme de él. ¡Válgame Dios, y qué desdichada heroína soy, tórtola falta de su compañero y destinada á perpetuidad á lanzar melancólicas quejas!

¡Cuántas veces he deseado ser un hombre como lo parezco! ¡Qué de mujeres hay con quienes me habría entendido perfectamente y cuyo corazón habría comprendido el mío!

¡Cómo sus delicadezas amorosas, sus nobles anhelos de pura pasión, á los cuales habría podido responder cumplidamente, me hubieran hecho completamente feliz!

¡Qué suavidad! ¡Qué delicias! Cómo todas las sensitivas de mi alma se habían abierto libremente, si bien obligadas á contraerse y cerrarse á cada momento bajo el contacto de una mano grosera.

¡Si hubiera sido un hombre cómo habría amado á Rosita, qué adoración le hubiera profesado! Nuestras almas estaban verdaderamente hechas la una para la otra.

Eran dos perlas destinadas á fundirse juntas para no formar más que una sola.

¡Cómo habría yo realizado todas las ideas que ella tenía formadas respecto al amor.

Su carácter me convenía muchísimo y su tipo de belleza me agradaba.

Pero nuestro amor estaba destinado á un platonismo insuperable.

Ultimamente me ocurrió una aventura que creo necesario referirte.

Visitaba una casa donde había una niña encantadora que á lo más tendría quince años.

Jamás he visto una miniatura más adorable.

Era rubia, pero con ese rubio delicado y transparente de que carece la generalidad.

Hubiérase dicho que tenía los cabellos de oro espolvoreados de plata.

Sus cejas tenían un tinte tan suave y tan perfectamente fundido, que apenas si se dibujaban de un modo visible.

Sus ojos, de un azul pálido, tenían la mirada un poco velada y los párpados más soñadores que es posible imaginar.

Su boca pequeñísima añadía un detalle más al aspecto infantil de su belleza cuyo carácter general era de una ingenuidad inexplicable.

Me encantaba contemplarla.

Admiraba sus manitas blancas y finas que se transparentaban, su pie de pajarillo que apenas parecía posarse sobre la tierra, su cintura que el menor soplo de aire podía quebrar y sus hombros de

nácar poco formados todavía y que su camiseta de tul dejaba adivinar bastante.

Su inocencia no dejaba de dar un tono picante al talento de que estaba dotada, y horas enteras me pasaba á su lado disfrutando singularmente en hacerla hablar.

Decía mil deliciosas tonterías unas veces con una fineza de intención extraordinaria y otras sin comprender el verdadero valor que tenían en el mundo, lo que todavía prestaba más atractivo á su conversación.

Yo le daba bombones y pastillas que llevaba expresamente para ella en una caja de concha, lo cual la agradaba mucho, porque era golosa en grado superlativo.

Tan luego como yo llegaba corría á recibirme y á tocarme los bolsillos para ver si encontraba la bienhechora bombonera.

Yo la hacía pasar de una mano á otra, de donde resultaba un pequeño combate del cual ella concluía por ser la vencedora, apoderándose del botín.

Un día me llamó la atención que no viniera como de costumbre en busca de las ordinarias golosinas, sino que por el contrario me saludase con un aire algo grave, permaneciendo sentada en su silla.

—¿Que es eso, Ninon?—la dije.—¿Es que no os encontráis bien ó teméis que los bombones os estropeen la dentadura?

Y al decir esto golpeaba la caja que llevaba en

el bolsillo donde se agitaban todas aquellas maravillas de azúcar que tanto la agradaban.

Ella avanzó su lengüecita hasta el borde de la boca relamiéndose los labios como saboreando la ideal dulzura del bombón ausente, pero no se movió de su sitio.

Entonces saqué la caja del bolsillo, la abrí y me puse á evacuar religiosamente las pastillas que había, que eran precisamente de las que á ella le gustaban más.

El instinto de la gula fué en ella por un momento más fuerte que su resolución.

Se levantó, extendió la mano, pero la retiró inmediatamente, diciendo:

—No, que yo no soy una niña para comer golosinas.

—¡Hola, hola!—exclamé yo sonriendo.—No me había apercebido de que hubieseis crecido desde la semana pasada. ¿Sois acaso como los hongos, que crecen en una noche? Venid, venid; aproximaos que os voy á medir.

—Reid tanto como queráis,—replicó haciendo un gesto encantador.—Ya no soy una niña y muy pronto seré grande.

—Excelentes resoluciones en las cuales es necesario perseverar. ¿Y podría saberse, querida señorita, en virtud de qué se os han ocurrido semejantes ideas? Hace ocho días parecía encontraros muy contenta con ser pequeña y comiais las pastillas sin preocuparos en lo más mínimo de que comprometiais vuestra dignidad.

La niña me miró con un aire particular. Dirigió la mirada á su alrededor y cuando estuvo convencida de que nadie podía escucharnos se acercó á mí y de un modo misterioso me dijo:

—Es que tengo un novio.

—¡Diablo! Ya no me sorprende que no hayáis querido pastillas. Y sin embargo, habéis cometido una tontería no tomándolas, porque de ese modo habríais podido jugar con él ó trocarlas por un volante ó por cualquiera otro juguete.

La niña hizo un desdenguado movimiento de hombros y me miró con un aire de piedad que me llamó la atención.

Y como continuaba conservando su actitud de reina ofendida, la dije:

—Vamos á ver, ¿cómo se llama ese personaje? Supongo que será Arturo ó Enrique.

Estos eran dos niños con los cuales acostumbraba á jugar y á los cuales llamaba sus mariditos.

—No, señor,—repuso fijando en mí su mirada clara y transparente;—no es ni Arturo ni Enrique. Es un caballero así.

Y levantó su mano por encima de su cabeza como para darme una idea de la altura del que ella llamaba su marido.

—¡Es tan alto!—exclamé yo.—Eso es muy grave, hija mía. ¿Y quién es ese novio tan alto.

—Señor Teodoro, yo creo que os lo debo decir, pero es preciso que no habléis á nadie de esto, ni á mamá ni á Jolly (que era su aya), ni á vuestros

amigos, porque se burlarían de mí diciendo que era una niña.

Le prometí el secreto más absoluto porque realmente tenía curiosidad por conocer quien era aquel galante personaje y la pequeña, viendo que yo tomaba la cosa á broma, vacilaba en hacerme la confesión completa.

Pero tranquilizada por la palabra de honor que la dí de guardar cuidadosamente aquel secreto, abandonó su asiento, se apoyó en el respaldo del mío y me dijo al oído muy bajito el nombre del príncipe desconocido.

No pude menos de estremecerme.

Aquel novio era el caballero G***, un animal fangoso y despreciable con una moral indigna y un físico de tambor mayor, el hombre más crápulo, más libertino que es posible imaginarse. Un verdadero sátiro en toda la extensión de la palabra.

Esto me inspiró ciertos temores por la pobre Nínon y formé el propósito de salvarla.

Otras personas entraron en aquel momento y la conversación quedó allí.

Me retiré á un rincón de la sala buscando en mi pensamiento un medio para cortar que las cosas fuesen demasiado lejos, pues habría sido un verdadero crimen que una criatura tan deliciosa fuera presa de un bribón como aquel.

La madre de la niña era una especie de mujer galante en cuya casa se jugaba, bajo la capa de reuniones más ó menos artísticas.

Allí se leían muy malos versos y en cambio se perdían muy buenos escudos y váyase lo uno por lo otro.

Amaba muy poco á su hija, que constituía una fe de bautismo viviente, que estaba demostrando siempre la falsedad de su cronología.

Por otra parte, la niña iba creciendo y sus nacientes encantos daban lugar á comparaciones que no eran muy ventajosas para la madre, un poco deslustrada ya por el frotamiento de los años y de los hombres.

La pobre criatura estaba casi completamente abandonada y sin defensa alguna á las aspiraciones de los famosos familiares de la casa.

Si su madre se ocupaba de ella, probablemente sería para sacar un buen partido de su juventud y hacerse una quinta á costa de su belleza y de su inocencia.

De todos modos, la suerte de aquella criatura no era dudosa.

Profunda pena me causaba aquella hermosa niña que seguramente merecía algo mejor.

Era una perla de las más bellas aguas, destinada á perderse en aquel lodazal infecto.

Esta idea me afectaba de tal manera que resolví á toda costa sacarla de aquella afrentosa mansión.

Lo primero que había que hacer era impedir que el caballero continuase persiguiéndola.

Para esto lo que encontré mejor y más sencillo era promoverle una querrela y obligarle á batirse conmigo.

Gran trabajo me costó, porque él era muy poltrón y bastante cobarde.

Por fin tanto le dije y tan mordaces fueron mis palabras que no tuvo más remedio que salir al campo, aún cuando fuese contra su voluntad.

Me ví obligada á decirle que iba á molerle el cuerpo á palos mi criado si no presentaba mejor aspecto.

Manejaba perfectamente la espada, pero de tal modo le turbaba el miedo, que apenas se cruzaron nuestras armas, encontré medio para administrarle una buena estocada de punta, que cuando menos le había de retener quince días en la cama.

Esto me bastaba, porque no tenía deseos de matarle. Mi tunante colocado entre sábanas y cubierto de vendajes no podía ya ser obstáculo para mis proyectos, faltándome únicamente decidir á la pequeña para que abandonase la casa, lo cual no era muy difícil.

La conté un cuento respecto á la desaparición de su novio, por quien estaba muy inquieta, diciéndole que se había marchado con una cómica de la com-

pañía que había estado en C*** poco antes, lo cual como tú puedes considerar la llenó de indignación.

Pero ya la consolé, hablándola todo lo peor respecto al caballero, haciéndola observar que era feo, borracho y concluir por preguntarla si quería mejor que yo fuese su galán.

Respondió que sí, porque yo era más guapo y mis trajes eran mejores.

Esta inocencia dicha con una seriedad extraordinaria me hizo reír y tanto la dije, que por fin la decidí á que abandonase la casa.

Algunos ramilletes, otros tantos besos y un collar de perlas que le regalé la encantaron hasta el extremo.

Hice que le cortaran un traje de paje muy elegante y muy rico, poco más ó menos para su estatura, compré un caballito manso y fácil de montar, pero buen corredor para seguir al mío, y hecho todo esto la indiqué que al obscurecer estuviera en la puerta, lo que cumplió pausadamente.

Pasé á caballo por delante de la casa, salió ella, le pedí la mano, apoyó su pié á la punta del mío y saltó ligeramente á la grupa, porque tenía una agilidad maravillosa.

Apliqué las espuelas á mi caballo y cruzando algunas calles desiertas, encontré medio de llegar hasta mi casa sin que nadie nos viera.

La hice quitar su vestido para ponerse el que le mandé hacer, sirviéndola yo mismo de camarero.

Al principio tuvo un poco de escrúpulo porque quería vestirse ella sola, pero le hice comprender

que así pasaría mucho tiempo y además siendo mi querida no había el menor inconveniente, puesto que así se practicaba entre amantes.

No era necesario tanto para convencerla y se prestó á todo con la mayor gracia del mundo.

Su cuerpo era una maravilla de delicadeza. Sus brazos un poco delgados como los de toda joven, eran de una suavidad de líneas inexplicable y su naciente pecho hacía tan encantadoras promesas que acaso otro más formado hubiera podido compararse con él.

Conservaba todavía las gracias de la niña, y además todo el encanto de la mujer.

Estaba en ese período adorable de transición entre la niña y la mujer, período fugitivo, época deliciosa donde la belleza estallará de esperanza y donde cada día, en vez de arrebatar algo á vuestros amores, les añade nuevas perfecciones.

El traje nuevo le sentaba á las mil maravillas, dando á su rostro cierto aire picaresco que le hacía doblemente interesante.

Cuando la llevé el espejo para que se mirase y juzgara el efecto de su *toilette*, no pudo menos de echarse á reír.

La hice tomar algunos bizcochos mojados en vino de España á fin de que adquiriese fuerzas para soportar las fatigas del viaje que íbamos á emprender.

Como los caballos nos esperaban ya, montamos en ellos y partimos.

Había cerrado la noche por completo, y algunas luces que se iban extinguiendo poco á poco, demostraban que la tranquila ciudad de C... iba entregándose al reposo como toda ciudad de provincia cuando suenan las nueve de la noche.

No podíamos ir muy deprisa, porque Ninon no estaba acostumbrada á aquel ejercicio, y cuando su caballo arrancaba al trote se agarraba con todas sus fuerzas al arzón de la silla.

De cualquier modo que fuese, al amanecer ya nos encontrábamos bastante lejos de la ciudad para que se nos pudiera cojer, á menos que no se hiciesen muy extraordinarias diligencias. Pero no lo creía, y en caso de que se hiciesen algunas pesquisas, saldrían siempre en una dirección opuesta á la que habíamos tomado.

Yo me interesaba en gran manera por la pequeña! No te tenía á mi lado, querida Graciosa, y sentía una imperiosa necesidad de amar á cualquiera; de tener junto á mí, ya fuese un perro, ya un niño á quien poder acariciar familiarmente, y Ninon significaba esto para mí.

Dormía en mi mismo lecho, y para dormirse pasaba sus brazos al rededor de mi cuerpo.

Se creía inocentemente mi querida y no dudaba que fuese un hombre.

Su juventud y su inocencia la sostenían en este error que yo me guardé muy bien de disipar.

Los besos que le daba completaban su silencio porque su idea no iba muy lejos y sus deseos no hablaban tan alto todavía para hacerla suponer otra cosa. Por lo demás, ella no se engañaba sino á medias.

Y realmente entre ella y yo existía la misma diferencia que entre los hombres y yo.

Ninon, era tan diáfana, tan esbelta, tan ligera y de una naturaleza tan delicada, que comparándola conmigo, mujer también, ella parecía verdaderamente la mujer mientras que yo á su lado aparecía una Hércules.

Soy alta y morena; ella es pequeña y rubia. Sus facciones son tan suaves, tan finas, que hacen resaltar las mías y aparecen duras y austeras.

Su voz es un murmullo melodioso y mi voz al lado de la suya es áspera y fuerte.

Un hombre que la cogiera la rompería en pedazos y siempre estoy temiendo que el viento se me la lleve el día menos pensado.

Quisiera poder encerrarla en una cajita y llevarla colgada al cuello.

No puedes figurarte, amigo mío, cuánta gracia y cuánta discreción atesora esta criatura, y hubiera sido una verdadera desgracia que hubiese permanecido al lado de su indigna madre.

Experimento una maligna alegría al pensar que

puedo ocultar este tesoro á la rapacidad de los hombres. Yo soy el incorruptible guardián que impedirá que ninguno se le aproxime y ya que yo no puedo obtener de ella cierta clase de favores, al menos impediré que otros los alcancen. Idea consoladora siempre, digan lo que quieran los necios destructores del egoísmo.

Me propongo conservarla así largo tiempo en la ignorancia que se encuentra, y guardarla á mi lado hasta que ella quiera permanecer ó que yo pueda asegurarle una suerte.

Con su trajecillo de paje, la llevo en todos mis viajes por uno y otro lado, y esta clase de vida la divierte mucho y la distracción que experimenta la hace soportar perfectamente las fatigas.

Por donde quiera que voy no escucho más que elogios por la belleza de mi paje, y no dudo que haya hecho nacer en alguien la idea precisamente inversa de lo que es. Muchos pretenden aclararla, pero yo no dejo que nadie hable con la pequeña, y los curiosos se quedan sin poder satisfacer su curiosidad.

Cada día descubro en esta niña alguna nueva cualidad que me hace quererla más y me ratifico en mi resolución. Ningún hombre es digno de poseerla y hubiera sido muy deplorable que tantos encantos de cuerpo y de alma hubiesen sido entregados á sus apetitos brutales y á su clínica depravación.

Únicamente una mujer pudiera quererla con la delicadeza y la ternura que merece.

Una condición de mi carácter que no ha podido desplegarse en otra clase de unión y que hoy la comprendo muy bien, es la necesidad y el deseo que tengo de proteger al que lo merece, obligación que en realidad tiene el hombre.

Y me hubiera disgustado mucho si hubiese tenido un amante que se diera aires de pretender defenderme por la sencilla razón de ser éste como he dicho, un deseo que quiero realizar con las personas que me agraden. Mi orgullo se encuentra más satisfecho concediendo protección que recibéndola, por más que esto último sea más agradable.

Así es que estoy contentísimo de otorgar á mi querida niña todos los cuidados que necesita como ayudarla en los caminos difíciles, tener la brida y el estribo para montar á caballo, servirla en la mesa, desnudarla y meterla en la cama, defenderla si alguno se le propasa, y finalmente hacer por ella lo que el amante más apasionado y más solícito haría por la mujer adorada.

Voy perdiendo insensiblemente la idea de mi sexo, y apenas si recuerdo alguna vez que soy mujer.

Al principio se me escapaba con frecuencia sin pensarlo, alguna cosa que no estaba en armonía con el traje que llevaba; pero hoy no me sucede semejante cosa, y hasta ahora mismo, cuando te escribo á tí, que estás en mi secreto, en ciertos adjetivos advertirás una virilidad completamente inútil.

Si se me ocurriese la idea de ir á buscar mi traje de mujer en el cajón donde lo dejé guardado, lo que dudo mucho, á no ser que me enamorase de algún hombre, estoy segura que no perdería esta costumbre, y en vez de ser una mujer disfrazada de hombre, parecería un hombre disfrazado de mujer.

Y si te he de hablar francamente, ni el uno ni el otro sexo es el mío, porque no tengo ni la sumisión femenil, la timidez y las debilidades de la mujer, ni tengo tampoco los vicios de los hombres, su crápula repugnante y sus brutales caídas. Yo pertenezco á un tercer sexo, sexo aparte que todavía no tiene nombre, inferior ó superior á los otros, más defectuoso ó mejor.

Tengo el cuerpo y el alma de una mujer, el espíritu y la fuerza de un hombre, y tengo mucho ó muy poco del uno y del otro, para poderme unir á uno de ellos.

¡Oh! Graciosa, jamás podré amar completamente á un hombre ó á una mujer. Algo desconocido se agita siempre en mí, y el amante ó la amiga no responden más que á una sola faz de mi carácter.

Si yo tuviera un amante, lo que hay de femenino en mí, dominaría algún tiempo á lo que tengo de viril, pero esto duraría poco y comprendo que no quedaría contenta sino á medias.

Si tengo una amiga, la idea de la voluptuosidad corporal me impide disfrutar por completo la pura voluptuosidad del alma, de modo que no sé detenerme y estoy flotando perpetuamente del uno al otro.

Mi deseo sería participar á la vez de los dos sexos para satisfacer esta doble naturaleza.

Hombre hoy, mujer mañana, reservaría para mis amantes mis lánguidas ternuras, mi sumisión y mis más tiernas caricias, mis suspiros melancólicamente lanzados y todo cuanto hay en mi carácter de la mujer. Después, con mis queridas, sería audaz, atrevido, apasionado, con las maneras del triunfador, el sombrero sobre la oreja y el aspecto de capitán y de aventurero.

Así, mi naturaleza se produciría toda entera al día, y sería completamente dichosa porque la verdadera felicidad consiste en poderse desenvolver libremente en todos sentidos, y ser uno, todo lo que puede ser.

Pero como esto es imposible, hay que desearlo.

Yo había robado á Ninon con la idea de no pensar en todo aquello y concentrar en una sola persona, esta vaga ternura que inunda mi alma. La había tomado como una especie de desahogo, para mis facultades amantes, pero bien pronto he reconocido, á pesar del afecto que la profeso el vacío

inmenso, el insondable abismo que existe en mi corazón, pues, sus más tiernas caricias me satisfacen muy poco.

He resuelto ensayar con un amante, pero me paso mucho tiempo sin encontrar alguno que me agrade.

He olvidado decirte, que Rosita habiendo descubierto donde yo estaba, me escribió una carta suplicándome que fuese á verla.

No podía rehusarlo, y fui á verla á la quinta, donde estaba, é ido después muchas veces y ultimamente estoy á su lado.

Desesperada de no haberme podido tener por amante, se lanzó en el torbellino del mundo y de la disipación como todas las almas tiernas, que no son religiosas, y que han sido desgraciadas en su primer amor. Tuvo muchas aventuras en poco tiempo, y la lista de sus conquistas era bastante numerosa, porque no todo el mundo tenía las mismas razones que yo para rechazarla.

Está con ella un joven llamado Alberto, que es su amante, y á quien he causado una impresión especial, y que desde los primeros momentos se ha unido á mí, con una amistad extraordinaria.

Aún cuando él la trata con mucha distinción, y usa con ella unas formas sumamente tiernas en el fondo, no ama á Rosita.

Y no es por saciedad, ni por disgusto, sino por que ella no responde á ciertas ideas verdaderas, ó falsas que él había concebido respecto al amor, y á la belleza.

Una nube ideal, se interpone entre ella y él, impidiéndole que sea todo lo dichoso que debe ser.

Es indudable que su sueño no se ha realizado, y suspira por otra, pero no la busca y permanece fiel á unos vínculos que le pesan, porque en su alma existe un poco de delicadeza y de honor, y su corazón no está tan corrompido como su espíritu.

No sabiendo que Rosita, había estado, y está todavía enamorada de mí, aún cuando conoce otras de sus intrigas anteriores, teme afligirla, dejándolo entender que no la ama. Esta convicción le detiene, y se sacrifica con la mejor buena fe.

Mi aspecto le agrada extraordinariamente, porque concede una gran importancia á la forma exterior, y tan es así, que se ha enamorado de mí, á pesar de mi traje masculino, y de la espada que llevo al costado.

Estoy satisfecha de la finura de su instinto, y le concedo alguna situación por haberme distinguido bajo estas engañosas apariencias.

Al principio se creyó, que había incurrido en el gusto depravado, y yo me reía interiormente viéndole atormentarse de aquel modo.

Algunas veces cuando me miraba, tomaba un aspecto tan furioso, que me divertía, pues el impulso que sentía, le parecía sin duda un impulso diabólico, al cual no podía resistir.

En esas ocasiones, se arrojaba sobre Rosita con verdadera furia, esforzándose por recobrar sus costumbres amorosas, más ardientes y exageradas.

Después volvióse hacia mí, más enamorado que antes.

Por fin se le ocurrió la luminosa idea, de si yo sería una mujer, y para convencerse, se puso á observarme y estudiarme con la más minuciosa atención.

Debe conocer particularmente cada uno de mis cabellos, y saber ciertamente la espeso de mis párpados.

Mis pies, mis manos, mi cuello, mis mejillas hasta la menor elevación de mis labios, él lo ha examinado todo, todo lo ha comparado, analizado, y de esta investigación donde el artista ayudaba al amante, ha resultado para él, claro como el día, que yo soy una mujer y además su ideal, el tipo de su belleza, la realidad de su sueño.

No le quedaba más que un solo medio, para justificar plenamente mi deseo, una comedia que representamos, y en la cual, yo aparecía vestida de mujer, y esto le decidió completamente.

Le dirigí algunas miradas algo equívocas, y me serví de ciertos pasajes de mi papel referentes á nuestra situación, para exaltarle y obligarle á declararse.

Porque si no le amo con pasión, me agrada lo suficiente para no dejarle escapar, y como desde mi transformación, él ha sido el primero en sospechar que yo sea una mujer, es muy justo que le ilumine sobre punto tan importante, y estoy resuelta á no dejarle la menor sombra de duda.

Multitud de veces ha venido á mi habitación con

su declaración en los labios, pero no se ha atrevido á hacerla, porque efectivamente es difícil hablar de amor á una persona que viste traje masculino.

No atreviéndose á hacerlo verbalmente, me ha escrito una larga carta muy pindarica donde me esplica fuerte y estenso, lo que yo estoy harto de saber.

No se que hacer. ¿Admitir su demanda, ó rechazarla?

Esto último sería inmoderadamente virtuoso. Por otra parte, experimentaría el pobre Alberto, un gran dolor viendo que era rechazado.

Si hacemos desgraciados á los que nos aman, ¿que guardaremos entonces para los que nos aborrecen?

Quizás sería lo más conveniente, hacerse la cruel, durante algún tiempo, y esperar por lo menos un mes antes de arrojar la piel de tigre, para quedarse humanamente en camisa.

Pero una vez que estoy resuelta á ceder, lo mismo es que sea ahora que más tarde.

No puedo concebir esas hermosas resistencias matematicamente graduadas, que hoy conceden una mano, al día siguiente otra, después el pie, más tarde la pierna, hasta la liga únicamente, y que se enfurecen si se quiere traspasar una sola línea del terreno que se han propuesto franquear nada más.

Me causan risa esas Lucrecias metódicas, que parecen retroceder con todas las señales del terror

virginal, y que de cuando en cuando, arrojan furtivamente una mirada hacia la espalda, para asegurarse si el sofá donde deben caer, está bien directamente detrás de ellas. Este es un cuidado que yo no habría sabido tener jamás.

No amo á Alberto, al menos en el sentido que yo doy á esta frase, pero tengo gusto en dejarme caer hacia él.

Me agrada su inteligencia, y su pensar no me es repulsivo, lo cual no puedo decir de muchos otros.

Lo que más me gusta en él, es que no trata como la generalidad de los hombres, de embrutecerse por decirlo así, con el placer. Hay en él una aspiración siempre sostenida hacia lo bello. Será hacia lo bello material, es cierto, pero siempre es una noble tendencia, suficiente para sostenerle en las puras regiones.

Su conducta con Rosita, demuestra la honestidad de su corazón, honestidad muy rara, más que la otra si es posible.

Además, es menester que te lo diga, estoy poseída de los deseos más ardientes, y languidezco, y estoy muriéndome de voluptuosidad, porque el traje que visto si bien me compromete en toda clase

de aventuras con las mujeres, me protege perfectamente contra las acechanzas de los hombres, y una idea de placer que no se realiza jamás, flota vagamente en mi cabeza, y esta especie de sueño sin forma y sin calor, me fatiga y me enoja.

Muchas mujeres, habitando en el medio ambiente más casto, llevan una vida de prostitución que asombra, y yo por un contraste que no deja de tener su parte de bufo, permanezco casta, y virgen como la diana más fría, en medio de una atmósfera de disipación, y rodeada por todas las más grandes corrupciones del siglo.

Esta ignorancia del cuerpo, á que no acompaña la ignorancia del espíritu, es lo más triste que hay.

Para que mi carne no pueda mostrarse orgullosa delante de mi alma, quiero satisfacerla igualmente, ya que es una necesidad tan grande como la de comer y beber.

Así es, que ya no dudo. Quiero saber lo que es un hombre, y el placer que da, y toda vez que Alberto me ha reconocido bajo mi disfraz, es justo que el obtenga la recompensa de su penetración.

Es el primero que ha adivinado que yo era una mujer, y yo le demostraré del mejor modo posible, que sus suposiciones eran fundadas. Sería muy poco caritativo dejarle en la creencia de que había sentido un afecto monstruoso.

Alberto será quien resuelva mis dudas, y me dará la primera lección de amor.

Lo esencial es llevar las cosas de modo que resulte siempre algo poético.

No responderé á su carta, le pondré la cara seria durante algunos días, y cuando la vea bien triste y bien desesperado, maldiciendo su suerte y renegando de toda la creación, buscando un pozo muy hondo para arrojarse á él, me retiraré como la famosa *Piel de Asno*, al fondo de un corredor y me vestiré con mi traje de Rosalinda, porque mi guardarropa femenino es muy reducido.

Hecho esto, me presentaré á él, radiante como un pavo real, que forma el abanico con sus doradas plumas, mostrando con ostentación lo que ordinariamente disimulo con tanto cuidado, no llevando sobre el pecho más que un ligero pañuelo de encaje bastante entreabierto, diciéndole con el acento más patético que pueda emplear:

—¡Oh! el más elegiaco, y el más perspicaz de los hombres. Soy verdaderamente una joven, y púdica belleza que os adora sobre todas las cosas, y que no os exige más si no daros placer, y que vos se lo deis á ella también, ved si esto os conviene, y si os queda todavía algún escrúpulo, tocad aquí, y pecad todo lo más que podáis.

Terminado este discurso, me dejaré caer medio desvanecida en sus brazos, y lanzando entrecortados suspiros, haré saltar diestramente el corchete de mi camisa, de modo que me quede en el traje de rigor para estos casos, es decir, medio desnuda.

Alberto hará el resto, y estoy segura que á la mañana siguiente, sabré á que atenerme sobre todas esas cosas tan bellas, que me turban la razón desde hace algún tiempo.

Satisfaciendo mi curiosidad, tendré además el placer de haber hecho dichoso á un hombre.

Después me propongo ir á ver á Rosita, en el mismo traje, para hacerle ver que si no había respondido á su amor, no era ni por frialdad, ni porque no me gustase.

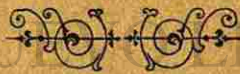
No quiero que conserve mala opinión de mí, y ella merece también como Alberto, que haga traición á mi incógnito en su favor.

¿Que cara pondrá al escuchar esta revelación?

El orgullo quedará algo más consolado, pero, ¿y su amor?

Adios amiga mía: ruega á Dios que el placer no me parezca tan poca cosa, como aquellos que lo dispensan.

Me he estado quejando durante esta larga carta, y ahora voy á ensayar un negocio muy grave, y del cual quizás tenga que resentirme todo el resto de mi vida.





Hacia ya quince días que Alberto había depositado la amorosa epístola sobre la mesa de Teodoro, y á pesar de esto en nada parecían haber cambiado las maneras de éste.

Alberto no sabía á qué atribuir su silencio. Hubiérase dicho que Teodoro no tenía conocimiento de aquella carta, y el amante de Rosita creyó que habría sido devuelta ó perdida.

Pero esto era muy difícil de explicar, puesto que Teodoro habría entrado poco después en su cuarto y hubiese sido muy raro que no advirtiera que sobre la mesa, completamente libre de otros objetos,

había una gran carta, bastante abultada para llamar la atención hasta de la persona más distraída.

¿Era acaso Teodoro realmente un hombre y no una mujer, como Alberto había creído?

En el caso de que efectivamente fuese mujer, ¿tenía ella respecto á él un sentimiento de aversión tan pronunciado? ¿le despreciaba de tal modo que no quería tomarse la pena de contestarle?

El pobre joven, que no tenía como nosotros la ventaja de conocer la correspondencia de Graciosa, la confidente de la hermosa Maupin, no estaba en el caso de decidir afirmativa ó negativamente ninguna de estas importantes cuestiones, y no sabía qué pensar ni qué resolver.

Una noche estaba en su habitación con la frente melancólicamente apoyada en los cristales de su ventana, mirando sin verlos, los árboles del parque que iban perdiendo poco á poco sus hojas.

Un vapor espeso bañaba el horizonte, descendía la noche y las sombras hacia ya rato que envolvían las copas de los árboles.

Alberto soñaba tan melancólicamente como puede soñar al cerrar la noche de un día de otoño, un hombre desilusionado y bajo la impresión de la tristeza del paisaje que á su vista se ofrecía.

Buscaba en su pensamiento el medio que elegiría para abandonar la existencia, y al pensar en arrojarle al río le parecía que el agua estaba muy obscura y muy fría; trataba de levantarse la tapa de los sesos, pero no tenía pistola ni pólvora; buscaba el suicidio bajo otra forma, como era la de buscarse

dos ó tres queridas, y tampoco encontraba que era eficaz este remedio, hasta que finalmente se le ocurrió la peor de todas las soluciones, que era la de escribir una segunda carta.

En esto estaba de su meditación, cuando sintió que se posaba sobre su hombro una mano adherida á un brazo, unido á un hombro que formaba parte de un cuerpo, cuyo cuerpo no era otro que el de Teodoro-Rosalinda, la señorita de Aubigny ó Magdalena de Maupin para llamarla por su verdadero nombre.

Ni tú, lector, ni yo podemos sorprendernos por esto porque ya estábamos prevenidos, pero Alberto, que por ningún estilo podía esperarle, lanzó un pequeño grito de sorpresa.

Era Rosalinda, tan hermosa y tan radiante, que iluminaba toda la estancia.

Llevaba los mismos collares de perlas entre los cabellos, su traje completo tal como le llevó en la representación de aquella obra que Alberto había descrito á su amigo Silvio.

Unicamente, como diferencia importante y decisiva, no llevaba ni gorguera ni blondas, ni nada que robase á las miradas aquellos dos hermanos encantadores y enemigos, que sólo parecen desear que con ellos se reconcilie.

Un pecho enteramente desnudo, blanco, transparente, como un mármol antiguo del corte más puro y más delicado, salía atrevidamente fuera del corsé, y parecía que estaba desafiando á los besos más apasionados.

Este era un espectáculo bastante tranquilizador para Alberto, que se dejó arrastrar con toda confianza por sus ardientes emociones.

—Vamos, Orlando, ¿es que no reconocéis á vuestra Rosalinda,—dijo la dama con la más encantadora sonrisa,—ó es que habéis dejado vuestro amor colgado con vuestros sonetos en los árboles del bosque de las Ardenas? ¿Habéis curado ya del mal para el que me habíais pedido un remedio con tanta insistencia?

—¡Oh! no, Rosalinda, estoy más enfermo que nunca. Agonizo, estoy muerto ó poco me falta.

—Pues no tenéis mal aspecto para un muerto, y muchos vivos no tienen tan buena cara.

—¿Qué días he pasado, Rosalinda! no os lo podéis figurar. Pero decidme, ¿por qué no me habéis respondido antes?

—¿Por qué? no lo sé, á menos que no haya sido por lo que veis. Si este motivo no os parece suficiente, voy á deciros otros tres y vos elegiréis. El primero porque, arrastrado por vuestra pasión, olvidasteis escribir de un modo legible y he necesitado ocho días para adivinar lo que decíais en vuestra carta. El segundo, porque mi pudor necesitaba todo ese tiempo para acostumbrarse á la idea de tomar por amante á un poeta ditirambico, y el tercero, porque me hubiera gustado ver si seríais capaz de levantaros la tapa de los sesos, si os envenenaríais ó si os ahorcaríais en cualquier árbol del parque. Ya tenéis explicadas las tres razones.

—Pues yo os aseguro que habéis hecho muy bien

en venir esta noche, porque quizás no me habríais encontrado mañana.

—¿De veras? pobre joven. No toméis ese aire tan desolado, porque yo me enterneceré también. Y si yo dejo rienda suelta á mi sensibilidad, quedaréis sumergido, os lo advierto. Hace poco os he dado tres malas razones, pero en cambio ahora os ofrezco tres buenos besos, aceptadlos á condición que olvidaréis los primeros por los segundos. Me parece que bien os debo esto y algo más.

Y al decir esto la hermosa se aproximó á Alberto y enlazó su cuello con sus desnudos brazos.

El joven la besó ardientemente en las mejillas y en la boca, y este último beso, que duró más tiempo que los otros, sabe Dios por cuántos hubiera podido contarse.

Rosalinda comprendió que todo lo que había hecho hasta entonces no pasaban de ser niñerías, y su deuda pagada se sentó sobre las rodillas de Alberto, y le dijo:

—Todas mis crueldades se han extinguido, amigo mio, he querido pasar estos quince días por satisfacer cierto refinamiento de maldad, para veros sufrir, pero también debo deciros que se me han hecho sumamente largos. No os envanezcáis por esta franqueza que tengo con vos. Me entrego en vuestras manos, ahora podéis vengaros de mis rigores pasados. Si fuérais un tonto no os hubiera dicho nada, porque yo no quiero á los tontos. Habría podido, como otras mujeres, entreteneros largo tiempo é ir dándoos en detalle lo que he venido á

concederos libremente y de una vez. No os pido ni juramento de amor eterno ni protestas exageradas. Amadme tanto tiempo como queráis, que yo haré lo mismo por mi parte, con la seguridad de que no he de llamaros pérfido ni miserable cuando ya no me améis. De igual manera vos podréis omitir todos estos títulos odiosos cuando yo os abandone. No seré más ni menos que una mujer que habrá cesado de amaros y no es necesario odiarse toda la vida un hombre y una mujer porque se hayan acostado juntos una noche ó dos. Suceda lo que quiera, yo os juro, y esta es una promesa en que se puede creer, que guardaré siempre un recuerdo encantador de vos, y si no soy vuestra querida seré vuestra amiga como he sido vuestro camarada. Por vos abandono esta noche mi traje de hombre que recogeré mañana para todos. Sabed que no soy Rosalinda más que por la noche y que durante el día no seré ni quiero ser sino Teodoro de Serannes y...

Y la frase que ella iba á pronunciar se extinguió en un beso, al cual se sucedieron muchos que ya no se podían contar y de los cuales no hacemos catálogo exacto porque sería un poco largo, y un poco y un mucho inmoral, para ciertas gentes, que para nosotros no encontramos nada más moral y más sagrado bajo el cielo que las caricias del hombre y de la mujer cuando los dos son jóvenes y hermosos.

Como las instancias de Alberto eran cada vez más tiernas y más vivas, en vez de resplandecer de felicidad el bello rostro de Teodoro, tomó una expresión de fiera melancolía que no dejó de causar alguna inquietud á su amante.

—¿Por qué, soberana de mi alma,—la dijo éste, —tomáis ese aire casto y severo de una Diana antigua, cuando yo querría mejor los labios sonrientes de Venus saliendo del mar?

—Escuchad, Alberto, es que yo me parezco más á Diana cazadora que á ninguna otra. Tomé desde muy joven este traje de hombre por razones que sería muy largo é inútil de contaros. Vos solo adivinasteis mi sexo, y si hice algunas conquistas no han sido sino de mujeres, conquistas superfluas y que en más de una ocasión me han puesto en un grave aprieto. En una palabra, aunque esto parezca una cosa increíble y ridícula, soy virgen, virgen como la nieve del Ymalaya, como la luna antes de unirse con Endymion, y por lo tanto que voy á hacer algo que ya no ha de poderse remediar. Es una metamorfosis, una transformación completa la que voy á sufrir. Voy á dejar de ser la joven casta y pura para convertirme en mujer; lo que hasta ahora poseía ya no podré darlo mañana, voy á aprender algo que no he sabido hasta ahora, y en el libro de mi vida voy á escribir la página más importante. Aquí tenéis, amigo mío, la razón de mi tristeza; vos no tenéis la culpa de ella.

Y al decir esto separó con sus manos los cabellos del joven y sobre su pálida frente puso sus labios.

Alberto le cogió las manos, las besó apasionadamente, rompió después las cintas de su traje, se abrió el corsé, y los dos blancos tesoros aparecieron en todo su esplendor.

Rosalinda le dejaba hacer con una complacencia inexplicable y trataba de devolverle sus caricias lo más exactamente posible.

—Vos debéis encontrarme muy torpe y muy fría, mi pobre Alberto,—decía,—pero yo no sé cómo se hacen estas cosas; mucho tenéis que hacer para instruirme y realmente os encargo de una ocupación muy penosa.

Alberto comprendió que en situaciones semejantes vale más obrar que hablar, y estrechándola entre sus brazos con ardiente pasión, cubrió de besos sus hombros y su pecho desnudos.

Desatóse la sedosa cabellera de la joven y toda la ropa cayó á sus pies como por encanto.

Quedó de pie como una blanca aparición, con una ligera camisa de la tela más transparente. El dichoso amante se arrodilló, y echó bien pronto las dos zapatillas una á cada extremo rincón, donde las medias caladas las siguieron en seguida.

La camisa, dotada de un dichoso espíritu de imitación, no se quedó atrás; deslizóse primero de los hombros sin que se pensara en retenerla, después, aprovechando un momento en que los brazos estaban perpendiculares, salió de ellos y rodó hasta las caderas, cuyo contorno ondulante la medio detuvo. Advirtió Rosalinda entonces la perfidia de su último vestido, y alzó un poco la rodilla para impedir que le cayera del todo.

En esta actitud se asemejaba perfectamente á esas estatuas de mármol de diosas, cuya ropa inteligente, molesta por cubrir tantos encantos, envuelve con sentimiento los muslos, y, por una afortunada traición, se detiene precisamente debajo de aquello que debiera ocultar.

Pero como la camisa no era de mármol y sus

pliegues no la sostenían, continuó su triunfal descenso y fué á caer sobre la otra ropa, replegándose al rededor de los pies de su dueña, como un hermoso lebrél blanco.

Había un medio sencillísimo de impedir todo ese desorden, y era el de retener á la fugitiva con la mano; pero esta idea tan natural no se le ocurrió á nuestra púdica heroína.

Quedó pues sin un velo, formándole sus vestidos en el suelo, una especie de zócalo, en todo el resplandor diáfano de su bella desnudez, á los suaves rayos de una lámpara que Alberto había encendido.

El joven, deslumbrado, la miraba con embriaguez.

—Tengo frío,—dijo Rosalinda llevándose las manos detrás del cuello.

—¡Oh, por favor, un minuto más!

La joven apartó los brazos de la posición en que habían quedado, y apoyó la punta de los dedos en el respaldo del sillón y permaneció inmóvil; ligeramente encorvada, hacía resaltar toda la riqueza de la línea ondulante; no parecía estar violenta, y el imperceptible rosado de sus mejillas, no se había acentuado en nada; únicamente el latido algo precipitado de su corazón hacía retremblar el contorno de su seno izquierdo.

El joven entusiasta de la belleza no podía saciar sus ojos ante aquel espectáculo; y debemos decir, con elogio merecido de Rosalinda, que esta vez la realidad fué superior al sueño del artista que no experimentó la más ligera decepción.

Todo se hallaba reunido en aquel hermoso cuerpo que tenía ante él: delicadeza y fuerza, forma y color, las líneas de una estatua griega de la mejor época y el tono de un Tiziano. Contemplaba, palpable y cristalizada, la nubulosa quimera, que tantas veces había intentado en vano detener en su vuelo, y no se veía obligado, como amargamente se había quejado á Silvio, á circunscribir sus miradas á una cierta porción bastante bien hecha, sin traspasarla, bajo pena de ver algo espantoso; y sus ojos amorosos descendían de la cabeza á los pies y subían de los pies á la cabeza, acariciados siempre suavemente por una forma harmoniosa y correcta.

Las rodillas eran admirablemente puras, los tobillos elegantes y finos, las piernas y los muslos de un contorno gallardo y soberbio, el vientre lustroso como una ágata, las caderas flexibles y potentes, el pecho capaz de hacer bajar á los dioses de los cielos para besarlo, los brazos y los hombros del carácter más magnífico; un torrente de hermosos cabellos negros, ligeramente escrespados, como se ve en las cabezas de los antiguos maestros, descendía en pequeñas ondas á lo largo de una espalda de marfil, de la cual realizaba maravillosamente la blancura.

Satisfecho el pintor, tomó el amante su vez, porque cualquiera que sea el entusiasmo que por el arte se sienta, hay cosas que no es posible contentarse con mirarlas.

Cogió pues á la bella entre sus brazos y la llevó á la cama, donde en un cerrar de ojos quedó desnudo él también, lanzándose á su lado.

La niña se estrechó contra él enlazándolo, pues sus dos senos estaban tan fríos como la nieve, de la cual tenían el color.

Aquel frío de la piel hacía arder á Alberto más aún y lo excitaba hasta el más alto grado. No tardó la bella en hallarse tan ardiente como él, al recibir las más locas y más apasionadas caricias de su amante.

Multiplicaba los besos en el pecho, en los hombros, en el cuello, en la boca, en los brazos, en los pies; hubiese querido con un solo beso cubrir todo aquel lindo cuerpo, que casi se fundía con el suyo, hasta tal punto era apretado el abrazo. Ante aquella profusión de deliciosos tesoros, no sabía á cuál preferir.

Como sus besos no terminaban, los labios perfumados de Rosalinda acabaron por no formar más que una sola boca con la de Alberto; sus pechos se dilataban, sus ojos se cerraban á medias; sus brazos desfallecidos de voluptuosidad, ya no tenían fuerza para estrechar.

El divino momento se aproximaba... un último obstáculo fué vencido, un espasmo supremo agitó convulsivamente á los dos amantes... y la curiosa Rosalinda vió esclarecido, en lo posible, aquel punto obscuro que tanto la inquietaba.

Pero entre tanto, como una sola lección, por inteligente que se sea, no puede bastar, Alberto tuvo que darle una segunda, después una tercera...

Por consideración al lector, á quien no queremos humillar ni desesperar, cortaremos aquí nuestra relación...

Nuestra bella lectora tendría algo que recriminar á su amante si nosotros le revelásemos la cifra formidable á que subió el amor de Alberto estimulado por la curiosidad de Rosalinda.

Que se acuerde, la feliz lectora, de la mejor empleada y más hermosa de sus noches, de aquella noche en que... de aquella noche de que se acordaría más de cien mil días, si mucho antes no hubiese muerto.

Rosalinda tenía prodigiosas disposiciones, y en una sola noche hizo progresos enormes.

La inocencia del cuerpo que se asombraba de todo, y la malicia del espíritu que no se asombraba de nada, formaban el más picante y adorable contraste.

Alberto estaba ebrio, loco, transportado, y hubiera querido que aquella noche hubiese durado cuarenta y ocho horas, al igual que en la que fué concebido Hércules.

No obstante hacia la mañana, á pesar de una infinidad de besos, de caricias las más amorosas del mundo y hechas con arte para tenerse despierto, después de un esfuerzo sobre humano, se vió obligado á tomar algún reposo.

Un dulce y voluptuoso sueño le tocó los ojos con la punta del ala, su cabeza se sumergió, y quedó dormido entre los dos pechos de su amante. Esta le contempló por algunos minutos con un aire melancólico y de profunda reflexión; después, como ya el alba enviaba sus rayos blanquecinos á través de las cortinas, levantóse con suavidad, depositó la cabeza de Alberto á un lado, irguióse y pasó ligeramente sobre su cuerpo.

Cogió sus vestidos y se los puso rápidamente, después volvió á la cama, se inclinó sobre Alberto, que seguía durmiendo, y le besó los ojos sobre las pestañas sedosas y largas.

Procurando no despertar á su amante, abandonó la estancia, pero en lugar de dirigirse á su habitación entró en la de Rosita.

Lo que ella dijo y lo que ella hizo, yo no lo he sabido jamás por más investigaciones que hice. No he encontrado ni en los papeles de Graciosa ni en los de Silvio, nada que tenga relación con esta visita. Unicamente una camarera de Rosa me refirió esta circunstancia especial: que á pesar de que su dueña no se había acostado aquella noche con su amante, el lecho estaba revuelto y se veían las señales de dos cuerpos, y que además encontró en él dos perlas muy semejantes á las que Teodoro llevaba en sus cabellos al hacer el papel de Rosalinda.

Yo dejo á la sagacidad del lector en completa libertad de hacer las deducciones que quiera, pues por mi parte he formado mil conjeturas disparatadas, en su mayoría, en términos que no me atrevo á escribirlas, ni aún en el estilo más honestamente perifrasedado.

Cerca de medio día era ya, cuando Teodoro abandonó la cámara de Rosita, no mostrándose ni á la hora de comer ni á la de cenar.

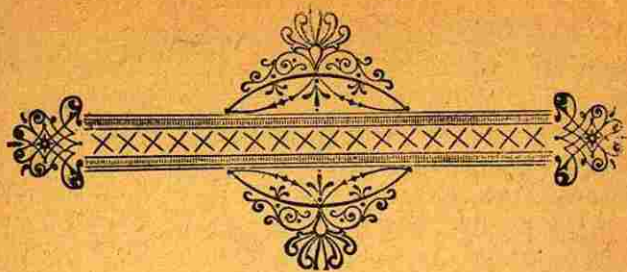
Lo mismo Alberto que Rosa, no experimentaron sorpresa alguna.

Teodoro, á la mañana siguiente al amanecer, sin prevenir á nadie, ensilló su caballo y el de su paje

y salió del castillo, diciendo á un lacayo que no le esperasen á comer y que no regresaría hasta dentro de algunos días.

Rosa y Alberto se sorprendieron, no sabiendo á que atribuir aquella extraña desaparición; Alberto sobre todo, que por las proezas de su primera noche creía haber merecido una segunda.

Al terminar la semana, recibió una carta de Teodoro, que vamos á transcribir aún cuando tengo mis temores de que no satisfaga ni á mis lectores ni á mis lectoras, pero la carta estaba así y esta novela no tendrá otra conclusión.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
fede. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVI

He aquí la carta:

«Sin duda estaréis sorprendido, querido Alberto, por lo que hice después de lo que había hecho.

«Os lo permito porque verdaderamente hay razón para ello.

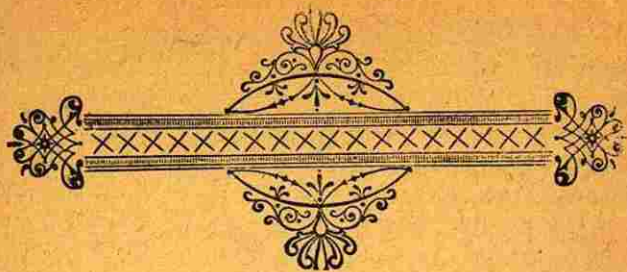
«Apostemos á que me habéis dado ya lo menos veinte de aquellos epítetos que convinimos borrar de nuestro vocabulario, como péfida, inconstante, etc., etc.; ¿no es verdad?

«Por lo menos no podréis llamarme cruel ó virtuosa y siempre habéis ganado esto.

y salió del castillo, diciendo á un lacayo que no le esperasen á comer y que no regresaría hasta dentro de algunos días.

Rosa y Alberto se sorprendieron, no sabiendo á que atribuir aquella extraña desaparición; Alberto sobre todo, que por las proezas de su primera noche creía haber merecido una segunda.

Al terminar la semana, recibió una carta de Teodoro, que vamos á transcribir aún cuando tengo mis temores de que no satisfaga ni á mis lectores ni á mis lectoras, pero la carta estaba así y esta novela no tendrá otra conclusión.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
fide. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVI

He aquí la carta:

«Sin duda estaréis sorprendido, querido Alberto, por lo que hice después de lo que había hecho.

«Os lo permito porque verdaderamente hay razón para ello.

«Apostemos á que me habéis dado ya lo menos veinte de aquellos epítetos que convinimos borrar de nuestro vocabulario, como péfida, inconstante, etc., etc.; ¿no es verdad?

«Por lo menos no podréis llamarme cruel ó virtuosa y siempre habéis ganado esto.

«Si me maldecís cometéis una tontería. Me deseábais, me amábais, yo era vuestro ideal, perfectamente; yo os he concedido en el acto lo que pedíais, y culpa vuestra ha sido si no lo tuvisteis más pronto.

«He servido de cuerpo á vuestro sueño con la mayor complacencia del mundo.

«Os he dado lo que seguramente ya no daré á ninguna otra persona, sorpresa con la cual no contábais y que debéis agradecerme.

«Pero una vez que os he satisfecho, he querido marcharme. ¿Qué hay en esto de monstruoso?

«Me habéis tenido, y sin reserva, toda una noche. ¿Qué más queríais? Otra noche y después otra y os arreglarías los días según vuestro deseo, hasta que finalmente hubiérais llegado á cansaros de mí.

«Ya os escucho desde aquí decir galantemente que yo no soy de aquellas de quien un hombre se cansa. Tontería; lo mismo puedo yo cansar que las demás.

«Esto duraría dos meses, dos años, diez si queréis, pero al fin concluiría como concluye todo. Me toleraríais por un sentimiento de conveniencia, ó porque no tendríais valor de darme el pasaporte.

«¿Para qué esperar que llegue ese caso?

«Además, quizás sería yo misma quien cesara de amaros. Os he encontrado encantador; quizás á fuerza de veros os hubiera encontrado detestable. Perdonadme esta suposición.

«Viviendo con vos en una grande intimidad, habría tenido ocasión sin duda, de veros con el gorro blanco de dormir ó en alguna situación doméstica, ridícula ó bufa.

«Habríais perdido ese lado novelesco y misterioso que me seduce sobre todas las cosas, y vuestro carácter, mejor comprendido, no hubiera tenido ya atractivo para mí.

«Me hubiera ocupado menos de vos, puesto que os tenía á mi lado, como sucede con muchos libros de que no hacemos caso por la sencilla razón de que ya los tenemos en nuestra biblioteca.

«Hubiéseis dejado de parecerme elegante y hermoso desde el instante que os viera un día y otro, iría sufriendo decepciones á cada momento, hasta que llegara á suponer que no tenías ni corazón, ni sensaciones y que no podíais comprender mi amor.

«Vos me adoráis y yo os correspondo. No tenéis nada que reprocharme ni yo tengo queja alguna de vos. Os he sido completamente fiel todo el tiempo de nuestro amor. En nada os he engañado. Ni tengo encantos postizos ni falsas virtudes, y habéis tenido la bondad de confesar que era todavía más hermosa de lo que imaginásteis.

«Por la belleza que os entregué, vos me habéis dado una inmensidad de placer. Estamos pagados; seguid vuestro camino; yo continuaré el mío, y tal vez lleguemos algún día á encontrarnos en los antípodas. Acariciad esa esperanza.

«Tal vez creeréis que yo no os amo porque os abandono. Más tarde comprenderéis que obré perfectamente. Si os hubiese querido menos, me habría quedado hasta que vuestro amor hubiera sucumbido ahogado por el hastío, y al cabo de algún tiempo me hubiérais olvidado.

Ahora tengo la satisfacción de creer que os acor-

dáis de mí, más que de cualquier otra mujer de las que habéis poseído.

«Vuestro deseo no satisfecho en absoluto, batodavía sus alas para volar hácia mí, y yo seré siempre para vos, un objeto apetecible en el que vuestra fantasía se recreará más de una vez, y estoy segura de que aún en los brazos de la más bella de vuestras queridas, os habéis de acordar de esa única noche que pasásteis conmigo.

«Nunca estaréis tan cariñoso y tan amable como lo estuvisteis conmigo esa noche, y cuanto más podríais estar igual y en amor como en poesía permanecer á la misma altura es retroceder, porque lo mismo el uno que la otra exigen siempre mucho más.

«Habéis hecho difícil la tarea para los demás amantes que yo tenga, si es que llego á tenerlos, y ninguno de ellos podrá borrar vuestro recuerdo.

«Si tanto sentís haberme perdido, quemad esta carta que es la única prueba de aquella deliciosa realidad, y creed entonces que habéis soñado. ¿Quién puede impedirlos? La visión se ha desvanecido con el día, que es la hora en que siempre terminan los sueños.

«Cuantos han muerto que, menos dichosos que vos, no han conseguido estrechar un día entre sus brazos la primera querida á que hablan consagrado su existencia.

«No soy ni caprichosa, ni loca, ni desagradecida. Lo que hago, no es más que el resultado de una convicción profunda.

«Mi retirada de ese castillo, no es efecto de un

cálculo de coquetería para inflamar más vuestro corazón; así es que no tratéis de encontrarme, porque no lo conseguiríais.

«Están perfectamente tomadas todas las precauciones para que no podáis descubrir mis huellas.

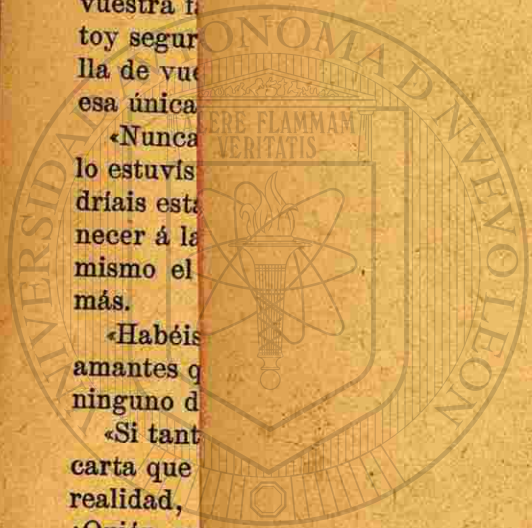
«Seréis siempre para mí, el hombre que me ha abierto un mundo de sensaciones nuevas, y esta es una de las cosas que una mujer no olvida jamás.

«Aún cuando ausente, yo pensaré con frecuencia en vos, con mucha más, que si estuviéseis conmigo.

«Consolad lo mejor que podáis á la pobre Rosita, que debe estar no menos molesta que vos por mi partida. Amáos mucho los dos en recuerdo mío, á quien habéis amado el uno y el otro, y pronunciad alguna vez mi nombre entre el beso de amor que una vuestros labios.

FIN

dáis de n
que habé
«Vuest
todavía s
siempre
vuestra f
toy segur
lla de vue
esa única
«Nunca
lo estuvís
dríais esta
necer á la
mismo el
más.
«Habéis
amantes q
ninguno d
«Si tant
carta que
realidad,
¿Quién pu
necido co
terminan l
«Cuanto
vos, no ha
brazos la p
do su exist
«No soy
Lo que ha
convicción
«Mi retir



2966Z

N
G2772

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



